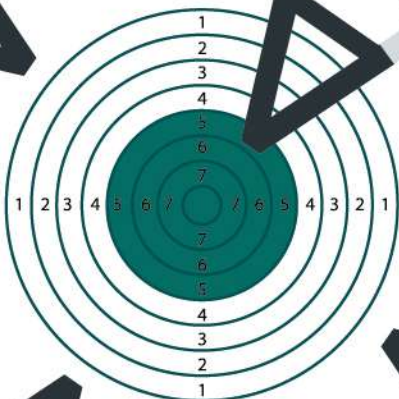


Colección
Maestría en
ciencia
política

IMÁGENES DEL ENEMIGO

La construcción
discursiva del
enemigo en la prensa
nacional colombiana
1993-2012

Jaime Andrés Mesa Bedoya



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

Instituto de
Estudios Políticos

30 AÑOS



IMÁGENES DEL ENEMIGO

La construcción discursiva del enemigo
en la prensa nacional colombiana 1993-2012





IMÁGENES DEL ENEMIGO

La construcción discursiva del enemigo
en la prensa nacional colombiana 1993-2012

Jaime Andrés Mesa Bedoya

Instituto de Estudios Políticos
Colección Maestría en Ciencia Política
Grupo Hegemonía, Guerras y Conflictos

Imágenes del enemigo

Colección Maestría en Ciencia Política IEP

© Jaime Andrés Mesa Bedoya

© Instituto de Estudios Políticos – Universidad de Antioquia

ISBN: 978-958-5526-14-3

ISBNe: 978-958-5526-15-0

Diseño de cubierta: Sara Ortega Ramírez

Diseño y diagramación: Carolina Velásquez Valencia

Primera edición: Diciembre de 2018

Impresión y terminación: Imprenta Universidad de Antioquia

Este libro se imprimió con recursos de la Estrategia de Sostenibilidad 2016 – 2017 del grupo de investigación Hegemonía, Guerras y Conflictos del Instituto de Estudios Políticos, financiada por el Comité para el Desarrollo de la Investigación de la Universidad de Antioquia, CODI.

Impreso y hecho en Colombia / Printed and made in Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin autorización del autor y del grupo de investigación Hegemonía, Guerras y Conflictos

Imprenta Universidad de Antioquia

(574) 219 53 30

imprenta@udea.edu.co

El autor asume la responsabilidad por los derechos de autor y conexos contenidos en la obra, así como por la eventual información sensible publicada en ella.



La historia y la biografía –la única prueba asequible para el de afuera- parecen demostrar que la vieja educación de los antiguos colegios no engendra un respeto particular por la libertad ni un odio particular por la guerra, es claro que debe usted reconstruir su colegio de un modo diferente. Ese colegio es joven y pobre; déjelo, por lo tanto, que aproveche esas cualidades y se base en la pobreza y la juventud (...). Y ahora, ¿qué deberá enseñarse en el nuevo colegio? No las artes de dominar a otra gente, no las artes de regir, de matar, de adquirir tierras y capitales. Requieren demasiados gastos de mantenimiento; salarios y uniformes y ceremonias. El colegio pobre debe enseñar solamente las artes que se puedan aprender con poco costo y practicar por gente pobre; como la medicina, las matemáticas, la música, la pintura y la literatura. Y debería enseñar las artes del intercambio humano; el arte de comprender las vidas y los espíritus de otras gentes, y las artes pequeñas de hablar, de vestir, de cocer que están aliadas a ellas. El fin del nuevo colegio, del colegio barato, no debería ser el de segregar y especializar, sino el de combinar. Debería explorar las formas en que se puede hacer que cooperen la mente y el cuerpo; descubrir qué combinaciones nuevas hacen buenos totales en la vida humana.

(Woolf, 1979, pp.47-48)





Contenido

Agradecimientos	xiii
Introducción	xv

Primera Parte

Capítulo Uno	3
El enemigo en la teoría política: de Carl Schmitt a los teóricos de las imágenes del enemigo	3
Dos vacíos en la teoría de Carl Schmitt	7
Conciencia nacional y soberanía popular	9
Enemigo militar y enemigo imaginado	12
Imaginarios e imágenes del enemigo	16
 Capítulo Dos	 19
Los estudios sobre medios de comunicación, guerra e imágenes del enemigo.....	19



Colombia: entre el análisis normativo y el análisis constructivo	23
Las aproximaciones normativas	26
Las aproximaciones constructivas	30

Segunda Parte

Capítulo Tres	37
Peligrosidad, miedo y aversión: la dimensión securitaria de la imagen del enemigo	37
Indiferencia – fascinación – aversión	39
El crecimiento militar de las FARC.....	45
El abandono de la política.....	48
Ambiciones sin ideología.....	52
Las AUC: protagonismo a precio de sangre	55
Capítulo Cuatro	63
Alteridad y diferencia radical: la dimensión identitaria de la imagen del enemigo	63
Fatiga de guerra y anhelos de paz	66
Mandato y competencia.....	72
Primera segregación identitaria: Las FARC contra la paz.....	79
Segunda segregación identitaria: La "clase media" y el respaldo popular de las AUC	86
Tercera segregación identitaria: la lucha contra el terrorismo llega a Colombia	95
Capítulo Cinco.....	105
Radicalización de la enemistad: horror, crueldad y humillación	105
Las FARC completan su tránsito hacia el terrorismo	108
Un breve interludio	119
Indignación y crueldad del enemigo.....	123

El "otoño" de las FARC	128
Humillación y rabia narcisista	137
Conclusiones.....	141
Bibliografía	147
Textos académicos	147
Artículos de Prensa	153



Agradecimientos

Detrás de estas páginas, que reivindican de forma egoísta una autoría única, se esconden muchas manos. Por justicia y gratitud resulta más que necesario hacer a ellas una breve referencia.

Debo a mi familia el apoyo y la confianza ciega que han depositado en mi vocación académica. Sé que emprender una empresa de este tipo despertó en ellos (y despierta aún) enormes inquietudes. En un mundo afanado por la seguridad económica, una vida dedicada a pensar, leer y escribir puede parecer sin dudas un capricho más que un logro.

Al grupo de Investigación sobre Conflictos y Violencias de la Universidad de Antioquia se debe en gran medida el inicio y desarrollo de este proyecto. Este trabajo se construyó sobre sus enseñanzas metodológicas, teóricas y humanas; aunque independiente en autoría, se sostiene sobre cinco años de investigación conjunta y sobre los aportes de múltiples investigadores y amigos.

Igual gratitud me merecen el Instituto de Estudios Regionales y el Instituto de Estudios Políticos. A ellos debo incontables enseñanzas, tanto profesionales como personales, así como la viabilidad material para impulsar este sueño.



Finalmente, este ensayo no hubiera sido posible sin la ayuda de dos personas a quienes debo mi entera gratitud: Daniel, quien soportó horas enteras de discusiones tediosas e iluminó salidas a un sinfín de laberintos; y Daniela, quien me rescató del fracaso minutos antes de llegar a la cima.



Introducción

La historia de Colombia ha estado marcada por la violencia y el conflicto armado. Durante los últimos 60 años, actores con distintas orientaciones políticas y proyectos socio-económicos se han disputado violentamente el monopolio del poder político, dejando un saldo nefasto de muertes y desapariciones. Según datos del Grupo de Memoria Histórica (GMH, 2013), entre 1958 y 2012 este conflicto causó la muerte de 218.094 personas, de las cuales el 81% (177.307) eran civiles. Su prolongación y degradación en materia de violaciones a los derechos humanos lo han convertido en el más largo de América Latina y en uno de los más costosos en términos de vidas humanas.

Este conflicto no se ha desarrollado exclusivamente con armas. También en el discurso los actores bélicos se han disputado la hegemonía, apelando a diversas estrategias retóricas e instrumentos propagandísticos. Cada uno de ellos ha construido la imagen de un "Otro" al que señala como diferente y amenazante; y se ha esforzado por presentar a ese "Otro" como el enemigo de todo el pueblo colombiano. Con ello han buscado justificar ante la población civil y la comunidad internacional sus acciones bélicas,



convirtiendo el discurso público en un espacio simbólico de confrontación entre construcciones discursivas antagónicas (Angarita Cañas, y otros, 2015).

La insurgencia, por ejemplo, ha difundido desde sus orígenes la idea de que en Colombia existe una justa guerra contra la oligarquía por la construcción de un nuevo país. Por su parte, varios jefes de gobierno han afirmado que no existe un conflicto interno, sino terrorismo contra toda la sociedad. Cada uno de estos discursos implica una forma particular de concebir y tratar al enemigo, la cual se expresa directamente en el lenguaje empleado para referirse a él y en las prácticas utilizadas para combatirlo.

La construcción y difusión de una imagen del enemigo no es exclusiva de los actores armados. A este proceso se vinculan también algunos sectores de la sociedad civil cuyos pronunciamientos tienen influencia en la esfera pública. Los medios de comunicación, por ejemplo, nutren la construcción social del enemigo, no solo porque caracterizan el conflicto armado y sus actores, sino también porque difunden con su discurso editorial y noticioso patrones de segregación que distinguen entre héroes y villanos, amigos y enemigos.

Un ejemplo de lo anterior lo constituye la muerte del líder guerrillero Raúl Reyes en marzo de 2008, cuyo cadáver fue expuesto en la primera plana de los principales diarios de la prensa nacional. Buena parte de los medios de comunicación del país dieron a conocer lo sucedido a partir de los informes de las Fuerzas Militares, los cuales invitaban a celebrar el histórico acontecimiento como un logro nacional. Las fotografías y titulares presentaron aquella muerte como el éxito de una cacería militar, y el cadáver destrozado como el trofeo de la misma (*Semana*, 2008b; *El Tiempo*, 2008c).

La historia se repitió el 22 de septiembre de 2010, cuando el guerrillero Víctor Julio Suárez Rojas, alias Jorge Briceño o Mono Jojoy, fue "dado de baja" en un operativo de las Fuerzas Armadas Colombianas. El periódico *El Espectador* aseguró en su editorial del 24 de septiembre que el país sentía alivio y regocijo por la muerte de este hombre, a quien consideraba el "símbolo del terror" (*El Espectador*, 2010d). La revista *Semana* (2010a; 2010b), por su parte, presentó a todo color las fotografías del cadáver de "Jojoy", describió con detalles el operativo militar y lo calificó como una magistral "cacería". Con su cubrimiento, los principales periódicos y revistas del país produjeron y reprodujeron una imagen de las FARC como el primer enemigo del pueblo colombiano.

Aunque estos episodios generaron un enorme debate entre periodistas, académicos y politólogos (Moya López, 2010), las discusiones se centraron en el carácter "amarillista" del cubrimiento, es decir, en la pregunta por el sentido ético de la publicación de aquellas imágenes de cadáveres destrozados por los bombardeos. El hecho mismo de que la prensa se hubiera sumado al júbilo militarista del gobierno y hubiera señalado como propio a ese enemigo no fue cuestionado.

La construcción y difusión de una imagen del enemigo como la que acaba de describirse tiene profundos efectos políticos. Según Heikki Luostarinen (1989),

Una imagen del enemigo puede fortalecer la integración al interior de un grupo y moderar los conflictos internos; puede ayudar a posicionar a un líder político, puede ser usada para explicar injusticias al interior de un grupo. Las imágenes del enemigo son funcionales para justificar decisiones políticas (armas en vez de mantequilla); explicar una agresión nacional o internacional; y para distraer la atención de la gente de otros problemas sociales. Finalmente, las imágenes del enemigo son también funcionales cuando se necesita fortalecer la identidad nacional, especialmente en naciones jóvenes (p. 127).

Otros autores como María Teresa Uribe (2004) y Elsa Blair (1995) coinciden en que el lenguaje, las palabras y la cultura son escenarios en los cuales la guerra se juega su prolongación. Las imágenes del enemigo que circulan socialmente a través de los medios de comunicación pueden radicalizar el ambiente político y recrudecer la violencia, o por el contrario, construir las bases simbólicas para el alcance de una solución negociada. ¿Es el enemigo alguien con quien se puede discutir el rumbo del país, o es por el contrario un "Otro" que se debe perseguir y "cazar" a toda costa?

Aunque producidas al calor de la lucha armada, las imágenes del enemigo trascienden el campo de batalla para incrustarse en el seno de las relaciones sociales. La polarización social que acompañó el proceso de negociación entre el gobierno de Juan Manuel Santos y las FARC, y que se expresó electoralmente en los resultados del plebiscito del 2 de octubre de 2016, ha dejado al descubierto los alcances sociales, políticos y culturales de varias décadas de confrontación discursiva en Colombia. Sugieren además que ninguna solución política de largo plazo será posible mientras no se trabaje en la deconstrucción de esos discursos, que una vez puestos en circulación, parecen perdurar más que las armas.



Un primer paso para lograr esta meta consiste en comprender la manera en que las imágenes del enemigo fueron construidas a lo largo de la historia del conflicto armado, no sólo por los combatientes sino también por distintos actores de la sociedad civil. A partir de los planteamientos anteriores, el presente ensayo académico pretende analizar las imágenes del enemigo que construyeron y difundieron los periódicos *El Tiempo* y *El Espectador*, y la revista *Semana*, entre 1993 y 2012.

Para cumplir con este objetivo se desarrolló una investigación documental que combinó el análisis de discurso de piezas informativas y editoriales con la revisión y categorización de textos teóricos y ensayos académicos sobre el conflicto armado colombiano. Dada la extensión del período analizado y la amplitud de las fuentes de información, resultó imposible tener en cuenta todos los documentos periodísticos sobre el conflicto armado colombiano publicados entre 1993 y 2012. Para sobrepasar esta dificultad, y siguiendo la estrategia sugerida por Jäger (2001), se realizó un análisis sincrónico a partir de acontecimientos importantes que han marcado la historia reciente de la guerra en Colombia. Por acontecimiento clave se entendió aquellos hechos o momentos que por su impacto político y por su incidencia en la opinión pública, produjeron una ruptura o dejaron una marca distintiva en la historia nacional (Marzouk El Ouariachi, 2009).

El primer paso de la investigación consistió por tanto en la revisión y fichaje de seis textos académicos e historiográficos (Pizarro, 2004; IEPRI, 2005; Palacios, 2012; Rettberg, 2010; González, Bolívar & Vázquez, 2002; GMH, 2013), los cuales ofrecían una mirada panorámica del conflicto armado a lo largo del periodo estudiado. De dichos textos se extrajo una lista de los acontecimientos que a juicio de sus autores habían tenido mayor impacto en la opinión pública nacional, o que habían generado una notoria reacción en los medios nacionales de comunicación. A partir de estos hechos se construyó una base de datos de 608 artículos de prensa, entre los que se encuentran editoriales y noticias. Los textos fueron analizados teniendo en cuenta las orientaciones de Teun Van Dijk (1996), con un énfasis en el análisis de la superestructura y la macroestructura semánticas. En los textos se pretendió identificar a quién señala la prensa como enemigo, cómo y por qué.

Este abordaje permitió reconstruir el proceso a partir del cual la prensa nacional radicalizó paulatinamente su percepción sobre un actor armado hasta el punto de señalarlo como el enemigo número uno de los colombia-

nos. Existen, sin embargo, algunas limitaciones metodológicas que deben ser tenidas en cuenta. La primera de ellas tiene que ver con la selección de la información. La necesidad de filtrar la información a partir de acontecimientos clave hace que los resultados obtenidos no sean generalizables. Por lo tanto, este ensayo contiene *una* interpretación sobre *unos* hechos o procesos, conforme a la evidencia obtenida de *unas* fuentes. Dicho de otra manera, esta investigación no puede afirmar nada por fuera de las fuentes que utilizó para el análisis, y el alcance de sus resultados debe circunscribirse siempre a ellas.

Una segunda limitación tiene que ver con el tipo de análisis realizado. La preocupación central del trabajo consistió en identificar los mecanismos discursivos de segregación que le permiten a la prensa crear una imagen del "Otro" como diferente, extraño, peligroso y amenazante. En el camino para cumplir con ese objetivo emergió una enorme información adicional, que sin embargo, debió dejarse de lado. De manera que las diferencias entre las posturas editoriales de los tres medios, o la descripción exhaustiva de los actores armados legales e ilegales solo fueron tenidas en cuenta en la medida en que ofrecieran información sobre el proceso de construcción de la enemistad.

El objetivo de este trabajo no es hacer un perfil de las FARC, el ELN, las AUC o las Fuerzas Militares según la información de la prensa (cosa que ya han hecho otros autores) (Hurtado Vera & Lobato Paz, 2009; Mesa Bedoya, 2014), sino identificar cómo se estructuraron y desarrollaron históricamente esas valoraciones hasta el punto de señalar tajantemente a un actor armado en particular como el enemigo oficial de los colombianos.

Este ensayo suscribe la siguiente tesis principal: Entre 1993 y 2012 se construyó en la prensa nacional una imagen del enemigo que señalaba a las FARC como la principal amenaza del país, una organización "terrorista" opuesta a los valores constitutivos del pueblo colombiano y de la comunidad internacional. Esa imagen del enemigo en la prensa nacional está compuesta por dos dimensiones básicas, una securitaria y una identitaria. La primera alude a la calificación que se hace de un actor armado como peligroso, la segunda alude a la segregación de ese mismo actor como diferente y "extraño".

El texto se divide en dos partes. La primera de ellas comprende los capítulos uno y dos. Allí se recogen algunas de las reflexiones que acompañaron la formulación de este proyecto. En el primer capítulo se discute la idea de



enemistad como condición ontológica de la política, tal como aparece en la teoría de Carl Schmitt, para buscar enfoques constructivistas que permitan explorar la manera como las enemistades se crean y se disuelven discursivamente en contextos liberales y democráticos. El segundo capítulo presenta una lectura de la bibliografía existente sobre la relación entre enemistad, medios de comunicación y conflicto armado, con el fin de identificar los avances y vacíos en relación con el problema de investigación.

Los capítulos tres, cuatro y cinco componen la segunda parte del libro. Allí se presentan los resultados obtenidos de la sistematización y el análisis de la información empírica, y son por tanto el corazón de este texto. El tercer capítulo se ocupa de la dimensión securitaria de la imagen del enemigo. En él se analiza la construcción de las FARC y las AUC como actores peligrosos a partir de 1993¹. El cuarto capítulo está dedicado a la dimensión identitaria de la imagen del enemigo. Se analizan allí tres discursos segregativos que utilizó la prensa para designar a las FARC como un actor "diferente", "extraño" y opuesto a un la idea de un "nosotros" común. Finalmente, el quinto capítulo se ocupa de la radicalización de la enemistad durante los dos gobiernos de Álvaro Uribe Vélez y el primer gobierno de Juan Manuel Santos. Se exponen los modelos de radicalización, a partir de los cuales la prensa asumió una posición activa, beligerante y de descalificación permanente de las FARC.

1 La investigación que dio origen a este libro abordaba originalmente el periodo comprendido entre 1998 y 2012. Sin embargo, durante su desarrollo se pudo constatar que los orígenes de la imagen del enemigo que describía la prensa nacional en esos años se remontaban a principios de la década de los 90's. De allí surgió la necesidad de construir un capítulo que recogiera algunos de esos antecedentes. El capítulo tres de este libro tiene esta función.



Primera Parte



Capítulo Uno

El enemigo en la teoría política: de Carl Schmitt a los teóricos de las imágenes del enemigo

pese a todas las particularidades que puedan diferenciar un conflicto armado de otro, la guerra, en su sentido más genérico, supone el enfrentamiento violento de al menos dos actores que se conciben mutuamente como enemigos, de allí que gran parte de los esfuerzos que se han realizado para comprender y conjurar la guerra se concentren en el esclarecimiento de esta forma de alteridad radical. La enemistad, cómo y por qué se produce, ha sido objeto de reflexión por parte de biólogos, antropólogos, filósofos, psicólogos y teóricos políticos (Fiebig-von Hase & Lehmkuhl, 1997). En la teoría política, el problema fue estudiado con especial interés por Carl Schmitt (1987), quien vio en la enemistad la esencia de lo político. Para este jurista alemán, el enemigo político

(...) es el otro, el extraño, y para determinar su esencia basta con que sea existencialmente distinto y extraño en un sentido particularmente intensivo. En último extremo pueden producirse conflictos con él que no puedan resolverse ni desde alguna normativa general previa ni en virtud del juicio o sentencia de un tercero 'no afectado' o 'imparcial' (p.57).

El estatus del otro como enemigo queda determinado así por dos aspectos fundamentales: es peligroso y es extraño. Que el enemigo sea "distinto" o "extraño" revela que se trata de un concepto de oposición y magnitud en sentido identitario. En palabras de Schmitt (1987), "el sentido de la distinción amigo-enemigo es marcar el grado máximo de intensidad de una unión o separación, de una asociación o disociación" (p.57). El extraño no tiene que ser necesariamente un desconocido, basta que sea radicalmente diferente de sí, ajeno, lejano. La idea del enemigo tiene como función fundamental el permitir distinguir entre un "nosotros" que es familiar y un "ellos" que es distinto.

Existen otras oposiciones que permiten establecer una separación entre un nosotros y un ellos, pero que no corresponden al mundo de la política. La animadversión personal o el criterio de utilidad pueden llevar a concebir al otro como alguien distinto a nosotros, pero mientras no represente peligro en un sentido bélico, no constituye una enemistad política. En otras palabras, el "Otro" puede ser extraño sin ser peligroso, en cuyo caso no será más que un competidor o quizás un opositor, pero nunca un enemigo político. La competencia entre grupos empresariales en el mercado es un buen ejemplo de estas oposiciones no políticas.

De manera similar, el amigo también se encuentra ubicado subjetivamente en el campo de la otredad, pero tampoco representa peligro alguno. Esta es la segunda característica del enemigo: representa un riesgo latente o explícito contra la propia existencia, riesgo al que eventualmente habría que responder con violencia. La peligrosidad del enemigo político viene dada en términos militares, es decir, remite necesariamente a un conjunto de hombres que se oponen combativamente a otro conjunto análogo.

Un ladrón, por ejemplo, puede representar un peligro para su víctima, pero no constituye una amenaza estructural contra el pueblo en general; en tal sentido podría ser un enemigo privado o un criminal, pero nunca un enemigo político (Schmitt, 1987). Cabe preguntarse entonces, ¿quién tiene el poder y la autoridad suficientes para decidir cuáles son las amenazas de todo un pueblo? Según Schmitt (1987), "al Estado, en su condición de unidad

esencialmente política, le es atribución inherente el *ius belli*, esto es, la posibilidad real de, llegado el caso, determinar por propia decisión quién es el enemigo y combatirlo” (p.74).

El Estado en su sentido moderno es una invención relativamente reciente, mientras que la guerra ha sido una constante histórica de la humanidad. La decisión sobre el enemigo no es atribuible entonces específicamente al Estado, sino más bien a la “unidad política”. Este último concepto no tiene en la obra de Schmitt una definición explícita, aunque según la cita anterior, se refiere a aquella unidad que concentra la capacidad bélica en una población determinada. El Estado es hoy en día la unidad política por excelencia, como antes lo fueran los imperios o los feudos. A ellos les estaba reservado en su momento el *ius belli* o capacidad de declarar el enemigo y hacer la guerra.

El *ius belli* es un atributo de la soberanía, pues implica “la doble posibilidad de requerir por una parte de los miembros del propio pueblo la disponibilidad para matar y ser muertos, y por la otra de matar a las personas que se encuentran del lado del enemigo” (Schmitt, 1987, p.75). En este sentido, sólo el soberano, quien posee la fuerza suficiente para disponer de las vidas de los otros, puede declarar un enemigo político.

La aparición del Estado moderno marca un punto de inflexión en la manera en que históricamente se habían construido y enfrentado los enemigos políticos en occidente. Según Norbet Elias (1994) y Charles Tilly (1992), el Estado moderno es el resultado de un proceso violento de concentración del *ius belli* a través de la guerra y la diplomacia. Para que apareciera fue necesario pasar de un mundo de múltiples señores feudales que ejercían el poder localmente, a otro de grandes monarcas que ostentaban el monopolio de la violencia legítima sobre extensos territorios. El efecto de esta concentración del poder bélico fue una reducción en el número de los conflictos pero un aumento en su intensidad. El tránsito de feudos a monarquías y luego a Estados nacionales, marca la llegada de una era de grandes enemistades, en la que la reducción en el número de enemigos enfrentados se ve compensada por el incremento de su capacidad destructiva (Schmitt, 1987).

Hasta el siglo XIX, el *ius belli* estaba íntimamente relacionado con el *ius gentium* o derecho de gentes, precursor del derecho internacional. Se trata de una figura proveniente de la Ley Feacial del derecho romano, con la cual se dictaban las disposiciones con relación al extranjero en materia de guerra. En su concepción original, el *ius gentium* no suponía la existencia de un

ordenamiento supranacional de carácter positivo como el derecho internacional contemporáneo, sino que se trataba más bien del conjunto de leyes civiles que eran aplicables a los "no romanos", es decir, a los extranjeros o enemigos (Wheaton, 1864a, pp.22-23).

Porque los Romanos llamasen su ley fecial con el nombre de derecho de gentes, *Ius Gentium*, no se debe creer que ese fuese un derecho positivo, establecido por el consentimiento mutuo o aun por el uso general de las naciones; para ellos no era, propiamente hablando más que una ley civil. Se la llamó derecho de gentes, porque su objeto era dirigir la conducta de los Romanos con las otras naciones en las relaciones de la guerra, y no porque las demás naciones estuviesen obligadas a observarla" (Wheaton, 1864a, pp.22-23).

Según Carl Schmitt (2003), el *ius gentium* de los antiguos estaba inscrito en una concepción mítica del espacio, según la cual, más allá de las fronteras de la unidad política (fuese la ciudad-estado, la república o el imperio) reinaba lo desconocido, la oscuridad y la guerra, de manera que el *hostis* o enemigo era todo aquel que provenía de estas tierras de nadie. Por el contrario, el desarrollo de las grandes monarquías europeas, sumado al conocimiento geoespacial que brindó la ilustración, permitieron la aparición de una conciencia política de escala mundial. El enemigo que habitaba más allá de los límites territoriales dejó de ser así un misterio, y aunque continuó siendo visto como un "Otro" diferente y amenazante, su existencia era plenamente reconocida.

En los siglos XVIII y XIX, por ejemplo, la frontera entre dos Estados continentales, de acuerdo con el moderno Derecho Europeo de Gentes, no implica una exclusión, sino un reconocimiento mutuo, sobre todo el reconocimiento de que el suelo del vecino al otro lado de la frontera no carece de dueño (Schmitt, 2003, p.32).

Esta idea de reconocimiento entre enemigos permitió la aparición del *ius gentium* en su sentido moderno; a través de él se pretendía regular las relaciones entre los Estados en virtud de dos principios: la no intervención en los asuntos internos, según el cual ningún Estado debía intervenir en los asuntos de otro; y el equilibrio de poderes, según el cual cualquier intento de alguno de los Estados europeos por extender su soberanía y acumular más poder mediante la guerra, sería sometido por la unión estratégica de los demás Estados (Wheaton, 1864).

El *ius gentium* moderno pretendía regular las relaciones interestatales tanto en tiempos de guerra como en tiempos de paz. Sobra decir que, lejos de opacar la enemistad, ambos principios fueron constantemente esgrimidos para justificar la guerra. Sin embargo, este se convirtió en un marco común a los Estados europeos para tramitar la enemistad, de manera que toda acción bélica contra un enemigo exterior debía estar precedida por una declaración oficial de guerra en virtud de alguno de estos dos principios. Durante el auge de las monarquías europeas, la potestad para hablar ante las demás naciones y eventualmente declarar la enemistad, recaía sobre el monarca como poseedor único del monopolio de la violencia, monopolio que gozaba de reconocimiento mutuo entre los Estados.

Dos vacíos en la teoría de Carl Schmitt

Aunque ha pasado casi un siglo desde que Schmitt formulara su teoría de la enemistad como fundamento de lo político, sus tesis siguen siendo utilizadas para analizar los conflictos armados contemporáneos; el caso colombiano no ha sido la excepción (Martínez Márquez, 2014; Angarita Cañas, y otros, 2015). Sin embargo, dicha teoría presenta vacíos estructurales que limitan su capacidad explicativa en este contexto.

Schmitt creía que la enemistad derivaba de la existencia de pueblos que son sustancialmente diferentes los unos de los otros y que, en la medida en que ostentan capacidad bélica, se conciben mutuamente como peligrosos. El jurista alemán pensaba en las guerras típicas de la primera mitad del siglo XX, en las que Estados-nación bien delimitados se enfrentaban entre sí. Para Schmitt, distinguir al enemigo era tan fácil como diferenciar un francés de un alemán. Ahora bien, ¿qué pasa cuando el conflicto armado es interno?, ¿cómo puede explicarse la enemistad entre actores que de una u otra forma se conciben como parte de una misma comunidad? He aquí un primer vacío.¹

Un segundo vacío tiene que ver con la forma en que esta enemistad se desarrolla. Para Schmitt, la capacidad de declarar y combatir a un enemigo,

1 Omíto aquí, por cuestión de espacio, las reformulaciones que hizo Schmitt posteriormente en su teoría del partisano (Schmitt, 1966).

es decir, de hacerle la guerra, es una propiedad de la soberanía, pues solo el soberano ostenta el *ius belli*, esto es, la capacidad para decidir sobre la vida del propio pueblo y enviarlo a morir en la batalla. La guerra es por tanto un asunto que compete de manera exclusiva a los soberanos, pues en ellos reposa, para Schmitt, la responsabilidad absoluta de la vida del pueblo.

Esta noción de la soberanía es de tradición hobbesiana y supone que entre la voluntad del gobernante y los gobernados hay una continuidad perfecta e indiscutible (Foucault, 2000). Por eso, entre otras cosas, Schmitt imaginaba que la guerra se hacía entre "unidades políticas", es decir, entre pueblos que se comportaban como un todo único e indivisible y que marchaban compactos hacia la batalla. La pregunta en este caso sería, ¿se comportan siempre con tal sumisión los gobernados en materia de guerra?, ¿cómo explicar fenómenos como la guerra de Vietnam, en el que la Casa Blanca chocó con un pueblo estadounidense que le pedía detener las confrontaciones?, ¿cómo explicar la reacción de algunos medios de comunicación y ONG de derechos humanos en Colombia, cuando insistieron al entonces presidente Álvaro Uribe que los grupos paramilitares no eran enemigos del Estado sino narcotraficantes disfrazados? (Mesa Bedoya, 2014).

Quizás estos vacíos se expliquen por el contexto histórico que rodea a Carl Schmitt, cuya relación con el nacionalsocialismo alemán es bien conocida (López de Lizaga, 2012); o quizás por basar su concepción de la soberanía en Hobbes, un conservador que publicó su principal obra en 1651 para defender al absolutismo monárquico en Inglaterra (Foucault, 2000; Robin, 2009); o quizás por su explícita oposición política y conceptual al liberalismo (López de Lizaga, 2012; Schmitt, 1987). En cualquier caso, la teoría de este autor resulta insuficiente para explicar cómo y por qué se producen enemigos en las democracias liberales contemporáneas, en las que se supone que el gobernante es un mero "representante" del pueblo y no un soberano con poderes absolutos. Resulta igualmente insuficiente para explicar cómo puede producirse enemistad a partir de condiciones de igualdad identitaria y jurídica, o cómo terminada la guerra puede retomarse una identidad común donde antes parecía haber diferencias radicales e irreconciliables. Para Schmitt, el enemigo no se construye sino que está dado de antemano como una condición trágica de la política; en los gobiernos democráticos, por su parte, ese enemigo debe ser construido a partir de un intenso ejercicio retórico.

Conciencia nacional y soberanía popular

Existe una gran diferencia entre dos monarcas que se enfrentan a nombre propio a través de sus ejércitos y dos grupos sociales que se conciben mutuamente como enemigos. Para que esto último ocurra es necesario también que quienes empuñan las armas en un mismo bando se "imaginen" como una comunidad con rasgos culturales e identitarios compartidos, es decir, que vayan al campo de batalla no sólo como soldados de un rey sino como pueblo. En este sentido, la enemistad debe pasar no sólo por la política sino también por la cultura.

La famosa sentencia atribuida a Luis XIV "el Estado soy yo", y que es la máxima expresión de la concentración del poder, haría pensar que las guerras eran para los monarcas fundamentalmente conflictos individuales o familiares. Dado que el rey se suponía poseedor del *ius belli* y único facultado para tratar con otros Estados, los hombres bajo su poder quedaban reducidos a simples instrumentos bélicos. En otras palabras, los ejércitos se enfrentan en calidad de posesiones del rey y no como comunidades que se concebían mutuamente como enemigos. A manera de ejemplo, cabría recordar la declaración de guerra que hiciera el mismo Luis XIV contra los Estados Generales de las Provincias Unidas en abril de 1672:

The ill Opinion which his Majesty hath for some time past entertaind'd of the Conduct of the States General, having proceeded so far that his Majesty without the diminution of his Glory cannot any longer dissemble the Indignation wrought in him (...) his Majesty hath delar'd, as he does now declare, that he hath determin'd and desolv'd to make War against the said States General of the United Provinces. (Whatley, 1732, p.167).

Como resulta claro en la declaración, aquella guerra se libró por la indignación que había caído sobre el rey y para evitar la disminución de su gloria. Luis XIV ordenó a sus súbditos arremeter contra los holandeses y evitar, so pena de muerte, todo comercio, comunicación o correspondencia con ellos (Whatley, 1732). Para que los franceses dejaran simplemente de obedecer las órdenes de su rey y comenzaran a ver a los holandeses como verdaderos enemigos de su pueblo, era necesario primero que se imaginaran como comunidad.

Antes de la modernidad, la religión y el reino dinástico eran los elementos culturales que con mayor fuerza proveían una identidad comunitaria (Anderson, 2005). Sin embargo, una serie de transformaciones técnicas y culturales

acontecidas en Europa entre los siglos XVI y XVIII permitió la formación de una nueva conciencia colectiva: la nación. Según Benedict Anderson (2005), esto fue posible gracias a tres factores: la fatalidad de la diversidad lingüística humana, la aparición de la imprenta en el siglo XVI y el desarrollo del capitalismo. La interacción de estos elementos permitió que las ideas y la cultura se convirtieran en objetos materiales que podían circular a lo largo de extensos territorios mediante las redes comerciales. Esto configuró lentamente una comunidad de lectores que se reconocían como hablantes de una lengua común.

[Las lenguas impresas] crearon campos unificados de intercambio y comunicación por debajo del latín y por encima de las lenguas vernáculas habladas. Los hablantes de la enorme diversidad de franceses, ingleses o españoles, para quienes podría resultar difícil, o incluso imposible, entenderse recíprocamente en la conversación, pudieron comprenderse por la vía de la imprenta y el papel. En el proceso, gradualmente cobraron conciencia de los centenares de miles, incluso millones, de personas en su campo lingüístico particular, y al mismo tiempo que sólo esos centenares de miles, o millones, pertenecían a ese campo (Anderson, 2005, pp.72-73).

Este cambio tomará aún más fuerza en el siglo XVIII gracias a la aparición de dos formas de imaginación: la novela y el periódico (Anderson, 2005). Ambas hicieron posible que los hombres, quienes ahora se reconocían como integrantes de una comunidad lingüística, adhirieran a ella otros rasgos culturales: compartía además el mismo tiempo y se veían afectados por los mismos acontecimientos. La aparición paulatina de la "nación" introduce en las relaciones de enemistad una conciencia colectiva que antes no existía. Sin embargo, en un primer momento esta conciencia tuvo alcances políticos muy limitados. Un ejemplo de esto lo encontramos en la declaración de guerra del rey de Felipe V de España contra Inglaterra en 1739:

No pudiendo mi tolerancia disimular mas tiempo las irregulares pretensiones de la Inglaterra, su falta de fee a los tratados, i la declaracion de Guerra ultimamente proclamada en Londres contra esta Corona; fundado en mi notoria justicia, i inducido de la que persuade la natural defensa: he resuelto se publique tambien en esta Corte contra el Rei Britanico, sus Reinos, i subditos, i que se execute lo mismo en todos mis Dominios por Mar, i Tierra, haciendo embargos, i todo genero de hostilidades, a los Naturales de dicha Nacion (Ibarra, 1771, p. 363).

Expresiones como "las irregulares pretensiones de Inglaterra" y "todo género de hostilidades a los naturales de dicha nación", ejemplifican hasta qué punto la idea de "nación", como representación de un "nosotros" opuesto a un "ellos", tomaba cada vez más fuerza en Europa. Sin embargo, el rey continuaba declarando la guerra a título personal y la desobediencia de los súbditos era aún castigada con pena de muerte (Ibarra, 1771). En este sentido, la conciencia nacional implicaba un cambio más cultural que político. Aun cuando los soldados españoles combatieran a nombre de España y en contra de Inglaterra, ello no significaba que pudieran decidir individual o colectivamente sobre la cuestión del enemigo. El *ius belli* seguía siendo en esencia un asunto que correspondía exclusivamente al soberano y que se expresaba a través del derecho de gentes, tanto en tiempo de guerra como de paz.

Fueron las revoluciones burguesas de los siglos XVII y XVIII las que, con el desarrollo de la noción de "soberanía popular", introdujeron un cambio radical en el principio que legitimaba al poder y afectaron estructuralmente el funcionamiento del *ius belli*. Este cambio en el discurso y en la práctica política se realizó de formas distintas. En Inglaterra, por ejemplo, se hizo del monarca un subalterno del pueblo. En 1642, algunos parlamentarios comenzaron a hablar de "un país que existió antes de tener algún rey o cualquier otro funcionario del gobierno" (Morgan, 2006, p.60).

(...) Según esta opinión, el pueblo de la nación haciendo uso de sus poderes otorgados por Dios, decidió ser gobernado por reyes de sucesión hereditaria (podría haber escogido cualquier otra forma de gobierno) (...) Los poderes que concedieron al Rey estaban condicionados (...) Si infringiera la confianza puesta en él, el pueblo a través de sus representantes podría resistirse con todo derecho y en última instancia deponerlo (Morgan, 2006, p.60).

Ese mismo año, a través de la "ordenanza militar" el parlamento intentó arrebatarse al rey el control sobre las fuerzas militares del país, pero debió esperar hasta la Revolución Gloriosa de 1688 para consolidar su soberanía. El discurso de subordinación del rey al pueblo hizo que la monarquía se mantuviera, pero redujo el papel del monarca al de simple emblema diplomático y nacional, un vocero que debía acatar las órdenes del Parlamento y mediar entre éste y los demás Estados.

El caso francés fue un poco diferente. El discurso que promovió la Revolución Francesa no fue el de la subordinación del rey ante el "pueblo de la nación", sino el de la expulsión de la monarquía. En su célebre Ensayo "¿Qué es el tercer Estado?", el revolucionario Emmanuel Sieyès (1994) afirmaba:

El tercero posee, pues, todo lo perteneciente a la nación; y todo lo que no es el Tercer Estado no puede considerarse como parte integrante de la nación. ¿Qué es el Tercero? Todo (...) Debe entenderse por Tercer Estado el conjunto de ciudadanos que pertenecen al orden común. Todo privilegiado por la ley, en las circunstancias que sean, se sale del orden común, es una excepción de la ley común y, en consecuencia, no pertenece al Tercer Estado (pp.91-94).

Los franceses pensaron que la mejor manera de resolver el problema de la monarquía era expulsarla más allá de los límites de la nación, hacerla parte de ese enemigo externo allende las fronteras. Mientras que en Inglaterra la nobleza y la burguesía negociaron la soberanía con el sometimiento del rey, en Francia los aristócratas o "privilegiados" fueron perseguidos, expulsados y asesinados.

Tanto en Inglaterra como en Francia el surgimiento de la "soberanía popular" se vio fuertemente influenciado por el desarrollo de la conciencia nacional, incluso podría decirse que fue posible gracias a ella. La nación, que era inicialmente un concepto cultural, se politizó cuando los burgueses vieron en ella el móvil necesario para impulsar sus revoluciones. Incluso en aquellas monarquías euromediterráneas que lograron mantenerse vivas hasta el siglo XIX, la idea de nación logró insinuar sus alcances políticos:

Los Romanov descubrieron que eran grandes rusos, los Hannover encontraron que eran ingleses, los Hohenzollern concluyeron que eran alemanes (...) Además, también corrían nuevos peligros. Si el Káiser Guillermo II se daba el título de "El alemán número uno", implícitamente, reconocía que era *uno entre muchos iguales que él*, que tenía una función representativa, de modo que en un principio podía ser un *traidor* a sus compatriotas alemanes (algo inconcebible en la época de oro de la dinastía ¿Traidor a quién o a qué?) (Anderson, 2005, pp.125-126).

Enemigo militar y enemigo imaginado

El surgimiento de la nación como "comunidad imaginada" (Anderson, 2005) y de la "soberanía popular" produjo cambios trascendentales en el ejercicio del *ius belli* y en las relaciones de enemistad política. Mientras que antes la

declaración de guerra era asimilable a la voluntad única del rey, tras las revoluciones burguesas ésta quedó en manos de órganos colegiados como el Parlamento inglés o la Asamblea Nacional francesa. Aunque desde el exterior las declaraciones oficiales de guerra y de paz seguían dando la impresión de ser unánimes y uniformes, ahora resultaba evidente que en ellas había también debates, confrontaciones y desacuerdos. Un ejemplo lo encontramos en la declaración de guerra de Luis XVI de 1792, quien se vio forzado a anunciar hostilidades contra las monarquías vecinas (las cuales consideraban que se encontraba retenido por los revolucionarios y querían devolverle su trono):

El ministerio francés (...) aconsejó al rey proponer a la Asamblea nacional, según las formas de la constitución, un decreto proclamando que la Francia se hallaba en estado de guerra con el rey de Hungría y de Bohemia. Luis XVI consintió con repugnancia a esta proposición, y fue adoptada la ley con gran mayoría, el 20 de abril. (Wheaton, 1864a, p.7).

Por otra parte, el monarca dejó de ser concebido como poseedor del pueblo y se convirtió en un simple representante o vocero. Aunque en algunos casos continuó desempeñando funciones como interlocutor ante los demás Estados, la construcción de un enemigo y la declaración de guerra debieron hacerse ahora a nombre del pueblo y no del rey. Este nuevo discurso de legitimación del poder implicaba que el *ius belli* debía ir en concordancia con una idea de "voluntad general" que se suponía connatural al pueblo nacional.

La "soberanía popular" no implicó que el pueblo en su conjunto adquiriera efectivamente la capacidad de hacer la guerra y declarar al enemigo, pues esa potestad siguió siendo exclusiva de un grupo minoritario (De Vattel, 1834). Sin embargo, las revoluciones burguesas sí pusieron en circulación la idea de que un enemigo no se construye de arriba hacia abajo sino de abajo hacia arriba. Aunque en la práctica esta "soberanía popular" era una ficción tan difícil de sostener como el derecho divino, existía una diferencia fundamental: la voluntad del pueblo no habla por sí sola, por lo tanto, es susceptible de interpretación y requiere siempre de representantes. Desde entonces los gobernantes no escatiman esfuerzo para convencer a los gobernados de que el enemigo que ellos quieren declarar es una amenaza para todo el pueblo.

Podría decirse que las revoluciones burguesas hicieron que el proceso de construir y declarar un enemigo político adquiriera dos dimensiones distintas: la declaración militar por parte de los gobernantes y la construcción

imaginaria por parte de los gobernados. Aún hoy, el ejercicio del *ius belli* sigue estando en manos de unos pocos, pero los procesos culturales a través de los cuales la nación se imagina al enemigo son diversos y múltiples. Estos dos aspectos son distintos pero interdependientes. Los gobernantes mantienen la facultad absoluta de declarar la guerra, pero la construcción imaginaria del enemigo como alguien opuesto y peligroso se ve influenciada por otros actores que, como la prensa, hacen posible imaginar la "nación" (y en ella, con ella o para ella, a su enemigo).

La separación entre enemigo militar y enemigo imaginado condenó a los gobernantes a realizar enormes y constantes esfuerzos para que la imaginación nacional coincidiera con su voluntad. Las dificultades que esto supone son evidentes y se ven reflejadas en la obsesión de los gobiernos por controlar la prensa desde el siglo XVIII.²

El enemigo creado por un Estado en virtud del *ius belli* puede o no coincidir con el enemigo imaginado por la población, pero la incongruencia entre estas dos dimensiones siempre supone un problema para los gobernantes. La historia nos ha dejado ejemplos de este conflicto. Uno de ellos lo encontramos en la guerra entre Estados Unidos y España por Cuba a finales del siglo XIX. En enero de 1898, Estados Unidos envió sin previo aviso a La Habana el acorazado *Maine*. Aunque esto generó disgusto en las autoridades españolas, el barco fue recibido en puerto. Tres semanas más tarde el acorazado explotó en misteriosas condiciones. Sin esperar una investigación sobre el hecho, la prensa sensacionalista de William Randolph Hearst inundó las calles de las ciudades Estadounidenses con el titular: "El barco de guerra *Maine* partido por la mitad por un artefacto infernal secreto del enemigo" (Higueras y Rumbao, 2010, p.15). El gobierno de ese país acusó a España del hundimiento y le exigió abandonar la isla. Según Higueras y Rubao (2010)

2 Un ejemplo de lo anterior se encuentra en las palabras de Cabet (1839) con motivo de la Revolución Francesa de 1830: "Amigos de la revolución, sostened la prensa; enemigos destruida; ella fue la que preparó y provocó la insurrección de julio (...) La prensa, á la que Luis Felipe debe en parte su corona, y que, largo tiempo, demasiado confiada como la nación, apoya el gobierno naciente, merece que se guarde fidelidad á las promesas. Más la prensa abre al fin los ojos y se apercibe del peligro: cesa de aprobar y de alabar; advierte, critica, ataca; entonces se llama la maldita prensa, se la odia, se quiere abolirla, y las persecuciones de la restauración empezarán contra ella" (p.257).

El presidente William McKinley, que no había considerado abiertamente la posibilidad de una guerra, la hizo suya, aunque no para liberar a Cuba sino para ocuparla.

Mientras tanto, en España, la prensa era fiel reflejo de la ignorancia y el desprecio reinante en el país hacia el nuevo imperio que se estaba gestando allende el Atlántico. El Gobierno, que se había permitido el lujo de rechazar la oferta de Estados Unidos para comprarle Cuba y Filipinas, no supo valorar la fuerza con que emergía la nueva potencia y, alentado por una prensa inculta y patrioter que loaba una Armada irrisoria para enfrentarse a miles de millas de distancia de la metrópoli, se dejó arrastrar a la derrota (p.15).

Este episodio mostraba el alcance que podía tener la separación entre el enemigo declarado militarmente y el enemigo imaginado por la población. Sea cual fuere la causa real del estallido del Maine, la prensa de Hearts anticipó la declaración oficial de enemistad por parte del gobierno, generando un ambiente de polarización entre la población. "Su agencia de noticias, sus diarios, revistas y cadenas de radio se encargaron de difundirlo y ampliarlo por todo Estados Unidos, como una muestra más de las atrocidades que cometía España en la isla y de la necesidad urgente de liberar a los inocentes cubanos del yugo español" (Higueras y Rumbao, 2010, p.15). Por el contrario, la prensa patriótica española construyó la imagen de una Armada fuerte y un enemigo débil, que finalmente terminó arrebatándole la isla. En ambos casos, imaginar al enemigo fue un factor determinante para los gobiernos, con efectos diferenciados en virtud de la fuerza bélica real de ambos países.

Un ejemplo un poco diferente al anterior lo encontramos en el siglo XX. Así como se le atribuye a los medios de Estados Unidos haber propiciado la guerra contra España en 1898, también se les atribuye la derrota que sufrieron las tropas de ese país en la guerra de Vietnam. Por primera vez en la historia, "la televisión metió en las casas norteamericanas los encendidos debates que suscitaba la guerra (...) en la que se vieron involucrados medio millón de soldados estadounidenses, hasta el punto de que se la comenzó a llamar «la guerra de la sala de estar» (Higueras y Rumbao, 2010, p.19). Los ciudadanos estadounidenses vieron con sus propios ojos la violencia que se desataba en Indochina, presenciaron la desgarradora humanidad de sus enemigos y las imágenes de la guerra generaron tal zozobra que las manifestaciones públicas de inconformismo no se hicieron esperar. En este caso, la imagen que los medios produjeron sobre el conflicto fue tan abrumadora que desataron el llamado "síndrome de Vietnam", un sentimiento generalizado

de humillación, derrota e impotencia que hizo mella en el orgullo militarista del pueblo estadounidense y sus soldados. Luego de este episodio, el Gobierno del país norteamericano emprendió múltiples esfuerzos legislativos por impedir el cubrimiento directo de las guerras por parte de los periodistas.

Desde el punto de vista de Carl Schmitt (1987), la unidad política no tiene que ejercer el *ius belli* de manera absolutista, puede hacerlo a través de órganos colegiados como asambleas o parlamentos. Sin embargo, el autor considera que una incongruencia entre el enemigo declarado y el enemigo imaginado (tal y como ocurrió en la guerra de Vietnam), o la existencia de disputas internas que impidan ejercer el *ius belli* de manera uniforme, conducen inevitablemente al colapso de la unidad política (Schmitt, 1987, p.69).

El argumento de Schmitt descansa en una concepción igualmente uniforme de la soberanía en la que el pueblo y el Estado operan siempre bajo una misma voluntad,³ una idea comúnmente aceptada en el contexto totalitario en el que escribió su obra. Esta idea oculta las contradicciones, resistencias, diferencias y disputas que tienen lugar a la hora de construir y enfrentar un enemigo.

En sociedades con un mínimo de tradición democrática y participativa, es perfectamente posible que un sector social como los medios de comunicación pueda presionar a los depositarios del *ius belli* para que desistan de un enemigo o declaren otro. Ello no significa necesariamente que la unidad política se fragmente o se destruya. Analizar la construcción del enemigo político en sociedades democráticas y mediatizadas exige tener en cuenta tanto el poder militar de los gobernantes, como la imaginación de los gobernados y las imágenes que circulan por los medios masivos de comunicación.

Imaginario e imágenes del enemigo

La enemistad y la guerra en contextos democráticos y liberales tienen una marcada dimensión imaginaria que es, al mismo tiempo, política. Así como

3 Esta idea no es exclusiva de la defensa hobbesiana de la soberanía aristocrática, sino que está presente también en algunas modalidades del discurso revolucionario francés del siglo XVIII. Sieyès (1994), por ejemplo, consideraba que la nación, el pueblo y el Estado eran una sola entidad, única e indivisible. Según Eric Hobsbawm (1991), la ecuación "nación=pueblo=Estado" es el sustento del discurso revolucionario-democrático tanto como del discurso nacionalista.

los gobernantes se ven en la obligación de construir discursivamente una y otra vez el contenido de la "voluntad popular"; en casos de guerra se ven también en la necesidad de hacer que la población imagine la existencia de un enemigo, deben convencerla de que existe un "Otro" diferente y amenazante dispuesto a atacarla. Esta dimensión imaginaria de la enemistad se profundiza aún más conforme avanzan la masificación, urbanización e industrialización en los siglos XIX y XX. En palabras de Rieber y Kelly (1991),

(...) en la guerra industrializada se requiere la movilización de las masas a una escala nacional y (...), como resultado, las poblaciones civiles son regularmente blanco de destrucción, pues se trata de un recurso militar indispensable. La guerra no es ya la preocupación [exclusiva] de soldados profesionales: las poblaciones civiles deben estar preparadas tanto para sufrir la devastación como para tolerar que sus ejércitos inflijan una devastación equivalente en sus contrapartes también desarmadas (p.4).

Ahora bien, ¿cómo se construye o alimenta un imaginario sobre el enemigo?, ¿cómo se puede controlar o utilizar políticamente un imaginario?, ¿cómo se moldea la imaginación de la población? La respuesta, lo saben bien las instituciones religiosas, está en las imágenes. Siguiendo a Baudrillard (1978), las imágenes son la materialización de los imaginarios de quienes las crean, pero son a su vez lo que alimenta la imaginación de quienes las observan. Ante la imposibilidad de moldear directamente la imaginación de la población, los gobernantes dirigen sus esfuerzos hacia el control de las imágenes que circulan sobre el enemigo.

Aquí los actores armados se enfrentan a un problema de grandes magnitudes. Si bien la potestad para declarar la guerra recae aún en las decisiones de un hombre o un grupo reducido de hombres, la facultad para construir un imaginario sobre el enemigo y difundir imágenes entre los ciudadanos no es exclusiva del gobernante o del Estado. En ello pueden influir todos aquellos que tengan capacidad de discurso público, como los líderes de opinión o los medios masivos de comunicación.

Desde la invención de la imprenta, la capacidad de crear y difundir masivamente imágenes se ha diversificado. Ya no es más un monopolio de instituciones como la iglesia o el Estado, de manera que los actores armados deben hacer un enorme esfuerzo por controlar las imágenes que producen actores civiles como la prensa, la cual se reivindica además como intérprete

de la voluntad popular. De allí la enorme preocupación a lo largo del siglo XX por estudiar los medios de comunicación, la sociedad de masas y la propaganda militar (Bonilla Vélez, Tamayo Gómez, & Rey, 2007).

A lo largo de la segunda mitad del siglo XX estas inquietudes reunieron a sociólogos, psicólogos y politólogos, quienes dejaron de preguntarse por la enemistad como una condición dada de antemano, y afrontaron el problema desde una perspectiva constructivista. Autores como Brian McNair (1988) y Rieber (1991) utilizaron el concepto "imágenes del enemigo" para aludir a la percepción que una persona o un grupo construye de un "Otro" como enemigo. Aquí el problema no es, como en Schmitt, de qué manera tramitar las diferencias ontológicas preexistentes (mediante la guerra o la diplomacia), sino cómo es que esas diferencias llegan a construirse o deconstruirse en el imaginario de una población, a tal punto que esta acepte o rechace ir a la guerra. En este enfoque los medios masivos de comunicación adquieren un especial interés, por el rol que ocupan en la sociedad de masas.

Históricamente, el Estado colombiano es heredero de todo el discurso político de la Revolución Francesa, y por esta vía estructuró también su legitimidad sobre el imaginario de la "soberanía popular". Dicha legitimidad ha sido siempre de tipo democrático y liberal, basada en los ideales del "pueblo soberano" y la "prensa libre". Esto no le ha impedido vivir más de 50 años de conflicto armado interno, en medio de elecciones ininterrumpidas y medios masivos de comunicación privados y legalmente autónomos. En este contexto, todos los actores armados, legales e ilegales, han buscado por distintos medios influir en los imaginarios que tiene la población sobre la guerra, así como en la información periodística que circula sobre ellos. La prensa nacional, por su parte, se ha atribuido el lugar de representante y vocera del interés público, lo que la ha llevado con frecuencia a construir y difundir una imagen particularmente negativa de aquellos actores a los que considera como los enemigos de todo el pueblo colombiano.



Capítulo Dos

Los estudios sobre medios de comunicación, guerra e imágenes del enemigo

Los primeros intentos por estudiar la relación entre medios masivos de comunicación y conflicto armado estuvieron marcados por dos impulsos diferentes: el temor de los gobernantes a la imaginación de los gobernados y su deseo de controlarla. Se trataba de trabajos con una orientación esencialmente behaviorista o conductista, "centrada en los efectos y las persuasiones de la comunicación sobre las «inmaduras» y «potencialmente agresivas» masas urbanas" (Bonilla Vélez, Tamayo Gómez, & Rey, 2007, p.22). El objetivo político que subyacía a dichos análisis era el de comprender las fuerzas que determinaban la conducta de las masas, bien fuera para potenciar su utilidad política o para criticar la instrumentalización que de ellas hacían otros gobiernos.

Los estudios de Harold Lasswell (2013) sobre la propaganda militar de la segunda guerra mundial fueron el sustento de las teorías de la aguja

hipodérmica, según las cuales, los medios de comunicación ejercían un poder casi absoluto sobre la voluntad de las audiencias. Tanto el imaginario de las masas como su comportamiento eran interpretados como un resultado de los mensajes que transmitían los medios de comunicación. Si el imaginario social y el mensaje mediático eran uno solo, la propaganda y la censura eran los mecanismos para conseguir la adhesión de los ciudadanos a la voluntad política de los gobernantes. Las tesis de Lasswell fueron reforzadas más tarde por el filósofo francés Louis Althusser (1974), quien concibió a los medios como grandes "aparatos ideológicos del estado", a través de los cuáles los gobernantes podían mantener la masa bajo control.

No obstante, en la década de los 40's estas teorías fueron refutadas por los sociólogos Paul Lazarsfeld y Robert Merton (1977), quienes plantearon que el efecto de los medios sobre la sociedad no es absoluto sino limitado, ya que la sociedad no es una masa alienada y tiene la capacidad de seleccionar e interpretar los mensajes que los medios emiten. Desde esta perspectiva, la relación entre conflicto armado y medios de comunicación se complejiza, haciendo necesario diferenciar al menos tres dimensiones: la capacidad militar y simbólica del gobierno, el mensaje de los medios, y los imaginarios que las audiencias construyen con base en la información recibida.

Podría decirse que la teoría de los efectos limitados de Lazarsfeld y Merton (1977) ubica a los medios de comunicación en un punto intermedio entre la construcción militar del enemigo por parte de los gobernantes y la construcción imaginaria que realizan los ciudadanos. Cuando un gobierno declara un enemigo político, los medios crean y difunden imágenes sobre éstos últimos. Tales imágenes son recibidas e interpretadas por las audiencias, quienes pueden aprobarlas, rechazarlas o modificarlas.

El término "Imágenes del enemigo" fue acuñado a finales del siglo XX por expertos de la psicología y la comunicación como Brian McNair (1988) para referirse a la forma en que los medios norteamericanos y británicos habían representado a la Unión Soviética como enemigo durante la Guerra Fría. Según Richard K. Herrmann y Michael P. Fischerkeller (1995), las teorías sobre las imágenes del enemigo "han sido extraídas de casos de conflicto en los cuales los adversarios eran comparables en capacidad, tenían una sofisticación cultural comparable, y cuyos líderes percibían gran amenaza por parte del otro estado" (p.416).

Los trabajos de Heikki Luostarinen (1989) en Finlandia y Rune Ottosen (1995) en Noruega, revelan el carácter histórico y cambiante de las "imágenes del enemigo". Luostarinen (1989) analiza los factores socio-políticos que permitieron la construcción de una enemistad entre Finlandia y Rusia, así como aquellos que posibilitaron su posterior disolución. El autor concluye que la construcción mediática de "imágenes del enemigo" responde, más que a amenazas externas reales, a las necesidades de integración social y unidad nacional que tiene cada Estado. Esta tesis es compartida por Matthew S. Hirshberg (1993), quien asegura que los "ciudadanos tienden a crear una concepción positiva y estereotipada de sus propias naciones" (p.77) y, por contraste, una visión igualmente estereotipada de sus enemigos. Los estereotipos, como reducción del otro a sus características negativas y exaltación de los rasgos positivos de sí mismo, serían los mecanismos discursivos a partir de los cuales la prensa construye "imágenes del enemigo" y enaltece el espíritu nacional.

En esta misma perspectiva, Ottosen (1995) realiza un análisis comparativo del cubrimiento periodístico de cuatro conflictos internacionales: la invasión Iraquí en Irán en 1980, la invasión Iraquí en Kuwait en 1990, la Ley Marcial en Polonia en 1981 y la Ley Marcial en Rumania en 1989. El autor expone cómo el enemigo tradicional de Noruega, la Unión Soviética, fue dejado de lado durante 10 años y se erigió progresivamente un nuevo enemigo ligado al islam. El estudio revela el crecimiento del prejuicio contra los musulmanes en Noruega y la aparición de "imágenes del enemigo" ligadas al Ayatollah Khomeini durante la primera invasión de Irak y a Saddam Hussein durante la segunda. Tanto Luostarinen (1989) como Ottosen (1995) concluyen que las "imágenes del enemigo" son construcciones que emergen y se disuelven conforme se modifican los conflictos políticos de los cuales hacen parte. Sin embargo, advierten que los fenómenos de xenofobia, racismo y extremismo que se derivan de tales imágenes suelen permanecer en el ámbito social por mucho más tiempo.

A manera de conclusión, podría afirmarse que los estudios adelantados en el marco de la Guerra Fría desarrollan los siguientes temas:

1. Polarización de las relaciones políticas.
2. Producción y difusión de estereotipos.
3. Historicidad de las imágenes del enemigo.
4. Medios de comunicación y propaganda.
5. Radicalización de las relaciones sociales.

Una segunda etapa en los estudios internacionales sobre enemistad y medios de comunicación comienza con los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos (McNair, 2007). Rubén Caro del Castillo (2002) explica este renovado interés en el tema al afirmar que las acciones terroristas de la primera década del siglo XXI, que en principio carecían de una explicación clara en cuanto a su origen o motivación, hicieron que la prensa internacional se esforzara por "señalar a un responsable incuestionable y con rostro, a un enemigo oficial contra el cual emprender las represalias" (p.7). Juan Pablo Zebadúa Carboney (2005) continúa esta línea analítica y estudia el papel que actualmente tienen los medios en la "construcción de las otredades" de la globalización. Según este último autor, el terrorismo ha sido construido en los medios como el "enemigo actual" del modelo de vida occidental.

Rut M. Sanz Sabido (2009), en su artículo "*When the 'other' becomes 'us': mediated representations, 'terrorism' and the 'war on terror'*", hace un análisis de los recursos retóricos a partir de los cuales los medios de comunicación británicos construyeron al "terrorismo" como enemigo luego de los atentados en Londres el 7 de julio de 2005. Para Sanz Sabido, la técnica empleada por los medios consistió en "hacer ver al terrorismo y a sus perpetradores como extranjeros, creando una oposición entre la «Nación» y el «Otro»" (p.67). Esto constituye un recurso retórico, por cuanto los agresores del 7 de julio eran en realidad ciudadanos británicos. La consecuencia es la construcción de una imagen distorsionada del enemigo basada en la teoría del "choque de civilizaciones" (p.67), la cual propone una "división ambigua entre «conocido» y «desconocido», «bueno» y «malo»".

Finalmente, los trabajos de Erin Steuter y Deborah Wills (2008, 2010) en la prensa canadiense llaman la atención sobre el papel del lenguaje "deshumanizante" en el cubrimiento periodístico sobre el terrorismo por parte de los medios de comunicación occidentales. Estos dos autores sostienen que los terroristas, el islam y los musulmanes han sido descritos metafóricamente como animales, bichos o enfermedades en la prensa canadiense. De esta forma se construye un "enemigo-otro deshumanizado, desindividualizado y en últimas prescindible" (Steuter & Wills, 2010, p.7). Advierten además sobre el peligro de estas construcciones, pues ellas sientan las bases para las reacciones racistas, los abusos de prisioneros por parte los militares e incluso el genocidio.

En concordancia con los planteamientos de Steuter y Wills (2008, 2010), Roger Bromley (2011) asegura que la prensa y la radio en Rwanda facilitaron el

genocidio en ese país, al utilizar de manera reiterativa insultos y estereotipos deshumanizantes para "alentar a las milicias Hutu a masacrar y violar cientos de miles de hombres, mujeres y niños Tutsi. La radio y la prensa escrita en Rwanda ayudó a construir caricaturas verbales y visuales de la minoría Tutsi, a través un proceso de exclusión social y cultural, y mediante lo que ha sido llamado 'diferenciación emocional con su efecto inmediato: el odio'" (p.39). Los estudios adelantados en el marco de la Guerra Internacional contra el Terrorismo desarrollan principalmente los siguientes temas:

1. Medios de comunicación, terrorismo y globalización.
2. Choque de civilizaciones.
3. Estrategias retóricas de deshumanización.
4. Violación de Derechos Humanos

Luego de la revisión bibliográfica anterior, se podría decir que la polarización es el elemento fundamental de los estudios realizados en el marco de la Guerra Fría, lo cual es comprensible si se tiene en cuenta la enorme paridad que existía entre los dos bloques de poder que se enfrentaban en conflicto (Estados Unidos y la Unión Soviética). Por su parte, y a diferencia de lo que señalan Richard K. Herrmann y Michael P. Fischerkeller (1995), en la Guerra Internacional contra el Terrorismo existe una radical disparidad en las relaciones de poder de los actores, de allí que la deshumanización, que pretende caracterizar al otro como un ser inferior, sea el rasgo distintivo de las "imágenes del enemigo" que en ella se producen.

Colombia: entre el análisis normativo y el análisis constructivo

En Colombia el análisis de la relación entre medios de comunicación y conflicto armado siguió un rumbo diferente. Si bien existe una abundante producción académica sobre el tema, las categorías "enemigo" e "imágenes del enemigo" no se han vinculado a los marcos interpretativos de los investigadores nacionales. A diferencia de Estados Unidos y Europa, donde ambas categorías han ayudado a conformar un marco teórico más o menos común, en Colombia estas referencias permanecen prácticamente ignoradas. Quizás la única alusión de un autor nacional a este marco teórico sea atribuible a Elsa Blair (1995), quien en su artículo "Imagen del enemigo: un nuevo imaginario social",

sugiere la necesidad de analizar dichas imágenes como construcciones simbólicas que sustituyen un sentido de nación ausente y posibilitan la aparición de una cultura de la violencia. Según Blair (1995), para entender el conflicto armado colombiano no basta con analizar sus causas estructurales, sino que es necesario tener en cuenta también los "imaginarios sociales" y "representaciones" que han configurado una "mentalidad guerrillera":

La sociedad colombiana parecería haber hecho de la 'imagen del enemigo' un referente de sentido. Es en la 'imagen del enemigo' donde se encuentran espacios comunes, es decir, una imagen común, un referente común entre grupos sociales diversos. La pertenencia a uno de estos grupos parece marcar no sólo la relación con el 'otro', sino su propia identidad y cohesión interna" (Blair Trujillo, 1995, p. 60).

Esta autora toma prestada la categoría "imagen del enemigo" de los suizos Kirt Spillman y Kati Spillman (1991), cuyo texto "La imagen del enemigo y la escalada de los conflictos" fue traducido al español por la Revista Internacional de Ciencias Sociales de la Unesco en Marzo de 1991. Sin embargo, las reflexiones de Blair después de 1995 rápidamente se enfocaron en otros aspectos de la dimensión cultural de la violencia, descuidando así la pregunta por la construcción social del enemigo y su uso político. Adicionalmente, si bien hay en el texto de Blair una pregunta por las imágenes del enemigo, no existe en él ninguna alusión a los medios de comunicación.

Otros esfuerzos investigativos similares han sido realizados por comunicadores y juristas con enfoques y alcances diferentes. En su artículo "imaginarios del enemigo", Laura González Pérez y Marcela Trujillo Quintero (2002) describen los resultados de un proceso de investigación que pretendía analizar los imaginarios sociales que los medios de comunicación colombianos construyen y difunden sobre el enemigo en el conflicto armado. A manera de tesis, las autoras afirman que en Colombia los medios tienen posiciones muy diversas a la hora de cubrir el conflicto, por lo cual el imaginario sobre el enemigo no está claramente determinado: quien hoy es amigo mañana puede ser enemigo y viceversa.⁴

4 Para defender su tesis las autoras realizaron un seguimiento a la emisión nocturna del Noticiero RCN y posteriormente socializaron en grupos de discusión los resultados encontrados. Sin embargo, es necesario advertir que la argumentación del texto no es rigurosa y mezcla

Por su parte, Omar Huertas Díaz, Henry Torres Vásquez y Nydia Cecilia Díaz Pérez (2011) analizan el papel de los medios de comunicación en el cubrimiento del conflicto armado y su relación con la construcción de enemistad por parte del Estado colombiano. Para ello parten de tres presupuestos básicos:

1. Los medios de comunicación son aparatos ideológicos del Estado. Este último los controla según su conveniencia y difunde a través de ellos una información sesgada sobre su funcionamiento.
2. Los medios de comunicación tienen la capacidad de determinar directamente los pensamientos de las audiencias. Afirman que "la masa social es alienada, a tal punto que realiza comportamientos orientados por los *mass media* en menoscabo de la diversidad, la paz y el pluralismo" (p.107).
3. El Estado requiere construir enemigos para asegurar la estabilidad y la unidad nacional.

Los autores sostienen como tesis fundamental que para erigir un enemigo es primordial realizar su construcción mediática. Según ellos, "el servilismo de los medios de comunicación es axiomático para la construcción de un enemigo que le sirva al Estado para toda clase de fines" (p.97). De esta forma, el gobierno colombiano ha producido mediáticamente el "terrorismo" como enemigo utilizando una alta dosis de violencia legal e ilegal. Los medios son concebidos como poderosos aparatos ideológicos del Estado capaces de moldear la conducta humana. Esta posición teórica e ideológica desconoce por completo la autonomía (por lo menos formal) de los medios de comunicación, por lo cual ha sido ampliamente revaluada por las teorías contemporáneas de la comunicación política y la opinión pública (Medina Pérez, 2012).

No existen, más allá de los dos textos señalados anteriormente, otros abordajes académicos sobre la relación entre medios de comunicación y conflicto armado que tomen como eje de análisis la construcción de enemis-

constantemente juicios de valor con descripciones narrativas de los grupos de discusión, desviándose rápidamente hacia interpretaciones morales de las autoras sobre el conflicto armado. Tampoco se aclara en el texto la metodología utilizada para el análisis de las emisiones del noticiero o los grupos focales. En última instancia, el trabajo referenciado es pionero en cuanto al abordaje, las preguntas y tesis que propone, pero aún está en deuda de ser desarrollado con rigurosidad académica.

tad. Sin embargo, la articulación general entre medios y conflicto ha sido objeto de discusión en diferentes disciplinas, entre las que destacan la comunicación social, el periodismo, la lingüística, la psicología, la ciencia política y la sociología. El conocimiento que actualmente se tiene no ha sido producido por acumulación sucesiva o siguiendo unos parámetros comunes, sino que es el resultado de enfoques epistemológicos diversos y metodologías divergentes.

El libro "Las violencias en los medios, los medios en las violencias", de Jorge Iván Bonilla y Camilo Andrés Tamayo (2007), constituye el primer esfuerzo hecho en Colombia por sistematizar este diverso corpus de información. Dicho texto presenta un estado del arte de los estudios sobre violencia y medios de comunicación en América Latina, publicados entre 1998 y 2005. Los autores identifican tres líneas temáticas: "1) La cobertura periodística en contextos de conflicto armado y violencia política, 2) Los contenidos, naturaleza y formas de representación de la violencia en la programación recreativa e informativa de los medios, y 3) la influencia de la violencia mediática en las audiencias, así como la percepción que de ella tienen los públicos" (p.25).

En el texto de Bonilla y Tamayo (2007), el conflicto armado es un componente importante mas no exclusivo, pues se incluyen formas no políticas de violencia como el narcotráfico o la delincuencia común. Sin embargo, su propuesta de sistematización revela dos perspectivas básicas desde las cuales se ha analizado el fenómeno a nivel nacional: Un enfoque normativo y otro constructivo. Estos enfoques no son excluyentes. Algunos autores, por ejemplo, parten de presupuestos "constructivos" pero plantean desarrollos "normativos" o viceversa.

Las aproximaciones normativas

Los trabajos de orientación normativa se han ocupado de evaluar la información que han publicado los medios de comunicación en Colombia con relación al conflicto armado. Parten de presupuestos ideales basados en códigos de ética periodísticos y asumen los principios de la prensa liberal moderna: imparcialidad, equilibrio, diversidad de fuentes y objetividad. Estos textos le confieren a los medios una responsabilidad social y unos deberes

éticos en el cubrimiento del conflicto armado. En este sentido, Marta Milena Barrios (2001) afirma lo siguiente:

En la medida en que se codifiquen los discursos a la luz de los principios éticos de la profesión, que privilegian la defensa del bien común por sobre cualquier otra circunstancia, y se empleen categorías periodísticas que permitan una comprensión más completa de los sucesos, se puede fortalecer el vínculo social de la nación (p.547).

Los textos de orientación normativa son generalmente ensayos, aunque se incluyen también algunas investigaciones de corte empírico. En ellos se señalan constantemente los "errores", "equivocaciones" o "cubrimientos periodísticos negativos" sobre el conflicto. Gran parte de estos textos incluye también "sugerencias" para mejorar la calidad de la información que publican los medios o para hacer que esta contribuya al logro de la paz.

El libro "Las trampas de la guerra. Periodismo y Conflicto", publicado por la Corporación Medios para la Paz, y elaborado por Arturo Guerrero, Eduardo Márquez, Andrés Restrepo y Dario Villamizar (2001) es un ejemplo de este tipo de textos. En él se analizan cinco artículos periodísticos escogidos arbitrariamente, de los cuales cuatro constituyen modelos "negativos" que revelan una posición "parcializada", la cual va en detrimento de algún actor armado o en beneficio de otro. De manera similar, Arlovich Correa Manchola (2001), en su artículo "Guerra y paz en directo: la información televisiva en tiempos de conflicto", hace un análisis de los "directos televisivos" a través de los cuales se ha informado sobre el conflicto armado en los últimos años y analiza los errores cometidos en cuatro casos de cubrimiento en directo.

Otro análisis sistemático de la prensa en Colombia con enfoque normativo fue publicado en 2004 por el "Proyecto Antonio Nariño" bajo el título "calidad informativa y cubrimiento del conflicto" (Bonilla Vélez & Rey, 2004). El texto es, según sus autores, un "estudio-monitoreo de la información de 12 diarios y un semanario, publicados en distintas ciudades del país, que pretendió indagar por la presencia y los modos de articulación de algunos estándares de calidad informativa en la cobertura del conflicto armado en Colombia" (p.1). Para ello se basaron en los criterios de pluralidad, precisión y manejo diverso de fuentes y temas de la información.

Los estudios de tipo normativo señalan de manera reiterada dos problemas o características infortunadas de la información que publican los medios

sobre el conflicto armado: la banalización de la guerra y la parcialización de la información. Con relación al primer problema, Jaime Abello Banfi (2001) afirma que existe una "tendencia a convertir la noticia [sobre el conflicto armado] en espectáculo, y la información en un eslabón más del flujo de entretenimiento con el cual los medios buscan enganchar y sostener los niveles de audiencia y circulación" (p.413). Esta idea es desarrollada también por autores como Eduardo Márquez (2003), Jorge Iván Bonilla y Catalina Montoya (2003). De esta tesis se deriva otra, según la cual "las agendas de la guerra en Colombia se están confeccionando según las lógicas de producción de la prensa sensacionalista" (Bonilla Vélez & Montoya Londoño, 2003, p.71). A las denuncias sobre la banalización del conflicto subyacen presupuestos normativos como estos:

1. Existe una división entre "prensa seria" y "prensa sensacionalista" (menos seria). El conflicto armado debe ser tratado de manera "seria".
2. Los medios no deben entretener audiencias, sino ayudar a la solución del conflicto mediante su comprensión.
3. La función de los medios es defender intereses comunes, no simplemente privados.

En cuanto a la parcialización de la información, autores como Jaime Abello Banfi (2001), Jorge Iván Bonilla y Catalina Montoya (2003), María Eugenia García Raya y Edward Romero (2000) y Mary Correa Jaramillo (2008), señalan de manera reiterativa que al analizar detalladamente la información que publican los medios sobre el conflicto armado se puede evidenciar en muchos casos una posición implícita que beneficia a algún actor armado o perjudica a otro. De esta evidencia empírica se deduce que los medios de comunicación no solo emiten información sobre el conflicto, sino que además son un escenario en el que los actores armados se disputan la legitimidad y la construcción de sentido de la guerra. Los autores señalan que en Colombia la prensa no es completamente "libre", sino que los actores armados tratan de cooptarla para su propio beneficio, pretenden así visibilizar lo que les conviene e invisibilizar lo que les perjudica.

Frente a esta tesis existen algunas posturas radicalmente críticas sobre el papel que han asumido los medios de comunicación en Colombia. El CINEP (1999), por ejemplo, afirma que las informaciones parcializadas y sin contexto emitidas por los medios de comunicación constituyen un "dispositivo

de ocultamiento, tergiversación, falsificación y encubrimiento de la verdad” (p.130). Bajo esta perspectiva, los periodistas incumplen sus “deberes éticos”, pues se convierten en amplificadores de la voz de algún actor armado en particular y descuidan las voces ciudadanas. Para el CINEP (1999), los medios de comunicación en Colombia se han aliado con el Estado para forzar entre los colombianos un consenso sobre la naturaleza del conflicto armado y su posible solución:

El dispositivo mass-mediático cumple con su ‘sagrado deber’ de moldear las mentes de la sociedad, ‘fabricar el consentimiento’ en torno a un tema, aunque de lo que se trate en especial sea de acabar con la precaria democracia que tenemos, y asestarle incluso un golpe moral a la democracia formal que defendemos (...) Deberíamos guardarnos del monopolio de la voz en manos de los medios y el establecimiento. El silencio al cual los medios condenan a la mayoría de la población es, además de injusto, peligroso (pp.122-130).

Una posición similar a la del CINEP (1999) es defendida por Omar Gerardo Martínez Roa (2003) en su texto “Apuntes para desarmar la agenda pública del conflicto armado”. Posiciones normativas como esta han motivado el desarrollo de estudios sobre desinformación y propaganda en Colombia, entre los que destacan particularmente la investigación realizada por Mary Correa Jaramillo (2006, 2007, 2008) en la Universidad Autónoma de Bucaramanga, titulada “desinformación y propaganda: el poder simbólico de los actores armados en el conflicto colombiano”. En ella se aclara que los mecanismos de desinformación no son exclusivos del Estado, sino que todos los actores armados participan de esta dinámica.

Algunos autores descargan la responsabilidad de los problemas antes mencionados (banalización y parcialización) en los periodistas. Márquez (2003), Guerrero, Restrepo y Villamizar (2001), por ejemplo, defienden la tesis del “piloto automático”, según la cual este tipo de “errores” no son necesariamente el producto de decisiones deliberadas de los periodistas, pero pueden ser el resultado de un cubrimiento “mecanizado”, una redacción que se realiza de manera casi automática y sin reflexión. Por su parte, Correa Manchola (2001) concluye que los periodistas “no se han preparado” conscientemente para cubrir el conflicto armado: “Se les ha visto inseguros, atropellando a los protagonistas de la noticia o interpretando los sucesos de manera errónea e incluso, narrando hechos innecesarios” (p.409). Como

resultado de lo anterior, varios autores (Correa Jaramillo, 2006; Márquez, 2003; Restrepo & Villamizar, 2001; García Raya & Romero, 2000, entre otros) hacen un llamado al "profesionalismo" y al seguimiento de los códigos de ética periodísticos para evitar la cooptación por parte de actores armados.

Iván Bonilla (2002), por su parte, ha criticado la defensa radical de los códigos de ética, pues según él,

Acudir al profesionalismo como 'coraza protectora' frente a las equivocaciones, pero también contra las intimidaciones de que son objeto los periodistas, es una labor necesaria pero no suficiente (...). Son [los] principios fundacionales del periodismo moderno los que han generado en los periodistas una autopercepción de que su trabajo se inscribe en una cultura del 'interés público'. Y precisamente quienes más han encarnado estos ideales son también quienes más persecuciones, amenazas, censuras, exilios y asesinatos sufren. Así, el profesionalismo no sólo se convierte en un camino para el rigor, la exactitud, la imparcialidad, el equilibrio y la objetividad, sino que tiene otra cara: hacer visible el 'poder oculto', que no acepta un periodismo crítico, autónomo, imparcial e independiente. De modo que un mayor profesionalismo puede traducirse en un mayor riesgo (p.63).

Las aproximaciones constructivas

Una forma distinta de acercarse a la relación entre medios de comunicación y conflicto armado en Colombia ha sido propuesta desde las ciencias sociales y la lingüística, concretamente a partir de teorías socio-hermenéuticas y críticas como la construcción social de la realidad, los imaginarios sociales, las representaciones sociales y el análisis crítico de discurso. Este segundo grupo de textos no pretende evaluar la información de los medios de comunicación a partir de los principios ideales del trabajo periodístico. Parten de la base de que los medios construyen una realidad discursiva propia y unas representaciones sobre la guerra, las cuales difunden socialmente. Se interesan por comprender cuáles son esas representaciones y cómo han sido construidas. No evalúan si estas coinciden objetivamente con la realidad, o si son acertadas o erróneas en términos periodísticos.

Mientras que las aproximaciones normativas diferencian entre "información" y "desinformación", "correcto" e "incorrecto", "verdadero" y "falso"; las aproximaciones constructivas se limitan a comprender el "universo simbólico" que han creado los medios de comunicación alrededor de la guerra.

Un ejemplo de este tipo de enfoques se encuentra en el artículo "Violencia y Paz en los discursos de la prensa. Un análisis desde la construcción social de la realidad", publicado por Marta Milena Barrios (2000). A partir de los planteamientos teóricos de Berger y Luckmann, quienes distinguen entre "la realidad «real» y la realidad «representada»" (p.40), esta autora realiza "un análisis de la construcción social que se hace visible a través de los discursos de violencia y paz en *El Heraldo* de Barranquilla" (p.46). Se trata de una investigación cuali-cuantitativa que integra herramientas metodológicas del análisis de contenido y el análisis de discurso. Propone como tesis central que "la construcción del conocimiento «noticia» se hace a través de rutinas de cubrimiento o tipificaciones. Estas son las mediaciones o «filtros» que hacen diferente la realidad «real» de la realidad «cultural»" (p.70). Entre las tipificaciones que se han construido sobre el conflicto armado colombiano en los medios se encuentran:

1. La internacionalización y el secuestro son acciones típicas del conflicto armado.
2. Existe un contraste brusco entre la guerra y la paz.
3. Resulta difícil identificar los roles de los actores armados.
4. La prensa utiliza constantemente sustantivos y adjetivos que transmiten repudio o miedo.

De manera similar, María Eugenia García Raya y Edward Romero Rodríguez (2000) se preguntan "¿cómo son representados los actores armados en los medios de comunicación, más allá de la visibilidad?" (p.54). Estos dos autores afirman que la información sobre el conflicto armado que publican los medios evidencia una oposición entre dos mundos culturales:

Para los medios de comunicación, el grupo guerrillero (Las FARC) es 'la otra Colombia'(...) La Colombia de los guerrilleros, según se desprende de las mismas informaciones presentadas en los medios, es, a grandes rasgos, rural, marginada, anclada en el pasado y nueva para el habitante urbano de la clase media. La 'Colombia del gobierno Pastrana' es urbana, moderna, mira hacia el futuro (pp.54-55).

Esta misma pregunta es formulada por otros dos académicos: Juan Camilo Ruiz Salazar (2006) y Neyla Graciela Pardo Abril (2005). Para Ruiz Salazar (2006), la pregunta supone un problema de legitimidad. En tanto que los

medios son el escenario en el que se "presenta y expresa la opinión pública formal o liberal" (p. 99), es posible que dicha opinión legitime a determinados actores sociales en detrimento de otros. A partir de estos presupuestos, el autor concluye que durante el 2003:

Se terminó por construir una imagen buena, bondadosa y patriótica de las AUC, pues se aplaudió el proceso de desmovilización, olvidando crímenes de lesa humanidad cometidos por el grupo en años pasados. Hacia las FARC, el ataque fue total, este grupo es totalmente ilegítimo, para hablar de cualquier cosa; sólo en un tema puede ser legítimo: en el intercambio humanitario (p.103).

Por su parte, Neyla Graciela Pardo (2005) se vale del análisis crítico del discurso y de la lingüística para identificar las representaciones de los actores armados del conflicto colombiano en cuatro periódicos ("*El Espectador*, *El Tiempo*, *El País* y *El Heraldo*") (p.167). Para esta autora, dichas representaciones se construyen a partir de mecanismos de exclusión e inclusión. Los primeros se refieren a las omisiones que hacen los medios de los actores armados y revelan la importancia que el medio otorga al actor, los segundos se refieren a las formas en que los actores armados son nombrados y las características que se les atribuye⁵.

Como resultado de su análisis, Pardo (2005) concluye que en la prensa colombiana, la guerrilla es representada como "un actor delincuente que es incapaz de reconocer normas, interactúa de forma irresponsable, impulsiva, insensible y calculada; este tipo de actor es agresivo, incapaz de compasión, carente de límites, todo lo cual lo formula como un sujeto cuya conducta es amoral y antisocial" (p.182); los paramilitares son representados como "un actor de características ambivalentes; sus acciones se dirigen en función de sus intereses, pero reconocen la normatividad y se proponen defensores

5 Según Pardo (2005), existen cinco mecanismos de inclusión: "La potencialidad de la acción de los actores se construye mediante la formulación del agente en un recurso que se denomina activación. En sentido similar, la transformación de los actores en entes sobre quienes recaen las acciones o pacientes se denomina pasivización. En los casos en que los actores se representan asociados a la ocurrencia accidental de los acontecimientos, el fenómeno se llama circunstancialización. El recurso de personificación se construye cuando la representación de los actores sociales se formula en términos de los rasgos que identifican lo humano. Finalmente, el actor puede ser representado como entidad abstracta o concreta, en la que se ponen de relieve aspectos no humanos, en cuyo caso el recurso es la impersonalización" (p.178).

del orden social; hacen de sus pretensiones el núcleo de su existencia, de esta manera se proponen como actores sin alternativas cuya única opción es enfrentar la norma para sobrevivir" (p.182). Finalmente, dice la autora, los organismos de seguridad del Estado son construidos como actores que:

(...) tienen carácter institucional en la medida en que son concebidos como parte del Estado, el cual se caracteriza por ser el ente capaz de dominar legítimamente, poseer una racionalidad universalizada, disponer de una organización política y ejercer la violencia legítima. En este sentido, son dotados de rasgos tales como el orden, la convencionalidad, la formalidad, la planeación, la sensibilidad y la responsabilidad, entre otros, que los representa como agentes cumplidores de su deber (p.182).

Un ejercicio similar al de Pardo, pero mucho más extenso, fue realizado por Guido Germán Hurtado Vera y Luis Eduardo Lobato Paz (2009) en el texto "Representaciones e imaginarios sobre la violencia colombiana en la prensa nacional 1990/2014". Estos autores logran identificar los imaginarios que han elaborado editorialistas, columnistas y ciudadanos sobre el conflicto. Destacan que Colombia ha sido construida como "un país descuadrado o al borde del colapso institucional" (p.53); la guerrilla como "grupos sin ideología y causantes de todos los males del país" (p.127) y los paramilitares como "fuerzas oscuras" (p.196) que han tratado de ser invisibilizadas.

Los trabajos desarrollados desde una perspectiva constructiva se preguntan no solo por la identidad de los actores armados sino también por la construcción simbólica que han hecho los medios de los significantes "guerra" y "paz". Sobre este último tema se destacan los estudios de Leonor Esguerra y Cecilia Muñoz (2002) titulado "Algarabías de paz y guerra", y de Fernando Estrada Gallego (2004), titulado "Metáforas de una guerra perpetua. Estudios sobre pragmática del discurso en el conflicto armado colombiano".

Si bien es cierto que ninguna de las investigaciones reseñadas en este último apartado aborda directamente el problema del enemigo en los medios de comunicación, es posible apreciar una gran cercanía entre los estudios internacionales sobre "imágenes del enemigo" y los estudios nacionales de corte constructivo. Esta cercanía es tanto epistemológica como metodológica. Los académicos nacionales han hecho grandes esfuerzos por entender la forma como los medios de comunicación caracterizan a los actores armados y construyen representaciones o imaginarios sobre el conflicto. Sin embargo,

aún es necesario establecer la relación entre dichas representaciones y el fenómeno de la enemistad, es decir, la manera como esas representaciones hacen del "Otro" un enemigo que debe ser combatido militarmente. Los estudios constructivos ofrecen además una gran riqueza en el análisis de las estrategias retóricas con las cuales los medios crean identidades alrededor del conflicto, pero resulta necesario ahondar en las implicaciones y efectos de tales estrategias, así como en los factores históricos, sociales y políticos que las hacen posibles.

En lo que respecta a los trabajos de perspectiva normativa, quizás su principal aporte académico a la comprensión de las imágenes del enemigo en Colombia se encuentre en las investigaciones referidas a la propaganda, pues establecen una conexión entre las construcciones discursivas que circulan en los medios de comunicación y los intereses estratégicos de los actores armados, aspecto que en general no es desarrollado en los estudios de corte constructivo.



Segunda Parte



Capítulo Tres

Peligrosidad, miedo y aversión: la dimensión securitaria de la imagen del enemigo

Con sus 57 años de duración (GMH, 2013), el conflicto armado colombiano es la confrontación bélica más prolongada en la historia de América Latina. A lo largo de este medio siglo de enfrentamientos, los actores armados legales e ilegales han sabido adaptarse a la realidad cambiante del país, transformando sus estrategias, sus fuentes de financiación y sus discursos políticos. De igual forma, la prensa nacional ha modificado en varias oportunidades sus imaginarios y representaciones sobre la guerra, en un esfuerzo constante por explicar y/o rechazar los actos de violencia contra la población civil (Hurtado Vera & Lobato Paz, 2009). La cuestión de quiénes son los actores armados y qué se debe hacer con ellos ha estado siempre en el centro del debate en los principales periódicos y revistas del país.

Durante la segunda mitad del siglo XX, la manera como la prensa representó a los actores armados estuvo enmarcada en alguna de las siguientes

tres actitudes: indiferencia, fascinación o aversión. Los grupos subversivos, los paramilitares e incluso la Fuerza Pública han intentado influir sobre estas percepciones. Su anhelo usualmente apunta hacia la generación de fascinación, pero su preocupación real e inmediata ha sido casi siempre evitar la indiferencia. Esto se explica al menos por dos razones. En primer lugar, una actitud indiferente por parte de la prensa y otros medios masivos de comunicación puede ser un síntoma de rezago militar. Si el actor armado no logra generar una sensación de desestabilización con la violencia que ostenta, difícilmente podrá cumplir con sus objetivos políticos.

En segundo lugar, la falta de figuración pública dificulta el contacto del actor armado con la sociedad. Los medios masivos de comunicación son la principal fuente de información para una enorme porción de la población colombiana, particularmente aquella que reside en los centros urbanos del país. Si el actor armado es ignorado o subestimado y no logra llevar su discurso a los medios, tampoco puede explicar su visión del conflicto armado a esta parte de la población. Si sus enemigos, por el contrario, logran llamar la atención de los medios, hay mayores oportunidades de que sean ellos quienes expliquen la guerra.

Para evitar la indiferencia de la prensa, un actor armado puede utilizar instrumentos políticos no bélicos (contacto con partidos políticos legales, estrategias de comunicación alternas, etc.) o puede también recurrir a acciones militares que impacten a la población y capten la atención de los periodistas. Esta segunda vía suele ser más rápida, pues se vincula directamente con los criterios de producción de la información periodística; sin embargo, también suele ser más riesgosa. Cuando una acción militar rompe la normalidad de una comunidad, usualmente se convierte en un hecho noticioso y el actor armado comienza a figurar en la agenda mediática, pero si no tiene la oportunidad de justificar el hecho con sus propias palabras, es probable que sea rechazado y que la prensa fomente la aversión hacia él. En tal caso, corre el riesgo de perder legitimidad y ser percibido como un peligro inminente.

La aversión, tal como la entienden Hobbes (1980) y Evrigenis (2008), es una mezcla de miedo y desconfianza hacia un objeto, situación o actor que se considera peligroso. Cuando un actor armado ilegal realiza una acción bélica que afecta directamente a civiles (masacre, secuestro, explosión, etc.), esto genera una reacción social negativa a corto y a largo plazo. En principio, la población identifica al actor armado como un sinónimo de peligro. Su simple

imagen provoca miedo y activa el instinto de supervivencia, la necesidad de huir, esconderse o atacar primero para conservar la vida. Por otra parte, la acción bélica también despierta una desconfianza extensiva, pues se asume que el actor armado no solo puede volver a atacar en el mismo lugar, sino que en el futuro puede extender el mismo tipo de acciones hacia otros lugares.

Un batallón de las FARC que se toma un pueblo cercano a Bogotá, por ejemplo, es una amenaza real. El miedo que despierta en la población directamente afectada es inmediato. Sin embargo, cuando ese hecho es difundido por la prensa entre los habitantes de la capital, estos perciben al actor armado como una amenaza potencial y futura: "se están acercando, podrían llegar en cualquier momento". Esta desconfianza es un insumo fundamental para la enemistad.

El enemigo es siempre un actor considerado peligroso, bien sea que se trate de una amenaza real e inmediata, o imaginaria y futura (Rieber & Kelly, 1991). En términos de Hobbes (1980) y Evrigenis (2008), la peligrosidad alimenta la construcción de la imagen del "Otro" como enemigo. En el presente capítulo se analizará la manera como la prensa ha evaluado la peligrosidad de los distintos actores armados, así como la definición de las FARC como la principal amenaza del país.

Indiferencia – fascinación – aversión

La eficacia del miedo como mecanismo para romper con la indiferencia de la prensa tiene explicaciones mediáticas, psicológicas y políticas. Desde el punto de vista periodístico, el miedo es un gran productor de información. De hecho, el periodismo funciona en cierta medida como detector y clasificador de amenazas, pues lo que supone un inminente peligro es siempre noticioso. En algunos casos la prensa intenta explicar aquello que produce miedo para reducir el impacto emocional y generar pautas de acción que permitan reaccionar frente al peligro; en otros casos, por el contrario, hace del miedo la noticia y se encarga de multiplicarlo o expandirlo entre sus lectores, muchos de los cuales comienzan a sentir desconfianza sin haber tenido nunca contacto directo con el peligro.

Desde el punto de vista psicológico, autores como Klein (1975) y Lifton (1979) consideran que nuestro "miedo primario", aquel sobre el cual se desar-

rolla buena parte del inconsciente humano, es el miedo a ser eliminado por algún persecutor. La seguridad aparece entonces como un estado imaginario en el que ese miedo ha desaparecido y todas las amenazas se han disuelto.

Desde el punto de vista político, este carácter primario del miedo confiere una enorme capacidad de movilización. Según Hobbes (1980), la asociación política se explica precisamente por la necesidad de afrontar el miedo a la muerte. El Estado surge, a juicio de este autor, como un mecanismo para evitar la incertidumbre y generar un marco de seguridad en un mundo caracterizado por el miedo a los otros.

Que el miedo a la muerte sea al mismo tiempo un elemento primario del inconsciente humano (Klein, 1975), la base de muchas asociaciones políticas (Hobbes, 1980), y un potente generador de información periodística, hace de él un instrumento bastante útil para ganar notoriedad pública. Generar miedo es una vía rápida para figurar en los medios. Sin embargo, se trata de una emoción negativa (Robin, 2009) que demanda del actor armado un esfuerzo adicional, pues de lo contrario puede devenir en aversión, o incluso en enemistad.

Históricamente, la violencia utilizada por los actores armados ilegales no siempre ha despertado la inmediata aversión de la prensa. De hecho, muchas veces esa violencia ha sido recibida positivamente y ha fascinado a las audiencias, que han visto en ella una solución a problemas políticos y económicos. Lo usual en Colombia ha sido que la indiferencia primero dé paso a la fascinación, y esta a su vez al miedo y la aversión. El ejemplo más reciente de esto lo ofrecen los grupos paramilitares. Según Hurtado y Lobato (2009), cuando el paramilitarismo ingresó a la escena nacional en la década de los años 80 el fenómeno fue parcialmente invisibilizado por la prensa, la cual interpretó erróneamente que las acciones de este nuevo actor eran simples casos esporádicos y locales de delincuencia común, violaciones a la ley que no guardaban ninguna conexión entre sí. Al unificarse bajo la estructura de las AUC, casi 20 años después, los paramilitares comenzaron a ganar notoriedad pública debido a su expansión territorial, sus masacres y sus entrevistas televisivas.

Los esfuerzos comunicativos de Carlos Castaño lograron cierta "paramilitarización de la opinión pública" (Hurtado y Lobato, 2009; Bonilla, 2002), pues muchos sectores sociales comenzaron a adherir, o por lo menos a tolerar, el discurso contrainsurgente del líder paramilitar, con quien compartían un

rechazo profundo hacia la subversión. La fascinación por este nuevo actor, sin embargo, fue borrada paulatinamente por la realidad de las masacres y los desplazamientos, pero sobre todo, por las evidencias de su vinculación con el negocio del narcotráfico, lo cual contradecía claramente los ideales que decía defender Castaño (Mesa Bedoya, 2014).

Las distintas etapas por las que transitó la representación mediática de los paramilitares fueron comunes también a los grupos guerrilleros y al narcotráfico. Según Jorge Iván Bonilla (2002), aunque la historia de la subversión se remonta a los años 60, esta solo logró captar plenamente la atención de los medios de comunicación en la primera mitad de la década de los años 80. Al igual que ocurrió con los paramilitares, el descubrimiento tardío de los guerrilleros por parte de los medios estuvo impregnado de una relativa fascinación, especialmente hacia el M-19.

El "discurso seductor y carismático de sus comandantes (recuérdese a Jaime Bateman y Carlos Pizarro) y del «drama humano» de los combatientes «recién descubiertos»" (Bonilla, 2002, p.57) fueron los factores que despertaron el interés de la opinión pública, que parecía al mismo tiempo fascinada y encandilada por los personajes de la lucha subversiva. Este breve embelesamiento se puede rastrear en "los reportajes de Ligia Riveros para la revista *Cromos* durante 1982-1984" (Bonilla, 2002, p.57); pero también en las millonarias ventas de libros sobre guerra y paz que se editaron en la época. Poco o nada queda actualmente de esta fascinación; los medios de comunicación privilegian hoy el lado militar-inhumano para describir a los guerrilleros, quienes son descalificados como "mañosos, desconfiados, astutos, arrogantes, terroristas, ausentes de credibilidad y desorbitados de la realidad" (Bonilla, 2002, p.57).

La indiferencia mediática que caracteriza los primeros años de existencia de los actores armados ilegales muestra la incapacidad de la prensa para dimensionar los alcances e implicaciones de la violencia; y más problemática aún resulta la debilidad crítica con la que los descubren luego, en medio de idealizaciones románticas. Estas dos actitudes (indiferencia y fascinación) guardan relación con la manera en que los ciudadanos imaginan al Estado y se relacionan con él. La subvaloración revela una confianza excesiva de algunos sectores sociales en el monopolio legítimo de la fuerza del Estado, que lleva a ver las acciones de los actores ilegales emergentes como violaciones esporádicas a la ley sin mayor importancia (Hurtado y lobato, 2009).

Por su parte, la atracción posterior hacia el discurso de estos personajes tiene que ver con la tendencia del periodismo a privilegiar la novedad y la espectacularidad como criterios noticiosos, pero también con el desencanto de otros sectores frente la débil presencia estatal o a la injusticia de las condiciones sociales.

Ante los problemas de incapacidad, injusticia e inequidad que rodean al Estado colombiano, el discurso de los actores ilegales ofrece un escape momentáneo a los desencantos y angustias de los líderes de opinión y de la prensa nacional. No se trata, sin embargo, de una aceptación racional e ideológica del discurso de tales actores, ni tampoco de una adhesión incondicional de grandes sectores de la sociedad a sus distintas causas armadas. Como señala Pizarro (2004), ni los guerrilleros ni los paramilitares representan a ningún conglomerado social de significación:

Uno y otro movimiento tiene, sin duda, bases sociales de apoyo aquí y allá, desperdigadas a lo largo y ancho de la geografía física o social del país. Sin embargo, no se puede hablar de una identidad de intereses o de visiones compartidas con ninguna clase social en particular. Ni las FARC o el ELN son una 'guerrilla campesina', como pudieron serlo las huestes de Mao Tse Tung, ni las AUC son el aparato militar de las clases medias (p. 60).

El encanto se debe más bien a la empatía relativa generada por el carisma de los líderes de estos actores ilegales y a las historias de vida que dicen encarnar. Estas últimas se presentan como heroicidades de guerra en el caso de la subversión y el paramilitarismo, o como relatos exitosos de ascenso social en el caso del narcotráfico; un encantamiento que, en cualquier caso, ha durado siempre poco y se rompe definitivamente cuando se dimensionan los efectos reales de la violencia ilegal.

El tránsito entre la fascinación y la aversión no se explica solo por una renuncia a los ideales de cambio y un retorno a la "seguridad" que ofrece el monopolio estatal, sino también por la aparición de nuevos actores armados ilegales que acaparan la atención de los medios y que logran identificar las sensibilidades cambiantes de la opinión pública. Durante la segunda mitad de la década de los años 80, las "gramáticas del encanto", como denomina Bonilla (2002) a los episodios de fascinación que caracterizaron la emergencia de los actores ilegales en la prensa, se desplazaron desde la guerrilla hacia los capos y jefes del narcotráfico. Hubo un nuevo proceso de mitificación "que

llevó a que grandes sectores de la población sintieran una admiración por estos personajes y se convirtieran en referentes de alternativas de movilidad social” (Hurtado Vera & Lobato Paz, 2009, p.170).

Directa o indirectamente, los medios de comunicación mostraban “el poderío y la fastuosidad en la que vivían los capos de la droga” (Hurtado y lobato, 2009, p.270), los cuales diferían del estilo de vida del guerrillero. Marco Palacios (2012) da cuenta de este proceso al analizar el contraste entre las imágenes sociales de las guerrillas y de los narcotraficantes en la década de los años 80:

A diferencia del mundo guerrillero, que ideológicamente se visualizaba como si estuviera plantado en el ‘corazón de las tinieblas’, el mundo de las drogas se sintoniza con actitudes y mentalidades individualistas y hedonistas que, por ejemplo, se apropian de la salsa democrática, la algarabía de las discotecas, la intensidad contagiosa de la vida nocturna; todo eso a la par de las exigencias y presiones psicológicas de éxito rápido y las modas (...) la juventud metropolitana percibía a las guerrillas como fenómenos irrelevantes, organizaciones lentas, dinosaurios rumiando el pasado en las espesuras de la selva, en contraste con los narcotraficantes que, pese a todo, eran ágiles, atléticos, estéticos, orientados sagazmente hacia el capital, el consumo y el futuro; ejemplares puros de movilidad social en una sociedad relativamente cerrada y mezquina (Palacios, 2012, pp.116-120).

De manera similar, la mayor radicalización de la opinión pública contra la guerrilla a lo largo de la primera década del siglo XXI fue impulsada por la fascinación momentánea que el paramilitarismo generó en la prensa y en los demás medios de comunicación, como se verá en el capítulo siguiente. La popularidad de un actor armado emergente se alimenta así del rechazo de otro que le precede. Cuando los discursos sobre los actores armados dejan de causar fascinación y se aproximan al rechazo y la aversión, la opinión pública puede radicalizarse al punto de señalar al actor armado como una verdadera amenaza para el país, aunque antes despertara su admiración.

La tesis anterior aporta una clave analítica fundamental para comprender la construcción de imágenes del enemigo en la prensa colombiana: se trata de un proceso dinámico en el que unos actores ganan legitimidad a costa de otros. Una consecuencia de esto es que mientras la construcción del enemigo en el discurso de la prensa esté mediada por una diferencia de ganancias y pérdidas, solo podrá haber un enemigo a la vez. Hurtado y Lobato (2009)

se refieren a esta tesis como la trampa del "enemigo único" en la prensa colombiana. En la década de los años 90, por ejemplo, la prensa saturó la opinión pública de noticias negativas sobre el narcotráfico, dejando a las guerrillas y a los paramilitares en un segundo lugar. Solo cuando "se presentaban atentados y masacres (...) se volvía la atención sobre estos grupos irregulares" (Hurtado y Lobato, 2009, p.258).

La tendencia de la prensa a ocuparse de una amenaza y olvidarse de los otros actores armados se debe en gran medida a los criterios de normalidad-anormalidad propios del lenguaje periodístico (Palacios, 2012). Al cubrir el conflicto armado, los medios de comunicación determinan qué formas de violencia son "normales" y pueden ser omitidas o ignoradas; y qué formas de violencias son "anormales" y deben ser publicadas. A juicio de Palacios (2012), en los últimos 25 años la "destrucción de la propiedad pública y privada en zonas rurales" (p.138) ha sido considerada muy costosa y digna de un cubrimiento periodístico permanente, mientras que "se pusieron en segundo plano las masacres de los paramilitares y se marginó las noticias de la tragedia humanitaria de los desplazados" (p.138).

Tanto los paramilitares como los grupos guerrilleros y el narcotráfico han atravesado las tres etapas descritas (indiferencia – fascinación - aversión); sin embargo, solo los dos últimos actores fueron catalogados como "enemigos". El ciclo de subvaloración-fascinación-aversión permite comprender cómo es que los medios de comunicación han representado históricamente a los actores armados, y cómo es que la enemistad emerge solo cuando la fascinación del "descubrimiento" desaparece y la aversión o percepción de peligrosidad toma fuerza. Sin embargo, aquella secuencia resulta insuficiente para explicar por qué un actor armado (y no otro) termina por ocupar el lugar del enemigo.

Hurtado y Lobato (2009) sugieren que hasta 1991, cuando Pablo Escobar se recluyó en la prisión La Catedral en Medellín, los carteles de la droga habían sido la principal preocupación de los medios de comunicación en materia de orden público, entre otras cosas, debido a los ataques directos y a la intimidación de la que habían sido objeto por parte de este actor ilegal. Con Escobar en prisión la atención comenzó a virar hacia las guerrillas, pero volvió nuevamente a olvidarse de ellas cuando el principal capo del narcotráfico escapó de su cautiverio. Fue solo hasta que Escobar fue abatido en 1993, que los periodistas comenzaron a prestar verdadera atención a los demás actores armados ilegales (Hurtado Vera & Lobato Paz, 2009).

Desde la muerte de Pablo Escobar dos actores armados han logrado alarmar a la prensa hasta el punto de ser considerados amenazas de gran magnitud para la seguridad del país: las FARC y las AUC. De estos dos actores, el primero logró ganarse la etiqueta de "amenaza número uno" desde la segunda mitad de la década de los años 90 gracias a su crecimiento militar y a sus arremetidas contra el Ejército nacional. Su decisión de abandonar todo esfuerzo político contribuyó a que ese desarrollo militar fuera interpretado con enorme aversión, pues se les consideró actores despolitizados y herederos del negocio criminal de los carteles de la droga.

Las AUC, por su parte, buscaron conscientemente ganar protagonismo en la prensa entre 1997 y 2003. La sevicia de sus métodos, así como el crecimiento de su pie de fuerza, los catapultó a los primeros puestos de la agenda noticiosa. Llegaron a ser considerados un actor equiparable en peligrosidad a las FARC. Un enorme esfuerzo de comunicación política les permitió además generar cierta fascinación inicial en algunos líderes de opinión, pero pronto fueron rechazados por el recuerdo de sus métodos atroces y por sus relaciones con el narcotráfico. Conforme estos dos actores ganaban protagonismo, el ELN lo fue perdiendo hasta quedar relegado al lugar de una amenaza menor o secundaria, una etiqueta de la cual no ha podido deshacerse.

El crecimiento militar de las FARC

A partir del ataque de las Fuerzas Armadas contra la sede del secretariado de las FARC en La Uribe en 1990, este grupo guerrillero decidió cambiar radicalmente su estrategia de guerra. Pizarro (2004, p.93) ha descrito este proceso como el tránsito de una "guerra de guerrillas" a una "guerra de movimientos". El grupo subversivo se concentró en el fortalecimiento militar, con la aspiración de adquirir la fuerza de choque necesaria para confrontar directamente a las Fuerzas Armadas y ganar control territorial. En respuesta a la operación militar del Ejército en La Uribe,

[Las FARC] crearon una escuela militar situada en los llanos de Yarí en el departamento del Caquetá, denominada Hernando González. En ella, se van a preparar los futuros mandos operacionales destinados a la dirección de los bloques regionales y, ante todo, a las nuevas unidades militares de élite,

tales como las guerrillas móviles y las compañías. Estos 'oficiales de escuela militar' van a ser destinados a unidades militares de mayor tamaño que en el pasado, por lo cual las FARC comienzan a concentrar un número enorme de fuerza en el sur del país. En esa amplia región se pasa de una estrategia centrífuga a una estrategia centrípeta, consistente en crear unidades de lucha capaces de cercar y aniquilar bases militares y tropas de élite del Ejército oficial. Los éxitos van a ser impactantes: El Billar, las Delicias, San Juanito y muchos otros (Pizarro, 2004, pp.95-96).

Este cambio de estrategia se formalizó en 1993 en la llamada VIII Conferencia. En ella el secretariado de las FARC confirmó la intención de aumentar su capacidad bélica en calidad y cantidad (Valencia, 2004, p.93); pero además, anunció su decisión de cancelar toda relación con los partidos políticos legales de izquierda. Autores como Pizarro (2004), Valencia (2002), y el Grupo de Memoria Histórica (2013) consideran que este fue un punto de quiebre en la historia de las FARC, pues a partir de allí el actor armado decidió privilegiar la vía militar por encima de la vía política:

La decisión fue meterse de lleno en la guerra, cancelar todas las expresiones políticas legales y apostarle a la fuerza de las armas. Se resolvió también no insistir más en las aperturas democráticas ni en la conquista de espacios institucionales para desarrollar la actividad política; en adelante, la lucha sería por el poder a través de un gobierno de 'reconciliación y reconstrucción nacional' (...). Las FARC le estaban diciendo adiós a la política (Valencia: 2002, p.107).

Existe un debate alrededor del verdadero alcance de este cambio en el plano militar. El Grupo de Memoria Histórica (2013), Pizarro (2004), Valencia (2002) y Aguilera (2013) coinciden en que las FARC cambiaron sustancialmente su desempeño en la guerra al pasar "de tener 48 frentes y 5.800 combatientes en 1991, a 62 frentes y 28.000 combatientes en 2002, con una presencia en 622 municipios, equivalente a un 60% del total de municipios del país" (GMH, 2013, p.162). Sin embargo, el historiador Marco Palacios (2012) se opone a esta tesis y asegura que aunque el grupo guerrillero estuviera presente en amplias zonas de la geografía nacional, esto no significaba necesariamente que tuvieran un control efectivo del territorio y la población:

Fueron pocos los municipios del país que (...) padecieron más de diez acciones de la guerrilla, o sea un poco más de una por año. Esto quiere decir que

las guerrillas eran móviles y trashumantes en contra de la tesis en boga de la inevitabilidad del escalamiento de la guerra de guerrillas a una de movimientos o hasta de posiciones, así el Secretariado de las FARC hubiera contemplado seriamente esa posibilidad (p.130).

Para Palacios (2012), la estrategia de las FARC consistía en asumir una estructura de frentes, escuadras y columnas que generara la impresión de tener presencia en todas partes, aunque no controlara ninguna. A esto se sumó la táctica de cortar el flujo vehicular de las carreteras para provocar una parálisis generalizada en la movilidad del país. Desde esta perspectiva, el poderío militar y el control territorial que se le atribuye a las FARC a lo largo de la década de los noventa habría sido más bien una imagen "fabricada y autofabricada" por el mismo actor armado, con el fin de presionar al gobierno e impactar en la percepción de seguridad de los colombianos (Palacios, 2012).

Bien sea que el dominio territorial de las FARC fuera real o tan solo una imagen propagandística, la prensa asumió como un hecho este fortalecimiento bélico de la insurgencia y lo asoció con una debilidad del Estado. El hecho que confirmó esta percepción en la prensa fue el ataque a la base militar de Las Delicias ocurrida en Putumayo entre el 29 y el 30 de agosto de 1996. Según Hurtado y Lobato (2009), hasta ese momento la prensa había "dudado de la capacidad de este grupo guerrillero de enfrentarse directamente al Ejército, y lo que era impensable, que osara atacar una base militar. El resultado adverso que tuvo el gobierno y el propio Ejército en esta acción armada (...) reforzó ese paroxismo que se sentía desde comienzos del año acerca del fortalecimiento del movimiento armado" (Hurtado y Lobato, 2009, p.157). El ocho de septiembre de ese mismo año, el columnista del periódico *El Tiempo* Juan Carlos Bermúdez hizo un balance sobre lo acontecido:

Lo que ha quedado claro en los últimos días es que la guerrilla ha golpeado al Ejército en lo militar y en lo político. Que no tiene tanto como para adueñarse del país, pero sí arrasó con dos bases militares en menos de una semana, bloqueó 15 departamentos intimidando a los transportadores, y secuestró a 60 soldados (Bermúdez, 1996).

Hurtado y Lobato (2009) consideran que los sucesivos ataques de las FARC durante el segundo semestre de 1996 no solo generalizaron la percepción del fortalecimiento militar de este actor armado, sino que desataron

un clima de temor en la opinión nacional y consolidaron el imaginario de la guerrilla como principal amenaza del país (Hurtado y Lobato, 2009, p.158).

El abandono de la política

En materia política, el cambio de estrategia surgido de la VIII Conferencia de las FARC implicó la ruptura con el Partido Comunista y un viraje en el discurso del actor armado: se pasó de anunciar una "liberación nacional" a prometer la construcción de un "Estado alternativo" en los territorios que serían ganados militarmente (Palacios, 2012, p.182). Bajo este nuevo planteamiento, las FARC consideraron innecesario invertir mayores esfuerzos en aumentar su capital político y su legitimidad. Tenían al menos dos razones para ello: en primer lugar, creían que una vez derrotaran al Estado y adquirieran el control sobre la mayoría del territorio nacional, la legitimidad vendría por añadidura. En palabras de Restrepo (2005):

(...) teniendo en cuenta que buena parte de la población colombiana se somete al más fuerte, se podría pensar que para muchos hay un cierto tipo de legitimidad que se deriva directamente de la fuerza (...) a las FARC no les preocupa ganarse la simpatía de la población; confían en que la irán conquistando a través de su demostración de poder (p.343).

En segundo lugar, basadas en su ideología marxista-leninista, las FARC se concebían a sí mismas como el ejército del pueblo y daban por sentado el respaldo de este. Al creer que eran los únicos que representaban los verdaderos intereses de las clases populares, suponían que existía una identidad entre ambas partes y que no era prioritario hacer un esfuerzo adicional por promover discursivamente sus proyectos políticos. Como resultado de lo anterior, este actor armado inició un proceso de distanciamiento frente a la prensa nacional y los demás medios masivos de comunicación, una autarquía que terminó por minar profundamente cualquier apoyo popular o simpatía que pudiera haber tenido en las audiencias urbanas durante décadas anteriores (Palacios, 2012).

González, Bolívar y Vázquez (2002) afirman que el tránsito hacia una "guerra de posiciones" hizo evidente tres paradojas políticas en el desarrollo de la guerra insurgente. La primera de ellas es que las FARC terminaron por

ser un poder sin opción de poder. "El desarrollo del aparato militar (...) no logró traducirse en avances de la capacidad de propuestas políticas, ni en la consecución del apoyo de amplios sectores urbanos del país a la lucha revolucionaria (...) la suma de sus poderes regionales estaba lejos de constituir de alguna manera un poder nacional" (González, Bolívar y Vázquez, 2002, pp.57-58).

La segunda paradoja señalada por González, Bolívar y Vázquez es que se creó una contradicción entre los intereses de las FARC y los de sus bases sociales. Para los primeros el control territorial, social y político era una estrategia para enfrentar y controlar al Estado, pero para los colonos y campesinos "la misma presencia guerrillera se convierte en la posibilidad de inversión social y estatal y en una vía para la inclusión a la sociedad" (González, Bolívar y Vázquez, 2002, pp.57-58). Antes que generar empatía hacia su proyecto político, la avanzada militar de la guerrilla podía llevar a las poblaciones a demandar del Estado un aumento de la seguridad pública y una mejoría de las condiciones sociales.

Finalmente, se presenta también una contradicción entre la teoría y las prácticas. "Una de las paradojas que ha tenido mayores consecuencias negativas para la legitimidad política del proyecto de las FARC es la patente contradicción entre los presupuestos teóricos de esta organización guerrillera y sus prácticas y conductas concretas, una de las cuales tiene que ver con su relación con el narcotráfico" (González, Bolívar y Vázquez, 2002, pp.57-58). Las rentas que producía el narcotráfico permitieron financiar el crecimiento militar de las FARC, pero también pusieron en entredicho la coherencia con su discurso marxista ortodoxo.

Hacia finales los años 90, las FARC habían alcanzado su momento cumbre en cuanto a crecimiento y poder militar. Sin embargo, en ese mismo periodo comienzan a hacerse evidentes las consecuencias y costos de haber abandonado los procesos políticos. En octubre de 1997, durante las elecciones locales de alcaldes, los grupos armados ilegales habían declarado que los comicios eran "objetivo militar":

El nivel de violencia escaló en relación con elecciones locales anteriores. En Caquetá, Cauca y el Eje Cafetero, las guerrillas atacaron poblaciones; en Putumayo, Caquetá, Guainía y Vaupés, se apoderaron de las cédulas, y convocaron a un 'paro armado' en el fin de semana de las elecciones. A raíz de las intimidaciones renunciaron 359 candidatos a alcaldes y 1.520 en las listas

de concejos municipales; fueron secuestrados 121 y cayeron asesinados 22 (Palacios, 2012, p.134).

Aunque estos hechos afectaron parcialmente las elecciones en el 10% de los municipios, "sólo en 22 no hubo candidatos ni a la alcaldía ni a los consejos" (Palacios, 2012, p.134). En otras palabras, los comicios se realizaron en casi todo el territorio nacional aún bajo la sombra del paro armado. Si el propósito de la guerrilla en general, y de las FARC en particular, había sido el de asestar un gran golpe a la estabilidad institucional del Estado, en términos generales habían fracasado. Adicionalmente, 9,5 millones de colombianos introdujeron en las urnas una papeleta adicional que contenía la siguiente consigna:

Exijo a los actores del conflicto armado:

- No más guerras: resuelvan pacíficamente el conflicto armado.
- No más atrocidades: respeten el derecho internacional humanitario.
- No vinculen menores de 18 años a la guerra.
- No asesinen.
- No secuestren personas.
- No desaparezcan personas.
- No ataquen a la población ni la desplacen por la fuerza.
- No vinculen civiles al conflicto armado (*El Tiempo*, 1998c).

A juicio de Palacios (2012), las elecciones de 1997 representaron una evidente derrota estratégica para las guerrillas, ya que marcaron "el declive sostenido de su legitimación política en ámbitos locales pero, ante todo, en el plano nacional" (Palacios, 2012, p.134). Por un lado el régimen político mostró un alto grado de estabilidad a pesar de los cuestionamientos y escándalos que pesaban sobre el entonces presidente Samper; pero además, las casi diez millones de papeletas del mandato por la paz dejaron claro que el éxito bélico de las guerrillas no había derivado automáticamente en respaldo popular, sino todo lo contrario. Su violencia era sinónimo de miedo y aversión, no de revolución y cambio.

"Las FARC habían ganado tácticamente a expensas de su legitimación política; a más poder fariano menos legitimación nacional. En el intercambio también perdieron su identidad revolucionaria y dejaron desbordar los aparatos" (Palacios, 2012, p.135). González, Bolívar y Vásquez (2002) apoyan

esta tesis y aseguran que "la agrupación podría haber llegado a confundir su fortaleza militar y su dominio en varias regiones con legitimidad política nacional y apoyo de vastos sectores de la sociedad" (González, Bolívar y Vásquez, 2002, pp.57-58).

En 1998 se presentó una segunda muestra del proceso sistemático de deslegitimación que enfrentaban las FARC. El primero de noviembre de ese año el actor armado se tomó la población de Mitú, capital de Vaupés. "Aunque en la operación concentraron una de las mayores fuerzas guerrilleras, no sostuvieron la posición más de 72 horas (...) En Mitú las FARC mostraron sus enormes limitaciones políticas (la población no los apoyó y eso pareció no interesarles) pese a encontrarse cerca del punto de máxima fortaleza de toda su historia" (Palacios, 2012, p.160).

A diferencia de las FARC, la estrategia subversiva del ELN consistió en buscar un equilibrio entre política y poder militar. Según Aguilera (2005), este actor armado

(...) se plantea que la guerrilla debe ser también constructora y no exclusivamente destructora. Es decir, que la actividad militar se considera el eje de la destrucción; mientras que la construcción del poder popular se estima como el eje de la creación. Se consideraba que sólo con la combinación de los dos criterios podría asegurarse el equilibrio, pues si se impulsan solamente las tareas de destrucción se correría el peligro del aislamiento de la sociedad y el desgaste frente al enemigo, y si se dedicaban todas las energías a las actividades constructivas, se tendría el riesgo de 'recibir grandes golpes del enemigo' (p.224).

Como consecuencia de lo anterior, el crecimiento militar del ELN fue mucho más lento que el de las FARC. En ello también influyó la estructura organizativa; mientras que las FARC se caracterizan por un verticalismo y una línea de mando clara, el ELN asumió una estructura federal que incentivaba entre sus filas una cierta democracia basada en la deliberación (Aguilera, 2005). La circulación interna de revistas como *Carta Militante* y *El Militante Opina. Órgano de debate interno* confirmarían esta tesis. A juicio de Aguilera (2005), "es posible que la tendencia deliberativa y la metodología de alcanzar las decisiones por consenso se haya convertido en un obstáculo para lograr los desarrollos militares obtenidos por las FARC" (pp.234-235).

El crecimiento experimentado por las FARC les permitió captar rápidamente la atención de los medios de comunicación cuando los carteles del

narcotráfico dejaron un espacio vacío en las agendas de seguridad, pero al abandonar la difusión de sus ideales políticos cayeron paulatinamente en el descrédito y perdieron legitimidad. Por su parte, la "lentitud" militar del ELN le llevo a perder notoriedad pública en comparación con los otros actores armados. En vez de fomentar en la prensa el retorno a la fascinación propia de los primeros años de la lucha subversiva, la promesa de un equilibrio entre la "destrucción" y la "construcción" no hizo más que sumir nuevamente al ELN en la subvaloración y la indiferencia, quedando signado como un problema secundario en comparación con la amenaza fariana.

Ambiciones sin ideología

Durante la primera mitad del siglo XX las reivindicaciones populares (obreras o campesinas) no habían tenido un lugar preponderante en la política ni en la prensa nacional (Oquist, 1978; Tovar Zambrano, 2007), espacios acaparados por una élite partidista muy restringida y autónoma frente a los intereses de las masas. A diferencia de otros países de América Latina que atravesaron por periodos de populismo, en Colombia el acceso de las masas a la política se vio violentamente impedido por hechos como el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán en 1948. La decisión de las FARC de privilegiar lo militar sobre lo político no hizo más que alimentar esta antipatía tradicional que existía en la prensa frente a todo lo que sonara "popular". El actor armado dejó de esforzarse por aumentar su favorabilidad ante la opinión pública, mientras que muchos otros factores contribuían a restarle legitimidad a la causa revolucionaria.

El viraje estratégico de las FARC coincidió con el final de la Guerra Fría y la disolución de la Unión Soviética en 1991. Según Hurtado y Lobato (2009), los columnistas y editorialistas de la prensa utilizaron estos hechos históricos como argumentos para desvirtuar toda forma de revolución y criticar el socialismo como una propuesta anacrónica. El 22 de enero de 1990, por ejemplo, el periódico *El Tiempo* publicó un editorial titulado "¿Hasta cuándo?", en el que se refería al plan estratégico de las FARC:

Se trata, no hay que olvidarlo, de una guerrilla típicamente marxista leninista, que pretende imponer por la fuerza en Colombia un sistema de gobierno y una

doctrina que están siendo revaluadas drásticamente en todos los países del mundo donde se han implantado (...) Ante el reiterado rechazo que el pueblo colombiano ha manifestado en las urnas y en muchos otros escenarios a los personeros de estas ideologías, las FARC pretenden imponérsela a sangre y fuego (...) ¡Qué arrogancia tan cínica y criminal la de estos heraldos de una revolución ya barrida por la historia! (*El Tiempo*, 1990, p.4A).

El socialismo era relacionado no solo con anacronismo sino también con totalitarismo. Cuando las acciones de la guerrilla arreciaban, la prensa recreaba la imagen de las privaciones de derechos y libertades que tendrían lugar en Colombia si las FARC o el ELN llegaban a tomarse el poder, y utilizaba como ejemplo a Cuba y a otros países que tenían este régimen político (Hurtado y Lobato, 2009). El 14 de octubre de 1995, el columnista Hernán Echavarría Olózaga del periódico *El Tiempo* publicó un artículo titulado "La ideología de las guerrillas". En él afirmaba: "En el campo de las libertades personales las transformaciones que exige un régimen marxista son radicales. El marxismo ha sido, en todas partes donde ha triunfado, totalitarismo" (Hurtado y Lobato, 2009, pp.151-152).

Otro factor que contribuyó a menguar la legitimidad de la insurgencia en general (y de las FARC y el ELN en particular) fue el fracaso de las negociaciones entre el entonces presidente César Gaviria y la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar (CGSB). Durante los acercamientos entre las partes en 1991 la prensa había mantenido una actitud de desconfianza. "Se advierte en las columnas de opinión, de este periodo, una percepción de la inutilidad de dichos diálogos, de la capitulación de los gobiernos ante las demandas guerrilleras y, de antemano, se da por descontado la inexistencia de un proyecto político por parte de la guerrilla para afrontar dichas negociaciones" (Hurtado y Lobato, 2009, p.134).

Ante el fracaso del proceso comienza a circular la tesis de que la Coordinadora no tenía ningún interés real en negociar, e incluso, algunos columnistas llegan a afirmar que la guerrilla no quería deponer las armas porque la guerra le beneficiaba económicamente. Este argumento se percibe, por ejemplo, en el editorial "Big Business" del periódico *El Tiempo*, publicado el 10 de julio de 1992:

(...) Sus dirigentes se enriquecen al robar, al boletear, al secuestrar, al asesinar, al asaltar sucursales de la Caja Agraria y los bancos. Gracias a estos monstruosos crímenes las arcas que ayer podrían parecer simplemente alimento de

movimiento subversivo para buscar un cambio político, hoy son un negocio similar al narcotráfico (*El Tiempo*, 1992, p.4A).

Se comienza a construir así una imagen de la guerrilla como un conjunto de organizaciones que han abandonado todo proyecto político y que continúan haciendo la guerra solo por un "desmesurado afán de enriquecimiento ilícito" (Hurtado y Lobato, 2009, p.136). Esta imagen se reforzó a partir de las marchas cocaleras de los campesinos del suroriente del país entre 1995 y 1996, realizadas en contra de las fumigaciones de cultivos y atribuidas a las FARC (GMH, 2013; Hurtado y Lobato, 2009). Tales protestas fueron interpretadas por la prensa como una muestra de la alianza profunda que había establecido la insurgencia con el narcotráfico después de la disolución de los Carteles de Medellín y Cali. En el editorial del primero de abril de 1996, titulado "El negocio del siglo", el periódico *El Tiempo* señalaba el desvío de la guerrilla hacia el enriquecimiento ilícito del narcotráfico:

A medida que se incrementan las acciones criminales de la guerrilla en sus diversos frentes, y a medida que sus integrantes se tornan, cada día más acentuadamente, en verdaderos narcotraficantes sustitutos de los carteles, aumentan sus utilidades monetarias. Es la consecuencia que convierte a los grupos alzados en armas en verdaderos usufructuarios del negocio del crimen, que seguramente les resulta mejor y más rendidor que el de propiciar acercamientos para la paz (*El Tiempo*, 1996).

El crecimiento militar de las FARC en la década de los años 90 no despertó en la prensa la fascinación del cambio revolucionario, sino la aversión y el miedo hacia el crimen organizado. El lugar de "principal amenaza del país" se desplazó hacia este grupo insurgente después de la muerte de Pablo Escobar, y la aversión se alimentó de los imaginarios que dejó en la opinión pública toda una década de narcoterrorismo. Según Hurtado y Lobato (2009), después de 1996 muchos editorialistas consideraron que "la guerrilla había dejado de ser una lucha ideológica para convertirse en delincuentes comunes al servicio del narcotráfico" (Hurtado y Lobato, 2009, p.154).

Cuando Andrés Pastrana asumió la presidencia en 1998, la prensa ya había señalado a las FARC como el actor armado más peligroso para la seguridad del país. Existía además un claro desbalance entre la importancia concedida a las FARC y al ELN en virtud de su capacidad de acción militar; y

la guerrilla en general era asociada con un vacío ideológico y con el uso de la violencia para el enriquecimiento ilícito. En los años siguientes esta imagen terminaría de estructurarse y ayudaría a radicalizar la opinión pública. Los intentos de las FARC por rehacer sus pasos y promover una imagen de sí mismos menos "despolitizada", se vieron interrumpidos por la interacción violenta con los paramilitares y el fracaso del proceso de paz con el gobierno de Andrés Pastrana.

Las AUC: protagonismo a precio de sangre

Una de las transformaciones más importantes de la historia reciente del conflicto armado colombiano ha sido la creación de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). Con una ingeniosa y macabra combinación de violencia y estrategias de comunicación, grupos paramilitares de todo el territorio nacional lograron unificar su voz para reclamar también estatus de actor político. Frente a este proceso los académicos colombianos tienen más dudas que consensos, debido especialmente a la heterogeneidad del fenómeno paramilitar (Cruz Rodríguez, 2007). Parece haber, sin embargo, al menos un acuerdo básico: a partir de 1997, cuando se crean oficialmente las AUC, los paramilitares desarrollaron un discurso político unificado con el objetivo de acceder a un proceso de negociación y desmovilización (Cruz Rodríguez, 2007).

Palacios (2012) considera que el verdadero propósito de las AUC era limpiar los prontuarios judiciales de los paramilitares, para lo cual resultaban indispensables las amnistías, los indultos y las penas flexibles de la justicia transicional, reservadas tradicionalmente a los delincuentes políticos. El plan no era nada fácil: había que crear y difundir la imagen de que las AUC eran un tercer actor del conflicto armado con un proyecto político propio, pues solo así podrían legitimarse y justificar su desmovilización. Si para todos los actores bélicos la legitimidad es un capital indispensable (pues permite, entre otras cosas, convertir la violencia en gobierno de la población), en el caso de los paramilitares la dimensión utilitaria de la legitimidad resulta todavía más evidente, pues era un requisito indispensable para poder solucionar su situación judicial.

Independientemente de la naturaleza real del paramilitarismo, una imagen particular debía ser creada y difundida a fin de satisfacer las necesidades

inmediatas de sus dirigentes. Para llevar a los paramilitares a una eventual mesa de negociación, el primer paso era lograr que dejaran de considerarlos la "mano negra" de las fuerzas militares, de allí que en sus pronunciamientos y entrevistas pidieran insistentemente ser llamados "autodefensas" en vez de "paramilitares" (Angarita Cañas, y otros, 2015). El término "paramilitar" implica una subordinación directiva, económica y logística al Estado, la cual resultaba inconveniente para sus pretensiones. Toda negociación requiere siempre dos partes, y si el Estado no podía negociar los delitos de sus propios subalternos ilegales, había que comenzar por establecer una distinción tajante entre ambos. En este sentido, uno de los principales efectos de la creación de las AUC fue darle a los paramilitares un discurso independiente encausado a través de la voz y el liderazgo de Carlos Castaño.

Al gobierno nacional este grito de independencia tampoco le venía mal, pues el paramilitarismo como forma de violencia ilegítima e ilegal siempre ha sido una de sus principales fuentes de descrédito nacional e internacional. Si los paramilitares se reivindicaban como autónomos, el Estado podía judicializarlos sin comprometer la reputación general de las Fuerzas Militares. No resulta entonces extraño que, como recuerdan González, Bolívar y Vásquez (2002),

A comienzos de 1998 el gobierno de Samper había desatado una ofensiva contra los grupos paramilitares, que incluyó detenciones a personas vinculadas con estas organizaciones y enfrentamientos entre la fuerza pública y estos grupos. Al mismo tiempo se produjo un giro en su denominación, que tenía implicaciones algo más que simplemente semánticas, cuando, de ser nombrados grupos paramilitares pasaron a ser llamados autodefensas ilegales (p.75).

La creación de las AUC también le dio a los distintos grupos paramilitares una estructura de carácter nacional, con la cual podían reclamar una presencia militar equiparable a la de los grupos guerrilleros. Según datos del Instituto de Estudios Geoestratégicos y Asuntos Políticos de la Universidad Militar Nueva Granada (2010), para 2001 las FARC contaban con 16.580 combatientes, mientras que las AUC tenían un pie de fuerza de 10.560.

Algunos columnistas de prensa, como Alfredo Rangel, asumieron de entrada que la unificación de las AUC implicaba realmente la llegada de un tercer actor a las confrontaciones. En una columna publicada el 7 de abril de 1997, titulada "Paras, terceros en la discordia", Rangel afirmó:

Definitivamente los paramilitares han sentado sus reales como el tercero en discordia en el conflicto armado interno en Colombia. El reciente anuncio de la conformación de su propia entidad coordinadora es a la vez la formalización y la consolidación de este hecho. Grupos paramilitares existen desde hace más de quince años, pero sus nuevas expresiones y su dinámica reciente hacen pensar que, para mal o para peor, esos grupos van a influir de manera notoria en el curso futuro del conflicto (Rangel Suárez, 1997).

El Tiempo, por su parte, no tardó en denunciar el carácter instrumental de esta unión y publicó una fuerte crítica sobre los objetivos de la misma:

¿Qué hay detrás de la alianza entre los distintos grupos de autodefensas y paramilitares que hasta ahora venían funcionando de manera independiente en el país?

La pregunta tiene varias respuestas: los grupos de autodefensas buscan unir esfuerzos para ser aceptados como actores políticos y no simplemente delincuenciales; pretenden ser una fuerza contrainsurgente reconocida nacional e internacionalmente; aspiran a actuar como un solo cuerpo frente al Gobierno y presionar una salida negociada al conflicto armado en donde sean incluidos. Además, buscan mostrarse como un grupo armado con total autonomía frente a las Fuerzas Militares (*El Tiempo*, 1997, p.6A).

A pesar de estas declaraciones, la prensa en general le prestó poca atención a la unificación de las AUC y la noticia no tuvo mucha trascendencia inmediata. Este silencio relativo de los medios le envió un mensaje claro a la dirigencia paramilitar: para posicionar la idea de que eran los "terceros" del conflicto no bastaba con elaborar un discurso político, autónomo y unitario, ni con equipararse en cifras y números a los demás actores. Debían trabajar también sobre las apariencias y captar la atención de los medios nacionales de comunicación. En respuesta a estas necesidades, las AUC sumaron a su unificación una estrategia de visibilidad, conducente a posicionar la organización en el centro de la agenda noticiosa del país.

Basados en el ejemplo de las FARC, los paramilitares se hicieron visibles mediante el crecimiento militar y el uso estratégico de la violencia, pero a diferencia del grupo guerrillero acompañaron las armas con un cuidadoso plan de comunicación política. Si las FARC lograron generar la sensación de peligrosidad dando la impresión de que podían hacer frente al Ejército, afectar la normalidad de los centros urbanos intermedios y paralizar las vías de comunicación del país; los paramilitares hicieron lo propio utilizando formas

de violencia poco convencionales que alarmaban a la opinión pública por su sevicia. Fueron las masacres y los descuartizamientos, así como el miedo que de ellos derivaba, lo que transformó en noticia la violencia paramilitar y rompió la cotidianidad en un país acostumbrado a una guerra con acciones de una intensidad y un estilo diferentes (Mesa Bedoya, 2014).

Durante los primeros años de existencia de las AUC, sus masacres convirtieron a la prensa en una novela de terror por entregas. El miedo que estremecía a las poblaciones rurales encontró una caja de resonancia en las páginas de los principales diarios y revistas del país, cuyas noticias privilegiaron lo sinuoso como elemento central del cubrimiento periodístico (Mesa Bedoya, 2014). Titulares como "siniestro juicio para en barranca" (*El Tiempo*, 1998, p.6A), "Estupor por terror y baño de sangre" (*El Espectador*, 1999a, p.4A) o "El salado, 72 horas de terror" (*El Tiempo*, 2000a, p.6A), resaltaban la experiencia dramática de las masacres por encima de las explicaciones sobre su significado político. Este cubrimiento generó un golpe de opinión que permitió encumbrar a los paramilitares en los primeros lugares de la agenda noticiosa del país.

En las crónicas sobre las masacres, la identidad de los agresores y sus pretensiones no eran del todo claras; no siempre eran identificados con un proyecto político contrainsurgente o con una estructura de mando militar, sino que usualmente se les describía como hombres misteriosos quienes llegaban de repente, desataban el peor de los horrores y luego se iban (Mesa Bedoya, 2014). Al cubrir la masacre de Mapiripán, por ejemplo, "*El Espectador* recuperó el siguiente testimonio del entonces alcalde Jaime Calderón: «Aparecieron unas personas armadas, que estuvieron durante varios días. Se desconoce quiénes eran, pero cometieron algunos homicidios y después dejaron el pueblo»" (Mesa Bedoya, 2014, pp.240-241).

La indeterminación de los propósitos de los agresores aumentaba el dramatismo de las noticias y el impacto emocional en los lectores, generando una terrible incertidumbre no solo en las poblaciones rurales sino también en las audiencias urbanas de los medios. Con ello se daba mayor visibilidad a los paramilitares pero al mismo tiempo, se desdibujaba su rol político, pues la descripción que se hacía de los mismos se acercaba más a la de bandas misteriosas de sicarios que a la de un "tercer actor" del conflicto armado.

La prensa complementó las crónicas de las masacres con otros formatos periodísticos como los informes especiales, con los que pretendían ofrecer

mayores explicaciones sobre la violencia que atravesaba al país. El crecimiento militar de las AUC y su expansión territorial se convirtieron rápidamente en el centro del análisis y en motivo de alarma. En junio de 1998, por ejemplo, *El Espectador* alertó sobre el aumento acelerado del pie de fuerza paramilitar: "Aunque no hay datos exactos sobre el número de hombres o grupos que hacen parte de las Autodefensas Unidas de Colombia, la expansión del paramilitarismo ha sido tan acelerada que en los últimos tres años logró crecer lo que la guerrilla consiguió aumentar en la última década" (*El Espectador*, 1998d, p.4A).

Por su parte, algunos periodistas que cubrían las masacres cometidas por este grupo ilegal comenzaron a tomar atenta nota del arsenal que utilizaban: "fusiles AK-47" (*El Tiempo*, 2000a, p.6A), "ametralladoras" (*El Tiempo*, 2000a, p.6A), e incluso "helicópteros" (*El Espectador*, 1998f, p.2A). Este armamento sugería a los lectores que no se encontraban frente a bandas de sicarios que mataban por simple sevicia, sino ante personal entrenado con una alta capacidad ofensiva (Mesa Bedoya, 2014).

A la descripción del horror dramático de las masacres, se sobrepuso entonces una lectura geopolítica y militarista basada en el crecimiento de las AUC, la cual quedó plasmada en titulares como "Los paras en expansión" (*El Espectador*, 1998d, p.4A) o "Paramilitares desbocados" (*El Espectador*, 1998f, p. 2A). La idea básica que subyacía a esta lectura era que tras su unificación el paramilitarismo comenzó a crecer y se extendió por todo el territorio nacional, configurando así una nueva geografía de la violencia y estableciendo una intensa guerra contrainsurgente. Frente a la masacre de Mapiripán, la revista *Semana* realizó el siguiente análisis:

Los paramilitares tienen la firme intención de hacer presencia en todos aquellos lugares donde existan frentes guerrilleros. 'Una vez liberada Urabá, Córdoba, Sucre y el sur del César, las autodefensas han iniciado un proceso de expansión que las llevará a pelear contra la guerrilla en su propio terreno', sostiene un ex oficial del Ejército conocedor del tema. Pero mientras los paramilitares vuelven a aceitar su máquina de muerte y la guerrilla de las Farc anuncia retaliaciones, la población civil sigue indefensa, sin encontrar protección por parte del Estado.

Las Fuerzas Militares hasta el momento parecen impotentes para contener las acciones sangrientas de estas dos organizaciones criminales al margen de la ley. Así las cosas, nadie parece en capacidad de demostrar que la matanza de Mapiripán no tendrá una réplica en las próximas semanas y que lo que se avecina es una guerra total entre ambos bandos (*Semana*, 1997).

De manera similar, con motivo de la masacre en Barrancabermeja ocurrida el 16 de mayo de 1998, *El Espectador* describió a los paramilitares como "una máquina de hacer la guerra, con un engranaje listo para destrozarse a cualquier enemigo, incluso a la misma guerrilla y al propio Gobierno" (*El Espectador*, 1998a, p.2A). Esta idea de una "guerra total" entre las guerrillas y las AUC enfatizaba el crecimiento bélico de estas últimas, pero omitía el hecho de que la mayoría de sus víctimas eran civiles y no guerrilleros. En su intento por hacer una lectura política, bélica y estratégica del fenómeno paramilitar, la prensa nacional pareció perder de vista la denuncia que había hecho *El Tiempo* en 1997: el principal objetivo de la creación de las AUC no era entrar en una guerra y ganarla, sino dejar de ser vistos como un grupo delincuenciales y aducir un carácter político para forzar un proceso de negociación.

De una u otra manera, las descripciones de las AUC como un tercer actor del conflicto servían bien a sus intereses, pues enfatizaban su dimensión contrainsurgente y se relegaban a un segundo plano otros intereses. Sin embargo, los paramilitares estaban lejos de generar empatía; la prensa reconoció su poderío militar pero desaprobó siempre sus acciones y métodos, e incluso instó permanentemente al Estado a hacerse cargo del problema. El 14 de noviembre de 1998, *El Espectador* afirmaba en su editorial:

Se requiere mano dura frente al paramilitarismo. Hasta el momento la respuesta del Estado contra este tipo de acción criminal se ha centrado en las instituciones judiciales, en particular la Fiscalía General de la Nación. La magnitud del problema, sin embargo, exige una respuesta más contundente de todas las instancias oficiales y una estrategia integral (*El Espectador*, 1998f, p.2A).

Visto en retrospectiva, entre 1993 y 1997 las FARC lograron posicionarse en el discurso de la prensa como un actor altamente peligroso para la seguridad del país. Lo mismo hicieron los paramilitares entre 1997 y 2003. El ELN por su parte, nunca pudo lograr un protagonismo equivalente; y aunque intentaron ganar notoriedad mediante secuestros aéreos y ataques a la infraestructura durante el gobierno de Andrés Pastrana, quedaron siempre a la sombra de las FARC, señaladas como principal amenaza a la seguridad de los colombianos.

De aquellos dos actores considerados "peligrosos", solo las FARC alcanzaron el estatus de "enemigo" para la prensa nacional en los años siguientes.

Esto sugiere que la peligrosidad y el miedo, por si solos, no bastan para producir enemistad. Según Rieber y Kelly (1991), miedo y odio son los dos pilares emocionales sobre los cuales se construye la enemistad. Al miedo se puede llegar, como hemos visto, a partir del crecimiento militar y de ciertas modalidades de violencia que se convierten fácilmente en noticia, como las masacres. El odio, por otra parte, es una emoción diferente que requiere altas dosis de segregación.

Quien odia no se conforma solo con la defensa de su propia seguridad, sino que se inclina pasionalmente hacia la destrucción y el sufrimiento del "Otro". Esto solo es posible psicológica y políticamente cuando ese "Otro" se ha salido por completo de los afectos, cuando ha sido señalado como un ser "diferente y extraño" cuya eliminación física resulta aceptable, justificable e incluso placentera.



Capítulo Cuatro

Alteridad y diferencia radical: la dimensión identitaria de la imagen del enemigo

La peligrosidad es un rasgo determinante de la enemistad, pero no es una condición suficiente para que esta se produzca. Algunos actores que son acusados de ser peligrosos, por ejemplo las bandas de atracadores, casi nunca alcanzan el estatus de enemigo; usualmente se les presenta como delincuentes cuyas acciones han puesto en vilo la seguridad de las comunidades a las que pertenecen. Frente a este tipo de individuos el Estado y los actores armados ilegales suelen movilizar una serie de discursos y técnicas punitivas y disciplinarias (Foucault, 2000a, 2007), cuyo objetivo declarado es habitualmente restaurativo. En otras palabras, pretenden utilizar la violencia para reconducir de diversas maneras a quienes se han desviado de su curso normal. Igual consideración aplica para algunos enfermos y locos. Todos ellos pueden ser considerados como potencialmente peligrosos, e incluso llegan a inspirar el peor de los temores en la población, pero no suelen ser vistos como enemigos.

Además del miedo al peligro, la enemistad implica el repudio e incluso el odio hacia la diferencia. Dicha diferencia no es entendida como un mal transitorio ni como un desvío del camino, sino como parte esencial del "Otro". Cuando alguien recibe el estatus de enemigo, no solo se le acusa de ser una amenaza que hay que contener y frente a la cual hay que estar siempre preparados, sino también de ser alguien diferente que hay que expulsar o eliminar, un ser ajeno y opuesto a los valores o intereses constitutivos de una comunidad que se pretende unida y sólida. Por esta razón, la respuesta ante la enemistad es la guerra, no la disciplina; con ella se aspira a la victoria, o a lo sumo a la tregua, pero no a la normalización.

La dimensión securitaria de la imagen del enemigo, aquella referida a su peligrosidad, está acompañada por una dimensión identitaria en la medida en que remite siempre a una división radical entre un "nosotros" común y un "ellos" diferente. Esta radicalización extrema de la alteridad permite explicar por qué las imágenes del enemigo suelen estar acompañada de "estereotipos", "exageraciones", "metáforas", "hipérboles" y "deshumanizaciones" (Steuter & Wills, 2008), todas ellas figuras retóricas que buscan marcar y acentuar los rasgos identitarios de la enemistad.

Frente a los criminales, los enfermos y los locos, la lógica imperante es la corrección. Se presupone que ellos hacen parte de una misma comunidad, un "nosotros" al que, tras cierto proceso disciplinario y médico, pueden retornar. Lo que hay en ellos de diferente es percibido como transitorio, de allí que las instituciones de reclusión como los hospitales, las cárceles o los sanatorios no estén sustentados solo sobre discursos de confinamiento sino también sobre discursos "re" (rehabilitación, resocialización, etc). Frente a los enemigos, sin embargo, las lógicas imperantes son la expulsión, la contención y la eliminación, porque se les concibe como un "Otro" esencialmente distinto y opuesto. La diferencia en ellos es percibida como radical, constitutiva e irremediable.

Para Carl Shmitt (1987), esta oposición identitaria y radical que separa a los enemigos es de tipo ontológico, es decir, es una condición propia de la naturaleza humana. A juicio del autor, existen enemigos por la simple razón de que existen pueblos que son sustancialmente diferentes los unos de los otros. En el mismo momento en que dichos pueblos se armen y se perciban también como peligrosos, habrá surgido entre ellos la enemistad. Para los teóricos de las imágenes del enemigo (Gruber, 1991; Rieber & Kelly, 1991), en cambio, esta diferencia no es biológica ni natural, sino social y psicológica. Es

decir, se construye a partir del discurso y puede también disolverse. Solo así se explica la facilidad con la que, a lo largo de la historia, grupos y comunidades que se han combatido hasta al agotamiento han pactado luego fuertes alianzas. Quienes antes eran enemigos pueden dejar de serlo. Piénsese en las disputas entre liberales y conservadores, que hasta mediados del siglo XX representaron la forma de enemistad por excelencia en Colombia. Hoy en día ambos partidos conviven en un mismo entorno institucional y los enemigos parecen estar en otra parte.

Ahora bien, este ejemplo revela otro aspecto importante de la enemistad: la identidad por sí sola tampoco conduce automáticamente a la construcción de un enemigo. Dos grupos pueden concebirse como sustancialmente distintos sin que entre ellos se desate inmediatamente una guerra. Los países pluri-étnicos o multinacionales como Colombia, en los que coexisten distintos grupos sociales que se reconocen como diferentes, son la mejor evidencia de esta premisa. Así que, sin percepción de peligro, sin la sensación de que el otro pone en amenaza la propia seguridad, la diferencia es mera variedad.⁶ Peligrosidad y diferencia radical son entonces las dos caras de una misma moneda, son ambas condiciones necesarias de la enemistad. Por lo tanto, para analizar cómo se producen las imágenes del enemigo que circulan por la prensa, hay que tratar de reconstruir los distintos procesos discursivos a partir de los cuales un actor social es señalado como "peligroso", e igualmente, aquellos por los cuales es señalado como "diferente".

En los conflictos internacionales la dimensión identitaria de la enemistad suele preceder a la securitaria, pues dos poblaciones que históricamente han llegado a concebirse como diferentes comienzan a percibirse luego como mutuamente peligrosas. En los conflictos internos, sin embargo, este orden puede invertirse. En la medida en que es una parte de la misma población la que se arma para intentar derrocar al Estado, los civiles pueden sentirse amenazados con el nacimiento del actor armado sin que necesariamente lo vean como un "Otro" distinto; de hecho, muchas veces son los mismos amigos y familiares los que toman las armas. En tales casos, la construcción de la diferencia sucede a la percepción de peligrosidad. Esto explica por qué en sus orígenes muchas guerrillas colombianas generaban en la prensa cierta

6 En esto se basa, por ejemplo, la idea de la democracia radical de Chantal Mouffe (1999).

fascinación, pues además de peligrosas, se les veía como una opción válida y heroica para resolver las injusticias del poder político (Bonilla Vélez, 2002).

Antes de que Andrés Pastrana fuera elegido como presidente en 1998, la prensa nacional colombiana ya había identificado a las FARC como la mayor amenaza del país; se las describía como un grupo guerrillero que había abandonado la política y había heredado las mezquinas ambiciones del narcoterrorismo de los años 80. La percepción de peligro estaba claramente presente, sin embargo, aún se les consideraba como ciudadanos colombianos, como parte de un mismo país y una misma nación. Es decir, parte integrante de un "nosotros". En su editorial del 23 diciembre de 1997, por ejemplo, *El Espectador* dejaba ver su anhelo, hasta entonces frustrado, de un proceso de reinserción que "rescatara" a los guerrilleros "para una sociedad estable" (*El Espectador*, 1997, p.2A).

No obstante, entre 1998 y 2002 se posicionaron en la prensa una serie de discursos divisorios o segregativos, los cuales describían a las guerrillas en general, y a las FARC en particular, como un "Otro" diferente que no compartía los mismos valores del "pueblo colombiano" y que se oponía conscientemente a ellos. A esto se sumó un aumento en la percepción de peligrosidad del actor armado, motivado por el incremento de las acciones bélicas del mismo y por la modalidad de violencia que utilizaba. Esta conjunción entre peligrosidad y diferencia radical permitió la producción y generalización de imágenes del enemigo según las cuales las FARC eran una amenaza para todo el país.

El 21 de febrero de 2002, por ejemplo, el periódico *El Tiempo* emitió el siguiente juicio sobre la inminente disolución de la zona de despeje del Caguán: "Ante lo que está el país es ante la decisión de las FARC de renunciar a seguir sentada en la mesa de diálogo y de asumir, así no le importe, la responsabilidad total de lo que venga en una confrontación abierta con el país entero" (*El Tiempo*, 2002a, p.1-14). El enemigo había sido señalado y se avecinaba, según este periódico, una guerra entre las FARC y todos los colombianos. El presente capítulo tiene como objetivo reconstruir los discursos que hicieron posible la producción de esta alteridad radical.

Fatiga de guerra y anhelos de paz

Para legitimar sus acciones, todos los actores armados se reivindicaban como los representantes o defensores del pueblo. El Estado, por ejemplo, asegura

ser la expresión democrática de la voluntad popular; mientras que las FARC y el ELN, pese a no ser organizaciones democráticas, aseguran representar los intereses de un pueblo oprimido por la clase política tradicional. La legitimidad de los tres actores descansa por tanto en la apelación a un "nosotros" común, bien sea que se refieran al pueblo de las urnas o al de las armas. Es también en virtud de ese "nosotros", que todos ellos declaran como enemigos a quienes intentan oponerse militarmente a su poder (Angarita Cañas, y otros, 2015) La responsabilidad exclusiva de la guerra es atribuida así a algún enemigo extraño que llegó para amenazar la seguridad y la paz del "pueblo" (Angarita Cañas, y otros, 2015).

Los medios de comunicación pueden interpretar el conflicto suscribiendo la lógica de alguno de los actores armados, en cuyo caso les resulta muy fácil identificar quién es el enemigo: basta con escuchar las declaraciones de guerra de aquel al que apoyan. Cuando esto sucede, los enemigos reales de los actores armados y las imágenes del enemigo que discurren por la prensa coinciden. Sin embargo, en países en los cuales los medios de comunicación cuentan con un grado de relativa autonomía frente al poder, esta sincronía no siempre se produce.

Para que los medios se sincronicen con la voz de algún actor armado, es requisito esencial que este último cuente con un alto grado de legitimidad, e igualmente, que sus contrincantes carezcan de ella. La legitimidad posibilita que la voz del actor armado sea utilizada como fuente periodística para explicar los hechos de violencia que ocurren en el marco del conflicto, mientras que la ausencia de legitimidad puede hacer que sus discursos sean excluidos del plano informativo.

En otras palabras, cuando la prensa utiliza preponderantemente la voz de un actor armado para explicar el conflicto y la violencia que de él deriva, cuando naturaliza esa voz al punto de dar por sentada su validez, existen altas probabilidades de que reproduzca el esquema amigo-enemigo que subyace en ella, es decir, que termine por formar un "nosotros" con alguno de los bandos combatientes⁷ y rechace sus enemigos como actores

7 Si esto se debe a un ejercicio premeditado de los periodistas o a un error profesional, es decir el grado de "consciencia" o "inconsciencia" de los periodistas en este proceso (y por tanto su responsabilidad en el desarrollo del conflicto armado) es un tema interesante y bastante polémico que, sin embargo, escapa a las pretensiones de este trabajo. Al respecto véase: (Bonilla Vélez & Montoya Londoño, 2003).

ominosos, diferentes y extraños. Existe por tanto una íntima relación entre la dimensión identitaria de las imágenes del enemigo y la legitimidad de los actores armados.

Pues bien, ¿qué pasa si ninguno de los actores armados cuenta con legitimidad suficiente? Para 1998, tanto las FARC como el Estado colombiano afrontaban una crisis profunda de legitimidad. Como se vio en el capítulo anterior, el precio que pagaron las FARC por privilegiar el enfoque militarista y descuidar los procesos de legitimación fue el ostracismo en la opinión pública, que a partir de entonces las condenó por su falta de sentido político. El Estado vivía su propia crisis por cuenta del proceso 8.000⁸; y el ELN y las AUC continuaban sin lograr la notoriedad suficiente para acaparar la atención de los medios de comunicación.

En momentos como este, en los que los principales actores bélicos pierden legitimidad al mismo tiempo, incluyendo al Estado, sus voceros y dirigentes pueden ser vistos por los periodistas con extrema desconfianza y ninguno logra imponer fácilmente su visión del conflicto armado. Como consecuencia, se torna difícil para los líderes de opinión hacer una lectura bipolar del mismo (en términos de bueno o malo, amigo o enemigo), básicamente porque les resulta imposible sentirse identificados con alguno de los bandos.

Si no hay un “nosotros” claro desde el cual leer el conflicto, tampoco se puede culpabilizar a un “Otro” de la violencia. Comienzan a circular entonces interpretaciones antropológicas y culturales, según las cuales la guerra y la corrupción son manifestaciones de un “mal radical”⁹, señales de un déficit generalizado de virtudes que afecta a todos por igual. Para 1997, algunos periodistas llegaron a afirmar que Colombia era un país inviable, víctima histórica de un malestar cultural sin solución aparente (Hurtado Vera & Lobato Paz, 2009). En su editorial del 1 de julio de 1996, titulado “La Maldad”, el periódico *El Tiempo* afirmaba:

(...) La matanza de más de dieciséis jóvenes que apenas entraban en la mayoría de edad, ocurrida en Medellín, es un caso más que conduce a la evidencia de que un espíritu maléfico ronda entre los colombianos y azota casi todas las regiones

8 Como “el proceso 8.000” se conoce al proceso judicial adelantado contra el Ernesto Samper por la presunta financiación de su campaña presidencial con dineros del narcotráfico.

9 La expresión original es de Kant, pero es retomada por Hannah Arendt y Corey Robin para el análisis del terror totalitario. Al respecto véase: (Robin, 2009).

del país (...) Se debe comenzar con un examen interno, que permita reconocer en qué estamos fallando, porque sería tonto negarlo, todos, en grandes o pequeñas proporciones, tenemos culpa en esta orgía de violencia que cada día repugna más, pero también crece cada momento (*El Tiempo*, 1996a, p.4A).

Una semana más tarde, el columnista Augusto de Pombo Pareja, del mismo diario, escribía un artículo titulado "Más sobre la maldad", en el que ahondaba en la naturaleza de este padecimiento:

(...) frente al creciente odio, violencia y degradación moral reiterada el país está enfermo, sin rumbo y sin poder alcanzar fines concretos. Es la total crisis de los valores tradicionales. Los colombianos merecemos ya la paz, la tranquilidad y la felicidad (...) Es necesario establecer como materia obligatoria en el bachillerato el estudio de la cívica, que es el cumplimiento de elementales normas sobre el comportamiento social (*De Pombo Pareja*, 1996, p.4A).

La relación amigo-enemigo, eje transversal del discurso de los actores armados, es un esquema interpretativo que permite simplificar la complejidad de los conflictos bélicos y hacer inteligible la violencia. Este se vale de la identidad social, la simplificación y la estigmatización para ordenar el mundo en dos polos: un "nosotros" común y pacífico, y un "ellos" diferente y amenazante. Sin embargo, cuando todos los actores armados pierden legitimidad al mismo tiempo se debilita la capacidad explicativa de este discurso bipolar, pues se diluye el vínculo identitario que hubiesen podido construir los actores armados y los profesionales de los medios de comunicación, que a su vez se quedan sin un piso ideológico claro para dar sentido al conflicto.

Siguiendo a Corey Robin (2009), podríamos sugerir que las interpretaciones antropológicas y culturales de la violencia son el reflejo periodístico de una ansiedad que es típica de aquellos momentos en los que los discursos polarizantes utilizados para explicar el conflicto armado pierden vigencia, y por lo tanto, resulta imposible señalar un "Otro" extraño como culpable de todos los males. El resultado es un *mea culpa* moralista en el que, como dice *El Tiempo* en su editorial, todos somos igualmente responsables de la degradación que experimenta el país. Las interpretaciones antropológicas y culturales de la violencia desaceleran la polarización de la opinión pública, pues las imágenes del enemigo pierden frecuencia frente a imágenes generalizadas de desasosiego, fatiga, ansiedad y angustia.

En algunos casos, esta voz de cansancio puede desembocar en un clamor pacifista, en una invitación a detener las confrontaciones, dejar atrás la cultura de la violencia y empezar de cero.¹⁰ Carlos Nasi (2010) considera que para 1997 la imagen de poderío militar de las FARC y el incremento de sus acciones ofensivas, sumada a la crisis de legitimidad que afrontaban todos los actores armados, generó en el país una sensación de "fatiga de guerra" y una demanda generalizada de paz en la sociedad civil, la cual se expresó en la papeleta por la paz de las elecciones locales y departamentales que exigía el cese inmediato de las confrontaciones por parte de todos los combatientes (legales e ilegales) y la búsqueda de una salida negociada al conflicto. La acción popular fue acompañada por múltiples artículos de prensa que respaldaban las exigencias de paz:

Los actores armados están obligados a aplicar el Mandato por la Paz, el cual no puede quedar como una simple constancia histórica o manifestación de buena voluntad, sino que tiene efectos políticos y jurídicos muy claros. Lo contrario sería desconocer el valor de la voluntad popular y por ende, todos los postulados constitucionales sobre el valor de la democracia participativa directa en el Estado Social de derecho (*El Tiempo*, 1998c).

La incapacidad de los actores armados para imponer en la prensa su propio discurso, su profunda deslegitimación y la percepción de crisis generalizada a finales de la década de los años 90, permitió que algunos actores de la sociedad civil colombiana estructuraran este discurso "pacifista", el cual logró la difusión y el respaldo editorial de la prensa. Al igual que el discurso belicista de los guerreros, el discurso pacifista de los civiles se estructuró alrededor de un "nosotros" imaginario, un pueblo colombiano que cansado de la violencia se unía en un clamor de paz. Se trata de una construcción imaginaria en tanto que, desde el punto de vista estrictamente empírico, ese "pueblo pacifista" solo se concretaba en las palabras de unos cuantos líderes de opinión. Sin embargo, la prensa asumió que se trataba de una voz compartida por todos los colombianos y generalizó su validez.

10 Mientras que en otros casos puede abonar el terreno para que voces que no estaban en escena comiencen a ganar legitimidad a expensas de los actores que la pierden, logrando imponer en la prensa un nuevo esquema de relaciones "amigo-enemigo". A finales del gobierno de Ernesto Samper, la prensa colombiana fue testigo de lo primero.

En términos generales, el discurso de la prensa es lo que Jäger (2003) denomina un "interdiscurso", esto es, un discurso que no es completamente uniforme, por cuanto integra múltiples posturas y voces:¹¹ la de los periodistas, la de las fuentes, la de los columnistas y la voz del medio como institución, expresada en sus editoriales. Eventualmente, esta heterogeneidad de voces puede coincidir en una misma postura, lo cual crea en la audiencia una especie percepción estadística, una sensación de que la mayoría de la población tiene la misma opinión sobre un tema en particular.

Según Noelle Neumann (1995), las personas tienden a asimilarse a la opinión de las mayorías para sentirse aceptados y evitar la segregación y el rechazo. Esta tendencia psicológica a la alienación permite la aparición de "climas de opinión", en los que todos parecen estar de acuerdo con una misma idea. Esto crea a su vez una "espiral de silencio" a la que son condenadas todas las posturas disidentes. Resulta imposible comprobar que dicha postura sea efectivamente compartida por toda la población, pero la prensa tiende a generalizarla y a dar por sentado que existe un consenso al respecto. El resultado de este proceso es la imagen de una comunidad cohesionada que comparte una misma opinión.

Para que se produzcan imágenes del enemigo tiene que construirse un "nosotros" más o menos definido que sirva de punto de referencia para la alteridad (Rieber & Kelly, 1991). La enemistad opera, en este sentido, como un acto de expulsión o segregación que refuerza la propia identidad. Aunque la prensa no siempre se compromete con un grupo en particular, constantemente crea "climas de opinión" que pueden generar la sensación de que existe un "nosotros" cohesionado. La idea de un pueblo colombiano que rechaza la violencia y pide a gritos la paz, creada finales de los años 90 con el apoyo explícito de la prensa, pretendía ser un "nosotros" incluyente y armónico al que estaban todos invitados. Sin embargo, como señala Evrigenis (2008), toda identidad grupal trae implícita una cuota de segregación y alteridad. El "Otro" en este caso eran "los violentos" o los que apoyaban y reproducían la violencia. De una u otra forma, la unidad alrededor de la paz era también un

11 La prensa tiene unos parámetros de producción de información periodística, pero estos están lejos de ser considerados normas estandarizadas de validez, tal como existen, por ejemplo, en el discurso científico o el discurso médico. Como resultado, en la prensa aparecen múltiples voces, muchas de ellas contradictorias (Jäger, 2003).

señalamiento retórico contra todos los actores armados: o silenciaban sus armas o podrían llegar a ser considerados "enemigos de la paz".

Mandato y competencia

"Mandato por la paz" fue el nombre que se le dio al movimiento ciudadano que acompañó las elecciones locales y departamentales de 1997, a través del cual más de 10 millones de votantes demandaron a los actores armados (legales e ilegales) que detuvieran las confrontaciones e iniciaran un proceso de diálogo. En respuesta, y como si se hubiese tratado de un verdadero mandato de opinión, el gobierno de Ernesto Samper y los actores armados ilegales anunciaron de manera casi inmediata su intención de sumarse a los ánimos pacifistas y buscar un proceso de negociación. El periódico *El Tiempo* retrató la situación en un artículo titulado "Gobierno y FARC bajo presión del mandato", publicado el 29 de octubre de 1997:

El presidente Samper anunció que hoy en Arauca les responderá a los colombianos que expresaron su voluntad de paz en las urnas (...) También ayer desde México, las Farc dijeron que consideran importante el anhelo de paz de los colombianos, que se tradujo en esa masiva votación (...) Marco León Calarcá, vocero internacional de las Farc, le dijo a EL TIEMPO que lo fundamental para los colombianos es la paz, pero con democracia, justicia social, soberanía, y resaltó la votación del Mandato (*El Tiempo*, 1997a, p.6A).

De manera similar, todos los candidatos a las elecciones presidenciales viraron inmediatamente su discurso para que armonizara con las demandas de la sociedad civil alrededor de las cuales había cerrado filas también la prensa nacional.

La paz fue tema de campaña en 1997. Los presidenciables: Juan Manuel Santos dialogó con la guerrilla y los paramilitares y les planteó avanzar en la negociación de la paz y de paso le arrebató una bandera que parecía exclusiva de Horacio Serpa (...) Carlos Lleras habló con los voceros del Eln, Francisco Galán y Felipe Torres en Itagüí. Noemí Sanín presentó su plan de paz en Medellín, en el que además de referirse a la guerrilla y a los paras abordó otros factores de la violencia. Juan Camilo Restrepo, Juan Guillermo Ángel y Antanas Mockus, cada uno a su manera, hablaron de la paz (*El Tiempo*, 1997b, p.7A).

Parece razonable pensar que este repentino viraje hacia la paz por parte de todos los actores políticos del momento fue una respuesta a los líderes de opinión y los votantes que depositaron la papeleta por la paz. El gobierno, los actores armados y los candidatos presidenciales vieron en aquel clima de opinión un verdadero mandato con carácter de obligatoriedad, no necesariamente porque creyeran firmemente en los principios de la democracia directa, sino porque ignorar sus demandas podía conducir, como señala Noelle Neumann (1995), al desprestigio y el rechazo nacional. De esta forma, la obligatoriedad del mandato por la paz venía dada por un riesgo práctico y no necesariamente por un compromiso ético. En un contexto semejante, cualquier propuesta belicista quedaba condenada a la "espiral del silencio", convertida en un tabú impronunciable, o para ser más precisos, en un suicidio político.

Si para cualquier actor armado ignorar el clamor pacifista suponía un riesgo de desprestigio, para los candidatos que se disputaban la presidencia a principios de 1998 podía costar el éxito de la campaña y el acceso al poder. De allí que Andrés Pastrana, cuando presentó su propio plan de paz el 8 de junio de 1998, afirmara con contundencia: "Yo sí creo que el Mandato por la Paz le dio al presidente esa obligación de hacer la paz en Colombia" (Corzo, 1998, p.7A).

Una segunda forma de interpretar este viraje de todos los actores políticos hacia la retórica de la paz, consiste en pensar que todos ellos vieron en el clima de opinión pacifista de 1997 y 1998 una oportunidad estratégica para recuperar la legitimidad perdida por una década de escándalos y violencia, mediante la incorporación en el discurso de aquellos significantes que los voceros de la opinión pública demandaban: la paz, negociación y reconciliación. Mientras que en la primera interpretación los actores armados veían el clima de opinión como un mandato coercitivo bajo amenaza de desprestigio, en la segunda lo veían como una oportunidad para la concreción de sus intereses. En este sentido, las palabras de Pastrana transcritas en el testimonio anterior pueden ser interpretadas como una reacción al riesgo de perder las elecciones, pero también como un esfuerzo por aprovechar la oportunidad electoral que se abría ante sus ojos.

En lo que respecta a los actores armados ilegales, la "fatiga de guerra" y los clamores de paz también representaban para ellos grandes oportunidades. Para las FARC, el viraje de su discurso hacia la negociación abría la posibilidad

de modificar las imágenes que sobre ellas se emitían desde la prensa y que las calificaban como un actor apolítico y peligroso, mientras que el ELN se jugaba la posibilidad de ganar mayor protagonismo en la escena nacional, frente a una prensa que tendía a relegarlo a un segundo plano debido a una capacidad militar comparativamente deficitaria. También las recién creadas Autodefensas Unidas de Colombia "pacificaron" su discurso. Al respecto, Angarita Cañas y otros (2015) consideran que el actor contrainsurgente buscaba con ello acceder a un proceso de negociación que les permitiera limpiar sus prontuarios criminales.

Por otra parte, el clima de opinión pacifista posibilitó que las elecciones presidenciales de 1998 se convirtieran en una verdadera competencia por la paz al interior del Estado. Cada uno de los candidatos a la presidencia intentó demostrar que estaba más cerca de la "voluntad popular" que los demás, es decir, que podían ofrecer y alcanzar la paz que estaban demandando los líderes de opinión. Sin embargo, los programas de paz de quienes lideraban las encuestas, Horacio Serpa y Andrés Pastrana, eran casi idénticos, de manera que la verdadera competencia se centró en quién lograba dar mayores señales de confianza a la opinión pública.

Serpa tenía algo de ventaja en la carrera por dos razones: como representante del gobierno de Samper heredaba de él un proceso de negociación con el ELN, que aunque incipiente, generaba confianza sobre los esfuerzos que realizaría en materia de paz en caso de llegar a la presidencia (*Semana*, 1997a); pero además, días antes de la segunda vuelta presidencial, Samper anunció que despejaría cinco municipios para un eventual proceso de paz, lo cual fue interpretado como un nuevo espaldarazo a la candidatura de Serpa. Andrés Pastrana, por su parte, intentó descalificar a su contendiente y presentarse como el único que realmente podría lograr la paz negociada. En palabras de *El Tiempo* (1998a):

Pastrana se mostró como el único candidato con la real opción de alcanzar la paz del país, esgrimiendo el argumento de que a Horacio Serpa ya le ha tocado el turno en varias oportunidades y ha fracasado. 'Es como si un aspirante al cargo de gerente de una compañía arguye para demostrar su eficacia que ha quebrado todas las empresas que ha gerenciado', dijo (p. 14A).

En medio de esta competencia electoral se dio a conocer el 17 de junio de 1998 una fotografía de una reunión entre el asesor de campaña de Pastrana, Víctor G. Ricardo, y el cabecilla de las FARC Jorge Briceño alias "el

Mono Jojoy". Según Restrepo (2005), esta imagen generó la certeza de que, de ganar las elecciones, Pastrana iniciaría efectivamente un proceso de negociación con el mayor grupo guerrillero del país. A partir de allí, la segunda vuelta hacia la presidencia se interpretó como el enfrentamiento entre dos propuestas de negociación: el modelo Serpa -ELN y el modelo Pastrana-FARC (González, Bolívar, & Vázquez, 2002).



(El Espectador, 1998c, p.5A)

Según *El Espectador* (1998c), con aquella foto las FARC se encargaron de dar un espaldarazo a Pastrana, y de hacer saber a la opinión pública que con Serpa la paz no sería posible:

Una reunión sostenida este fin de semana por Víctor G. Ricardo, miembro de la Gran Alianza por el Cambio, con Manuel Marulanda Vélez (Tirofijo) y Jorge Briceño "el Mono Jojoy", dejó en claro que las FARC ven mucho más fácil hacer la paz con Andrés Pastrana que con Horacio Serpa.

Mientras que las FARC cuestionaron la actitud del presidente Samper y pusieron en entredicho la gestión de Serpa en materia de paz durante los

últimos 12 años (...), expresaron que están dispuestos a reunirse personalmente con Pastrana (p.5A).

Varios medios de comunicación y expertos académicos (Restrepo, 2005; González, Bolívar, & Vázquez, 2002; *El Espectador*, 1998c; *Semana*, 1997a; *El Tiempo*, 1998b) consideraron que el impacto visual de la foto entre Tirofijo y Víctor G. Ricardo terminó por empujar a Pastrana hacia la victoria, pues demostraba la inminencia de un proceso de negociación si resultaba elegido. Sin embargo, podría considerarse que Serpa tenía evidencias igualmente contundentes, sobre todo si se tiene en cuenta que para la fecha ya había comenzado a marchar un proceso de diálogo entre el ELN y el gobierno de Samper. Quizás más determinante fue la diferencia en la percepción de peligrosidad de ambos actores ilegales. Tras analizar la manera en que las FARC fueron construidas como la principal amenaza del país por la prensa nacional durante la década de los años 90, restando notoriedad pública a los demás actores, resulta apenas obvio que en 1998 pareciera más urgente negociar con ellas que con el ELN.

El impacto electoral de la fotografía fue dramático, pero igual de significativo fue el impacto que tuvo la percepción de peligrosidad que tenían los medios sobre las FARC. Con inusitada rapidez, la fotografía catapultó al actor insurgente de regreso al mundo de la política; un mundo que había abandonado deliberadamente desde la VIII Conferencia en 1993. En adelante, para la prensa y sus columnistas no resultaba tan fácil tildar a este grupo guerrillero de simples narcotraficantes, como lo habían hecho en ocasiones anteriores (*El Tiempo*, 1997b), pues ahora figuraban como actores con los cuales se podía establecer un diálogo y buscar una concertación.

Como se mencionó antes, Restrepo (2005) considera que las FARC no se preocuparon por continuar sus esfuerzos de legitimación política durante los años 90 porque pensaron que la legitimidad se las daría automáticamente un mayor poder militar. A la luz de lo ocurrido en las elecciones de 1998, parece que la legitimidad efectivamente vino acompañada por la fuerza, pero no como una derivación automática del capital bélico, sino porque la sensación de riesgo que inspiraba esa organización guerrillera la dejó situada en una mejor posición estratégica para que, llegado el momento, pudiera utilizar la imagen de peligrosidad a su favor.

Entre más peligroso sea considerado un actor armado, más posibilidad hay de que se le conciba como un problema que debe ser resuelto con

especial urgencia, y en momentos electorales, esto termina por darle al agente del peligro una capacidad e influencia política nada despreciable. Con una foto, las FARC pudieron decidir el curso de las elecciones, asegurarse el despeje de los cinco municipios y el acceso a las pantallas de los televisores, los micrófonos de la radio y las portadas de los periódicos por los siguientes cuatro años.

Los demás actores armados ilegales no salieron tan bien librados de esta competencia a nombre de la paz. Con cada paso que daban las FARC hacia una mayor legitimidad, el ELN se hundía más en la indiferencia de los medios. A pesar de que Pastrana continuó el proceso que había iniciado Samper, el ELN era la apuesta de Serpa y fue la contraparte perdedora de las elecciones; en adelante sus esfuerzos en materia de paz serían eclipsados por el drama mediático de los diálogos del Caguán, los cuales acapararon prácticamente toda la atención de la prensa en lo que respecta al conflicto armado.

Las AUC intentaron también capitalizar el momento electoral. Mientras Serpa y Pastrana se disputaban la presidencia, el grupo paramilitar se encargó también de promover su inclusión en un proceso de paz, para lo cual adelantaron algunos acercamientos con sectores de la sociedad civil y del gobierno. En una versión libre concedida desde Estados Unidos en 2008, Rodrigo Tovar alias "Jorge 40" declaró que originalmente habían apoyado a Serpa y habían dado la orden de promover su candidatura. Sin embargo, durante la segunda vuelta presidencial cambiaron sus apuestas y decidieron apoyar a Pastrana, presuntamente por algunos acercamientos previos que habían tenido con este candidato (*El Espectador*, 2008c). No obstante, una vez iniciaron los diálogos del Caguán quedó bastante claro que el gobierno no solo no negociaría con ellos, sino que aumentaría su persecución militar como un requisito de la mesa de negociación con las FARC.

A finales de la década de los años 90 ninguno de los grupos guerrilleros había podido posicionar en la prensa su idea de un "pueblo revolucionario"; tampoco el Estado, con toda su retórica de democracia, logró generar una identificación con los periodistas en medio de los escándalos de corrupción. Fue la sociedad civil la que con su discurso pacifista logró que la prensa creara la idea de un "nosotros" nacional y cerrara filas alrededor de él. Ese "nosotros" era, en palabras del *Espectador*, un solo país unido por la paz (*El Espectador*, 1998b).

Todos los actores armados, en tanto que emisores de violencia, quedaron bajo la presión de este clima de opinión nacional que amenazaba con convertirlos en un "Otro" opuesto al pueblo colombiano que pedía paz, negociación y reconciliación. La formulación más extrema de esta alteridad entre guerreros y pacifistas la planteó Daniel Pecault (2001) pocos años después, al publicar un libro en el cual afirmaba que en Colombia no existía una guerra civil ni un conflicto político por el acceso al poder, sino una guerra de todos los actores armados contra una sociedad de hombres pacíficos.

En vez de oponerse al discurso de la paz negociada y defender su posición guerrera, los actores armados, legales e ilegales, se adhirieron al clima de opinión imperante. Con ello evitaron el desprestigio y la segregación por parte de la prensa nacional, al tiempo que aprovecharon la oportunidad para recuperar la legitimidad perdida por una década de escándalos y violencia. Este pragmatismo no deja de ser paradójico, sobre todo si se tiene en cuenta que, al menos en este caso, la "fatiga de guerra" que posibilitó la movilización de la sociedad civil a favor de la paz fue precisamente el resultado de una escalada de violencia y una deslegitimación generalizada de todos los actores armados.

La competencia a nombre de la paz que se instauró en el marco de las elecciones presidenciales permite inferir que los actores armados instrumentalizaron y cooptaron el discurso pacifista de la sociedad civil para su propio beneficio y para perjuicio de sus opositores. Tras la victoria de Pastrana, el gobierno y las FARC pasaron rápidamente de ser objeto de repudio de ese "pueblo colombiano que pide la paz", a ser sus voceros y representantes. Parece crearse así un círculo vicioso, un juego nefasto en el que los excesos de violencia, la corrupción y el escándalo derivan en un rechazo social que, seguidamente, es apropiado por los mismos actores armados que lo provocaron.

Los gritos de indignación de la sociedad civil se convirtieron en una oportunidad estratégica de legitimación que todos intentaron aprovechar con avidez. Hacerse con la vocería de la paz les permitió a Pastrana y a Marulanda, además de limpiar su imagen pública, entrar a ese largo juego de presiones políticas que fueron los diálogos del Caguán. Las FARC, por ejemplo, no tardaron en exigir la inmediata expulsión de los paramilitares de cualquier proceso de negociación. A su juicio, las AUC eran el principal enemigo de la paz y la mayor amenaza para la reconciliación del pueblo

colombiano (Angarita Cañas, y otros, 2015). La paz se había convertido en el nuevo eje articulador del “nosotros” nacional. Inevitablemente, sería también el primer parámetro a partir del cual se generarían nuevas exclusiones y nuevas “otredades”.

Primera segregación identitaria: Las FARC contra la paz

La ventaja miliar de las FARC frente a los otros actores armados, desarrollada en la década de los años 90, fue el elemento clave para que el grupo guerrillero accediera a un proceso de diálogo bajo sus propias condiciones (Palacios Rozo, 2012). Una de esas condiciones fue dialogar en medio de la guerra, sin un cese al fuego bilateral previo, lo cual le permitía a las FARC mantener sus operaciones militares, e incluso aumentar su percepción de peligrosidad para presionar al gobierno.

El primero de noviembre de 1998, por ejemplo, antes de que iniciaran formalmente los diálogos del Caguán, las FARC se tomaron la población de Mitú, capital del departamento de Vaupés. Aunque poco después las Fuerzas Militares recuperaron el control de la zona, los principales medios de comunicación consideraron el hecho como una demostración de la enorme capacidad bélica del grupo guerrillero. Según *El Tiempo*, con su operación la guerrilla demostró “de manera concreta ser una organización mucho más fuerte que en tiempos pasados y más decidida que nunca a ocupar el poder” (*El Tiempo*, 1998f, p.4A).

Cada acción militar de este tipo que realizaban las FARC acrecentaba el afán de la opinión pública por el inicio de los diálogos, al tiempo que dejaba al actor insurgente en una mejor posición ante una eventual negociación con el gobierno. La estrategia, sin embargo, tenía un defecto, pues cultivaba en esa misma opinión la semilla de la desconfianza. Tras el reconocimiento de la peligrosidad de las FARC, evidenciada en la toma de Mitú, vinieron también las críticas: “Si se quiere la paz, lo prudente y normal es hacer actos de paz. Pero si se quiere la guerra, un acto así constituye una provocación manifiesta” (*El Tiempo*, 1998e, p.4A).

El Espectador (1998e) y *Semana* (1999a) llamaron la atención sobre el rechazo y la desconfianza que este tipo de acciones producía en la ciudadanía y en los medios de comunicación, en un momento en el cual las expectativas estaban puestas en la reconciliación nacional:

Son actos audaces y difíciles de asimilar para la ciudadanía (...) Por eso es incomprensible la actitud de Marulanda y su gente. Están tirando de una cuerda –la de la tolerancia pública– que cada día está más delgada (*El Espectador*, 1998e, p.2A).

La acción terrorista golpeó duro a la opinión pública, que sigue sin entender la manida teoría de las FARC de golpear duro en el terreno para ganar en la mesa (...) La acción hizo que varios medios de comunicación endurecieran su posición frente al proceso y frente al gobierno (*Semana*, 1999a, pp.50-53).

La desconfianza aumentó exponencialmente con la instalación oficial de la mesa de diálogo del Caguán el 7 de enero de 1999. Ese día los máximos líderes del grupo guerrillero decidieron no acudir al evento, pues según ellos no había garantías para su seguridad. El desplante se tradujo en una fotografía que publicaron todos los medios de comunicación a nivel nacional: la del presidente Andrés Pastrana instalando la mesa solo, junto a la silla vacía que debió haber ocupado el comandante insurgente Manuel Marulanda. El episodio fue calificado por algunos periodistas como el indicio más claro de que las FARC no tenían verdaderas intenciones de negociar y que solo estaban utilizando el proceso de paz para su propio beneficio político y militar. *El Tiempo* (1999), por ejemplo, reaccionó al episodio con las siguientes palabras:

Los colombianos no solo estamos deseosos sino ansiosos de lograr la paz. Así lo hemos venido pregonando en este periódico desde hace mucho tiempo. Pero debemos confesar que el episodio de ayer nos dejó un sabor amargo. El gesto desobligante de "Tirofijo" afianzó las dudas que abrigamos sobre sus propósitos de conciliación. Acudiendo a una frase coloquial, podemos decir que lo ocurrido en la cálida y alejada población de Caquetá se podría comparar con un matrimonio al cual no asistió uno de los contrayentes (p.4A).

De manera similar, *El Espectador* evaluó la ausencia de Marulanda como "el hecho más protuberante de la jornada", el cual "extendió en el país un manto de escepticismo sobre el proceso en marcha" (*El Espectador*, 1999, p.4A).

Pastrana respondió a las acciones militares de las FARC y a su desplante en la mesa con una actitud conciliadora, evitando un tono confrontador que diera a entender que el proceso de paz peligraba o que la guerra se recrudecía. Esta actitud solo se entiende a la luz de las circunstancias en que asumió el poder. Ante el desprestigio generalizado que vivieron las instituciones estatales y las clases políticas tradicionales con el proceso 8.000, el presidente

debió apostar todo su capital político al Caguán. El proceso de paz se volvió no solo su bandera, sino también el único mecanismo para restaurar la credibilidad del gobierno ante la población. De allí que su modelo de paz se basara fundamentalmente en la "generación de confianza" (Restrepo, 2005), y que gran parte de sus esfuerzos se centraran en mantener viva en la opinión pública la esperanza de la reconciliación nacional. Lo anterior le dio a las FARC una gran capacidad de presión, pues para validar su gestión, Pastrana debía transmitir permanentemente la sensación de que todo marchaba según lo planeado y de que el proceso de paz se encaminaba directamente hacia el éxito, algo que solo podía hacer si las FARC mantenían un discurso similar.

Con una enorme claridad sobre la ventaja estratégica que tenían en sus manos, las FARC utilizaron la situación para exigir del gobierno acciones favorables a sus intereses militares y políticos. La demanda más común que hicieron a los negociadores fue la del incremento de los ataques a las estructuras paramilitares. En tres ocasiones las FARC paralizaron las negociaciones para presionar a su contraparte (Nasi, 2010), pues sabían que nada desprestigiaba más al presidente que un proceso de paz incierto y detenido.

La primera suspensión del proceso ocurrió el 19 de enero de 1999. Días antes, los paramilitares habían masacrado a más de 137 personas en todo el país. Las FARC condicionaron la reanudación de las conversaciones, a la demostración de una mayor determinación del gobierno para desmontar el paramilitarismo. Al evaluar el hecho, *Semana* (1999) consideró que el percance se debió a un sabotaje de los paramilitares y no a un acto de displicencia de los guerrilleros. Sin embargo, la revista aprovechó la oportunidad para denunciar que las riendas del proceso las llevaban las FARC y no el gobierno: "El diálogo se lleva a cabo hoy sobre los temas de la guerrilla: canje y paramilitares" (pp. 28-31).

De manera similar, *El Espectador* (1999b) llamó a la movilización de la sociedad en la "cruzada" contra el paramilitarismo, pero acompañó este llamado con una suave crítica a la actitud de las FARC.

Se ha señalado, desde estas columnas, que la tolerancia frente a la violencia de las autodefensas se convierte en un combustible que agudiza el conflicto (...) Sin embargo, nada de esto justifica la suspensión unilateral del diálogo por parte de las FARC. El proceso de paz necesita un compromiso firme entre las partes, entre otras cosas para poder trabajar de forma conjunta en la construcción de la necesaria credibilidad de parte de la opinión pública.

Porque el desánimo que causa un tire y afloje como el que se ha visto durante los últimos días no es un buen terreno para cultivar la paz (p.2A).

Para conjurar la crisis, el gobierno pidió el retiro a los generales Rito Alejo del Río y Fernando Millán, miembros del Ejército sindicados de tener vínculos con los paramilitares. Con ello, el gobierno aceptaba implícitamente las demandas de las FARC.

Si la primera suspensión de los diálogos se entendió como una piedra en el camino puesta por las AUC, la segunda interrupción obtuvo una reacción diferente por parte del gobierno y de los medios. El 14 de noviembre de 2000 las FARC emitieron un comunicado en el que declaraban congelados los diálogos hasta que, nuevamente, se demostrara mayor contundencia en el combate contra el paramilitarismo. La nueva crisis se producía luego de que las AUC secuestraran a seis congresistas para rechazar la aprobación de la ley de "Intercambio Humanitario", y después de que el gobierno enviara al ministro del interior, Humberto de la Calle, a concertar la liberación de aquellas personas con el comandante paramilitar Carlos Castaño.

El comisionado para la paz, Camilo Gómez, aseguró que la posición de las FARC era injustificada y que ponía en riesgo el proceso (*El Espectador*, 2000b). Por su parte, *El Tiempo* dijo que la decisión era "otro duro golpe" a la imagen del "maltrecho" proceso de paz (Corral, 2000).

Al analizar las causas de la suspensión, Hernando Corral (2000), editor político de *El Tiempo*, no responsabilizó a los paramilitares (como hicieron *El Espectador* y *Semana* durante la primera suspensión), sino a las FARC y a sus intereses ocultos:

Algunos [analistas] opinan que de lo que se trata es de buscar un mejor posicionamiento frente a la discusión sobre el canje y el cese al fuego (...) Otros dicen que no se trata de un simple endurecimiento verbal, sino que detrás de este lo que está en juego es el futuro del Plan Colombia, que la organización guerrillera quiere dar al traste (...) Para los más osados, las FARC están defendiendo sus grandes ingresos de dólares que le suministra el negocio de la coca en el Putumayo (p.1-3).

La revista *Semana* también aseguró que se trataba de una jugada política de los guerrilleros y señaló que la suspensión invitaba a los opositores del proceso a presionar por una salida militar (*Semana*, 2000a). Finalmente, *El*

Espectador (2000c) calificó esta nueva suspensión como un choque de realidad que generaba escepticismo y reavivaba la desconfianza sobre las verdaderas intenciones de las FARC:

Pese a todo, el sorprendente comunicado de las FARC tiene de positivo que nos regresa a la dura realidad de la confrontación y al convencimiento de que en los últimos dos años es poco lo que se ha avanzado en procura de la paz. ¿Habría llegado la hora de replantear la estrategia? (p.1-3).

El grupo guerrillero parecía no darse cuenta de que el Caguán se había convertido en el fundamento de la legitimidad no solo para el Estado sino también para él. Si el gobierno y los medios de comunicación habían vuelto a considerarlos como un actor político, había sido precisamente por su expresa voluntad de iniciar el proceso de diálogo que demandaba la sociedad civil; de manera que cada vez que suspendían las conversaciones, no solo empantanaban la reputación del gobierno, sino también la suya propia.

Pastrana intentó sortear esta nueva crisis mediante un encuentro personal con los líderes guerrilleros, el cual fue debidamente registrado y difundido por los principales medios de comunicación nacionales. De allí salió el Acuerdo de los Pozos, que la revista *Semana* (2001) llamó "El abrazo del oso" (pp.20-25). Este nuevo encuentro Pastrana-Marulanda, cuyas imágenes se reprodujeron en la prensa, no eran otra cosa que la reedición de la estrategia utilizada en el proceso electoral de 1998 (la foto de Victor G. Ricardo con el "Mono Jojoy"). La estrategia pretendía ahora devolverle la credibilidad al proceso.

Según Palacios (2012), en tres ocasiones Pastrana viajó al Caguán para generar confianza en la opinión pública sobre el futuro de los diálogos. El Acuerdo de los Pozos coincide con el último de esos viajes. Los encuentros se publicitaban de tal manera que dieran la impresión de ser acontecimientos históricos, de gran magnitud, y de los cuales emergería por fin una paz definitiva. Si las suspensiones del proceso y las acciones militares de las FARC avivaban la desconfianza, estas imágenes tenían el claro fin de despertar de nuevo en los colombianos la esperanza de paz, de la cual derivaba en últimas la legitimidad pública de ambos actores.

Aunque efectiva en un principio, la estrategia tenía un alcance limitado, pues su éxito dependía precisamente de su carácter excepcional; así que



◀ El acuerdo firmado entre el Presidente y el jefe de las Farc podría significar el final de la etapa de conversaciones sobre aspectos de forma, que son las más largas en cualquier proceso de paz. Y podría sentar las bases para el inicio de la segunda etapa de negociaciones propiamente dichas

(Semana, 2001, pp.20-25)

entre más se utilizaba, menos funcionaba. Es lo que hicieron saber *El Espectador* y *El Tiempo* en sus publicaciones:

¿Tenemos entonces los colombianos motivo alguno de alegría en vísperas de esta 'histórica reunión'? ¿O debemos temer más bien que ella no sea sino otra instancia inocua dentro de este endemoniado proceso que no va para ninguna parte? ¿Un episodio más en donde el protocolo, las preparaciones y la publicidad oficial enceguecerán a nuestro pobre país, sólo para que al cabo de unos días se recrudezcan los secuestros, las extorsiones y los ataques a la población civil? (*El Espectador*, 2001, p. 10A).

Hasta ahora, lo único que se ha visto en este periodo son las mesas de trabajo, los encuentros internacionales, el viaje del Gobierno y la guerrilla al exterior, y la permanente ida y vuelta de personajes y negociadores, pero nada sustancioso... O como diría un comentarista de fútbol, puro toque toque (...) y de aquello nada (Corral, 2000, p.1-3).

La desconfianza, producto de las constantes suspensiones y las acciones bélicas, permitió que perviviera tímidamente la sospecha de que las FARC eran un colectivo criminal que solo buscaba el enriquecimiento personal mediante el narcotráfico, en medio de un clima de opinión en el que los discursos de paz y reconciliación nacional eran casi hegemónicos. En un

artículo publicado el primero de marzo de 2001, por ejemplo, Sergio Gómez Maseri, corresponsal de *El Tiempo*, denunció que en la zona de despeje las hectáreas cultivadas de coca habían aumentado 32% frente a lo registrado en 1999 (Gómez Maseri, 2001). A esto se sumó la cifra revelada por Fenalco en noviembre de ese mismo año, según la cual las FARC habían recaudado en extorsiones más de 650 mil millones de pesos en menos de 19 meses (*El Tiempo*, 2001f).

Mientras se hacían públicas esas denuncias, las FARC realizaron múltiples acciones violentas que despertaron el rechazo de los medios: el secuestro del avión de Satena el 8 de septiembre de 2000, el paro armado en Putumayo en octubre del mismo año, el asesinato de Consuelo Araújo el 29 de septiembre de 2001, el secuestro de Alan Jara el 15 de julio de 2001, entre otros (GMH, 2013). Una mezcla de desconfianza, cansancio, decepción y desasosiego, dio lugar a un discurso polarizante contra las FARC, pues ante la sociedad civil que pedía el fin de las confrontaciones, el grupo guerrillero comenzó a ser percibido como un "Otro" que prefería mantener la guerra y usufructuarla.

A juicio de algunos líderes de opinión, las FARC no estaban buscando la paz y liderando su consecución, como habían prometido, sino que la estaban "arrinconando" (*El Tiempo*, 2001h, p.1-14), la estaban "evadiendo" (*El Tiempo*, 2001c), la estaban "rechazando" (*El Tiempo*, 2001a, p.1-4). Con estas afirmaciones, la prensa "expulsaba" al grupo guerrillero de la idea de un "nosotros" nacional que ella misma había ayudado a crear desde finales de 1997, un "nosotros" compuesto enteramente por colombianos pacifistas cansados de la violencia. Como el espía que se disfraza para sobrevivir entre sus enemigos, las FARC se habían convertido a los ojos de la prensa en farsantes de la paz, y su verdadera intención sería la prolongación de la guerra y la consecución de riqueza.

Este discurso polarizante excedía la mera denuncia periodística, pues incorporaba calificativos, idealizaciones y exageraciones sobre el "nosotros" pacífico del pueblo colombiano y el "Otro" bélico de las FARC. Un buen ejemplo de ello se encuentra en el editorial "Los sultanes del Caguán", publicado por *El Tiempo* (2001) con motivo del secuestro de Alan Jara:

A la guerrilla no le importa norma alguna, nacional o internacional, ni respeta ninguna convención. Desprecia el Derecho Internacional Humanitario y le dan un bledo los llamados a la justicia y a la sensibilidad. Vive aislada en su propio

mundo, en donde la explosión y el fusil son la ley, y parte de la presunción, que no admite prueba en contrario, de que todo lo que hace, por infame que nos parezca a los demás, es justo y está bien.

(...)

Para la guerrilla, el Caguán es, además de un santuario en donde nada le puede pasar, un pedestal para su megalomanía y para su infatuación.

(...)

No sé si algún especialista en la materia ha intentado trazar el perfil psicológico de la subversión. Pero ese sería un ejercicio muy interesante y muy revelador. Ahí se mostraría en toda su magnitud la brecha inmensa que separa la mentalidad de los guerrilleros de la del resto de la población. Y quedaría claro por qué es prácticamente imposible tender un puente que cruce sobre ese ancho y profundo abismo emocional (p.1-15).

Expresiones como "vive aislada en su propio mundo", o "la brecha inmensa que separa la mentalidad de los guerrilleros de la del resto de la población", tendrían que ser considerados aquí en su calidad performativa, no como simples metáforas, sino como actos de habla que pretendían expulsar al "Otro", convertirlo retóricamente en un ser diferente y ajeno a la propia comunidad.

Los diálogos del Caguán, que habían sido para el Estado y para las FARC una ruta de rescate frente a la crisis de legitimidad de los años 90, al final lograron lo contrario. El gobierno fue criticado por improvisación y por ser demasiado blando frente a los caprichos de la guerrilla, mientras que las FARC salieron de la zona de despeje mucho peor que como entraron, pues ya no solo se las veía como peligrosas y apolíticas, sino también como la contraparte de un pueblo idealizado de colombianos pacifistas.

Segunda segregación identitaria: La "clase media" y el respaldo popular de las AUC

Mientras las posibilidades de un acuerdo de paz entre las FARC y el gobierno nacional se perdían en un vaivén de declaraciones y acusaciones mutuas, los medios nacionales de comunicación fueron testigos de la violenta expansión de las AUC y sus esfuerzos por alcanzar reconocimiento político. Como se vio en el capítulo anterior, el proyecto paramilitar fue criticado intensamente por la prensa en sus páginas editoriales, en las que no solo se condenaba la sevicia de sus

métodos, sino que además se denunciaba la malicia de sus objetivos: más que librar una guerra contrainsurgente, los paramilitares querían forzar al gobierno para que los tuviera en cuenta en un proceso de negociación.

Para tratar de hacer frente a estas críticas y sanear la imagen de las AUC, Carlos Castaño puso en marcha una estrategia de comunicación política dirigida a los medios masivos de comunicación, cuyo hito más recordado es la entrevista televisiva que concedió al programa *Cara a Cara* del canal Caracol, transmitida el primero de marzo de 2000. Esta conversación con el periodista Darío Arizmendi causó un enorme revuelo, pues era la primera vez que el jefe paramilitar mostraba su rostro ante el país y explicaba en detalle su visión sobre el lugar de las AUC en el conflicto armado colombiano.

Hasta entonces, la identidad de los paramilitares había estado rodeada de un manto de incertidumbre. De hecho, si se revisa la prensa nacional entre 1997 y 2000 se encontrará que las noticias sobre sus acciones eran ilustradas con sombras, siluetas, primeros planos y fotografías de espaldas. No había rostros de jefes o combatientes, y en general, sus testimonios eran escasos. Esta clandestinidad protegía a los paramilitares de los embates de la justicia pero, al mismo tiempo, generaba innumerables preguntas en la población civil sobre los verdaderos propósitos e intereses de las AUC.

Con cada imagen oscura y difusa que se publicaba, crecían las dudas sobre la naturaleza y las intenciones de los paramilitares. Esta expectativa resulta fundamental para entender por qué, cuando Carlos Castaño decidió mostrar la cara por primera vez, la transmisión fue materia de discusión en todos los medios nacionales. El periódico *El Tiempo* (2000b), por ejemplo, evaluó la pieza periodística con las siguientes palabras:



CARLOS CASTAÑO, vocero de las Autodefensas Unidas de Colombia, acordará con representantes de la sociedad civil un mecanismo para la verificación del acuerdo.

(*El Tiempo*, 1998d, p.6A)

Más que un logro periodístico, la entrevista de Darío Arizmendi con Carlos Castaño por el Canal Caracol es un hecho político. Un país entre fascinado y atónito, vio y escuchó durante hora y media al jefe máximo del paramilitarismo, sindicado de las más escalofriantes masacres, explicar quién es y por qué hace lo que hace (p.4A).

Castaño se valió de una retórica emotiva para cautivar a la audiencia. Fueron recurrentes las apelaciones a su pasado familiar, al dolor que sintió por el secuestro y asesinato de su padre, a su deseo original de venganza y al amor por sus hijos. De esta forma, su lugar de enunciación alternaba constantemente entre el jefe militar, con más de 10 mil combatientes a su cargo; el hombre de familia víctima de las FARC; y el héroe que logró transformar su odio personal en una causa social¹². Este tipo de discurso le permitía a Castaño generar empatía entre las víctimas de la guerrilla, pero sobre todo, resignificar la imagen que se tenía de los paramilitares como asesinos sin escrúpulos (Mesa Bedoya, 2014). De este tenor fueron sus palabras: "Uno no se acostumbra a ver morir, en ningún momento. Yo creo que la sensibilidad no se pierde ni en el fragor de la guerra. Por el contrario, cada día la guerra lo hace muchísimo más sensible a uno" (Castaño, 2000).

Adicionalmente, Castaño intentó legitimar a las AUC apelando a dos argumentos básicos. El primero de ellos era que la finalidad de su organización era exclusivamente contrainsurgente. Según él, "sostener la autodefensa en el momento en que se acabe la guerrilla es imposible" (Castaño, 2000), pues la unidad de los distintos bloques de las AUC se había producido solo para enfrentar de manera efectiva a los grupos guerrilleros. El segundo argumento, más interesante y polémico, era que las AUC contaban con un amplio respaldo popular. Desde la perspectiva de Castaño, las autodefensas serían un actor político, que ante el vacío de autoridad del Estado, ofrecía alternativas de seguridad, desarrollo social y justicia a las comunidades en las que ingresaban. El jefe paramilitar ofrecía como ejemplo de esto el departamento

12 Al respecto, véase la siguiente cita: "Yo sentí ese día [al enterarse de la muerte del padre] deseos de venganza y durante un tiempo, pero la verdad en la medida en que la guerra avanza, se extiende en el tiempo, en la distancia, comienza uno a mirar de que cada día tendría más razones para odiar a más personas. (...) Yo lo que entendí ese día es que para eso hay que tener valor, y que si no podía recuperar a mi padre, que no le sucediera a otra cantidad de padres honestos que había por allí. Se fue superando el odio. Hoy en día no tengo venganza, no odio y desprecio menos" (Castaño, 2000).

de Córdoba: "Yo más bien soy un recurso en (...) Córdoba. Todo problema que no se pueda controlar (...), de cualquier índole, siempre llega al Estado Mayor de las ACCU y allí se soluciona. Hoy ya Córdoba es un ejemplo de departamento en Colombia" (Castaño, 2000).

Desde esta perspectiva, eran las mismas poblaciones locales las que pedían a gritos la presencia de las Autodefensas cuando veían que no podían resolver sus problemas de seguridad y justicia por vías legales. Las AUC no eran una simple plataforma de venganza personal contra la guerrilla, como habían especulado algunos medios de comunicación años atrás (*El Espectador*, 1998), sino una iniciativa que buscaba contribuir a la paz y al orden allí donde era solicitada:

Comencé a recibir visitas de muchísimas personas representativas del pueblo antioqueño que decían que [la delincuencia] había llegado a índices insostenibles (...) Ante ese llamado del pueblo antioqueño, actuamos contra ellos, hoy en día, pueden estar tranquilos los señores que fueron dados de baja el tal Elkin Sánchez (...). Yo creo que eso es un aporte a la paz (Castaño, 2000).

La idea del respaldo popular fue desarrollada por Castaño al punto de afirmar que las AUC eran representantes de los "intereses" de un pueblo colombiano amenazado por la violencia despótica de la guerrilla (Mesa Bedoya, 2014). Su noción de pueblo tenía, sin embargo, un sentido muy restringido, pues se refería solo a una porción específica de los colombianos: la "clase media". A su juicio,

Quienes no tienen quien los defienda en Colombia es la clase media y es hacia donde la guerrilla enfiló sus baterías. Entonces la Autodefensa está defendiendo intereses de la clase media colombiana. Del arrocero, del bananero, del algodónero, del pequeño agricultor, del transportador, del ciudadano común y de muchísimos campesinos, clase popular (Castaño, 2000).

Al igual que la "nación", la "clase media" a la que alude Castaño es una "comunidad imaginada" (Anderson, 2005), pues se refiere a un conjunto de individuos que se reconocen como pertenecientes a un grupo social más grande con una identidad y unos intereses comunes. Se trata también de un concepto polarizante, pues en el corpus teórico marxista del cual procede, la idea de clase solo se constituye en una permanente relación conflictiva

entre opresores y oprimidos. La "lucha de clases", explica Foucault (2000), es una reedición del discurso político de la guerra, en el que dos polos opuestos se conciben como enemigos: pobres y ricos, libres y esclavos, señores y siervos, etc.

Esta apelación a la "lucha de clases" en el discurso de las AUC no deja de ser inquietante, pues se trata precisamente del sustrato ideológico que históricamente han utilizado los distintos movimientos subversivos en Colombia. En ello se evidencia una relación especular que fue característica de las AUC desde sus inicios (Angarita Cañas, y otros, 2015; González, Bolívar & Vázquez, 2002), es decir, un esfuerzo constante por asemejarse a sus contrincantes en lo retórico y en lo fáctico, con el objetivo de ganar el reconocimiento político que estos ostentaban.

Palacios (2012) considera que los medios de comunicación nacionales sucumbieron al encanto de la retórica de Castaño y que ayudaron a legitimar el discurso de las AUC. Sin embargo, esta tesis requiere algunas matizaciones. En lo que se refiere a la prensa escrita, las reacciones editoriales ante las entrevistas del líder paramilitar fueron siempre negativas. *El Tiempo*, *El Espectador* y *Semana* rechazaron abiertamente sus pronunciamientos y trajeron a la memoria la cualidad criminal de sus acciones. *El Espectador* (2000), por ejemplo, comentó con sarcasmo las declaraciones de Castaño:

Ojalá fuera cierta tanta belleza y las zonas rurales estuvieran colmadas de vacas y no de cadáveres de campesinos inocentes, víctimas de la ya diaria masacre de las paradójicamente llamadas 'autodefensas' (...) Sabe el jefe de esa facción cuánto nos chocan sus actividades y en qué forma las rechazamos, por criminales y anti-colombianas (p. 15A).

Difícilmente se encontrará en la prensa de aquellos años un artículo de opinión o un editorial que respalde abiertamente la causa de las AUC. Por el contrario, se les criticó por cometer delitos de lesa humanidad, y se aprovechó todo espacio en blanco para recordar a los lectores que las palabras de Castaño eran una estratagema política (*El Tiempo*, 2000b). Sin embargo, en al menos dos sentidos, la prensa sí fue útil a los intereses de los paramilitares.

En primer lugar, desde su primera aparición en televisión en marzo de 2000, *El Tiempo*, *El Espectador* y *Semana* comenzaron a vincular con mayor regularidad en sus páginas informativas los pronunciamientos de Castaño y

de los demás líderes de su organización. A partir de entonces, los jefes de las AUC se convirtieron en una fuente periodística válida y recurrente en el cubrimiento del conflicto armado, y a través de sus testimonios, las ideas contrainsurgentes más radicales y polarizantes se abrieron un espacio en la prensa nacional. Esos fragmentos de texto ponían a los lectores en contacto con un discurso radical de guerra en un momento en el que todos los líderes de opinión habían asumido como bandera el ideal de la paz.

En segundo lugar, los tres medios aquí analizados reconocieron como un hecho real que los paramilitares habían ganado respaldo popular, no solo a través de acciones sociales, sino también mediante alocuciones públicas. El 13 de agosto de 2000, por ejemplo, *El Tiempo* (2000d) aseguró:

Sería tonto desconocer las dimensiones sociales y políticas que hoy reviste el fenómeno paramilitar. Condenar sus brutales métodos no equivale a ignorar el auge de las autodefensas, ni la creciente simpatía que despiertan en diversos sectores de la sociedad. Auge y simpatía que están directamente ligados a la violencia guerrillera (p.1-16).

Carlos Castaño no necesitaba por tanto que los periódicos le abrieran sus páginas para tratar de convencer a los lectores del enorme respaldo popular que tenía. De una u otra forma, esta tarea la hicieron los mismos periodistas y editorialistas al repetir, una y otra vez, que las AUC realmente contaban con dicho apoyo. Esto lo hacían de tres maneras distintas:

1. Mediante la afirmación directa, es decir, al dar por sentado en editoriales y noticias que el respaldo y la aprobación popular de las AUC era una realidad evidente: "Castaño sorprendió a muchos con su aparición en Caracol (unos la aprueban, otros la critican) cuando dejó en claro que es la cabeza de una organización guerrera que no puede dejarse de lado, y que no aceptará que se le deje, en estos cruciales momentos" (*El Espectador*, 2000, p.15A).
2. Mediante la citación de encuestas y estudios de opinión, en los que se revelarían la creciente aceptación del discurso contrainsurgente de las AUC: "(...) con la entrevista con Darío Arizmendi, (...) logró que un 37% de los televidentes mejoraran la percepción que tenían de él, según el Opinómetro de *El Tiempo*" (*El Tiempo*, 2000c, p.3A).

3. Finalmente, con la inclusión de algunos testimonios de civiles que se reivindicaban como parte de la comunidad de apoyo de las Autodefensas:

'Aquí las autodefensas somos todos', dice, citando de memoria el eslogan que está pintado en grafitos en todos los pueblos por donde han pasado los paras. 'Las autodefensas son como unos libertadores, nos han quitado un peso de encima'. Con la llegada de las AUC Raúl descansó de que la guerrilla le robara las gallinas, reclutara a sus hijos a la fuerza y sacara corriendo a los ganaderos que ahora le dan empleo como jornalero. ¿Y las masacres? 'Yo no creo que maten campesinos inocentes como dicen en la televisión. Por aquí no hay masacres porque nadie colabora con la guerrilla', contesta Raúl (*Semana*, 2000, pp.24-30).

No se trata aquí de cuestionar la veracidad o falsedad de este respaldo popular, sino de analizar la manera como la prensa difundió esta idea y asumió de entrada que se trataba de un fenómeno real, generalizado e irrefutable. Mediante la repetición permanente de una afirmación ("las AUC tienen el respaldo de la población"), se generaba en el lector la sensación de que no estaba ante un actor armado ilegal sino ante una verdadera comunidad en la que se inscribía buena parte de los colombianos; algo como esto era inimaginable en las crónicas sobre las masacres anteriores al año 2000, en las cuales se describía a los paramilitares como grupos asesinos sanguinarios y misteriosos (Mesa Bedoya, 2014). Cabría suponer que en ese entonces los bloques de las AUC tenían ya apoyos locales, pero la prensa no lo repetía insistentemente. Este fue, por tanto, uno de los logros de la estrategia comunicativa de Carlos Castaño.

Después de la entrevista con Darío Arismendi, la prensa recreó con sus propias palabras esa "clase media" de la que hablaba el jefe de los paramilitares; a su juicio, el acceso a la pequeña propiedad privada, la desprotección del Estado y el ideal del desarrollo económico eran los criterios básicos de pertenencia. A esto se sumaba también un criterio de adhesión negativa (Evri-genis, 2008): la oposición a las FARC y el ELN. El "pueblo" de trabajadores, propietarios y emprendedores (rurales y urbanos) que imaginaba Castaño, veía en las guerrillas y sus bases de apoyo un "Otro" opuesto e irreconciliable. Las siguientes citas ilustran bien esta oposición radical:

El elemento más fuerte que hoy tiene Castaño es su autocaracterización como brazo armado de la clase media, con lo cual busca golpear sobre la gran

debilidad que tiene la guerrilla: el temor y odio que suscita entre propietarios y trabajadores independientes. El secuestro, la vacuna, la extorsión, como prácticas generalizadas de la subversión, han hecho que sectores medios miren con mal disimulada complacencia al paramilitarismo (...) El problema es su práctica y sus métodos, acentuados por una ideología intolerante y dogmática. Hoy, su apoyo social, anclado sobre la economía ilegal, tiende a ser una base desclasada, lumpenizada, que abomina de esos sectores medios, no solo por ser propietarios, sino por estar instalados en la institucionalidad (*El Tiempo*, 2000b, p.4A).

Y no es difícil imaginar el agrado con que las víctimas de estos desafueros, el camionero arruinado, el ama de casa sin luz, habrán escuchado la andanada antisubversiva de Castaño. Sus recientes apariciones televisadas confirman la astucia con la que el jefe paramilitar busca encontrar adeptos entre los millones de víctimas de la guerrilla (*El Tiempo*, 2000d, p.1-16).

En la primera de las dos citas transcritas, tomada de un editorial de *El Tiempo*, se retoma el discurso de la "lucha de clases". Además de aludir a la "clase media" (propietarios y trabajadores independientes) que apoya a las AUC, también se describe a la contraparte de las guerrillas: una base "desclasada" y "lumpenizada" que vive de las economías ilegales, y que además, "aborrece" a los "sectores medios" por sus propiedades y su control del Estado. Este discurso convierte a dos sectores de la población civil en enemigos irreconciliables. La guerra no es ya el enfrentamiento entre paramilitares y guerrilleros por el control del poder bélico o el territorio, sino la confrontación entre dos comunidades de apoyo con identidades distintas. Aunque *El Tiempo* nunca dice ser "de un bando o de otro", su imparcialidad queda en entredicho por los calificativos utilizados.

Para las AUC era beneficioso que se posicionara y generalizara este discurso polarizante, pues ayudaba a llenar el vacío de legitimidad que había ocasionado su expansión militar y perfilaba a su organización como una fuerza política. De esta forma, los paramilitares podían presionar al gobierno nacional para que los tuviera en cuenta en sus iniciativas de paz. Este interés resultó particularmente evidente en la segunda entrevista que concedió Castaño en el año 2000 para la televisión colombiana, esta vez en el programa *La Noche de RCN* conducido por Claudia Gurisatti. Allí, el jefe paramilitar afirmó:

Tenemos muchas personas que creen en nosotros, tenemos nuestro propio proyecto político, tenemos un modelo de Estado (...) Tenemos propuestas estructurales de todo tipo, entonces, o hay un proceso de concertación

nacional desde ahora, o el modelo de Estado que surja de las negociaciones Gobierno-Guerrilla tendrá que debatirse y confrontarse con el nuevo modelo de Estado que vamos a proponer las Autodefensas (Castaño, 2000).

A principios del año 2000 la polarización se nutrió con las movilizaciones que se desarrollaron en el sur de Bolívar, donde el ELN pedía al gobierno una zona de despeje para iniciar su Convención Nacional con la sociedad civil. La zona había sido escenario de una cruenta disputa entre este grupo insurgente y las AUC desde 1998. Estas últimas, ante la solicitud del grupo guerrillero, animaron a la población de los municipios bajo su control para que salieran a las calles a rechazar el despeje. Marchas en pro y en contra se desarrollaron en Morales, donde, según informó *El Tiempo*, en la mañana del 30 de enero de 2000 unos 500 campesinos de los corregimientos de Micoahumado, Orosí, Montecristo, Puerto Rico, Minaestrella, El Dorado y Roviejo se movilizaron para respaldar el despeje. Algunas horas más tarde, sin embargo, otros 1.500 "habitantes del pueblo también salieron a marchar para rechazar cualquier posibilidad de despeje"¹³ (*El Tiempo*, 2000, p.6A).

Para la prensa, estas movilizaciones parecían atestiguar una verdadera división radical del pueblo. "Los campesinos del Sur de Bolívar se encuentran divididos", anunció *El Espectador*, "Unos dicen apoyar 'zona de encuentro' para el ELN. Otros lo rechazan. Se teme porque la situación degenera en enfrentamientos civiles" (*El Espectador*, 2000a, p.4A)¹⁴. Este clima de opinión enrarecido llegó a su punto más álgido en 2001, cuando comenzó a circular en la prensa la tesis de que en Colombia podía desatarse una verdadera guerra civil entre quienes apoyaban a las AUC y quienes apoyaban a las guerrillas:

Muchos ven que en menos de cinco años podría haber dos ejércitos de 20 o 25.000 efectivos cada uno (Auc y Farc) con nuestras fuerzas militares en la mitad, como el jamón del sánduche (*El Espectador*, 2001a, p.14A).

Las autodefensas tienen un claro apoyo en los propietarios de tierras, en organizaciones políticas de derecha que ayudan o podrán llegar a hacerlo y en campesinos y habitantes de las ciudades que llevan 40 años aguantando las

13 *El Tiempo* también informó, días antes, sobre el discurso que utilizaban los promotores de las marchas. Como era de esperarse, todos ellos aseguraban que representaban a "todos" los habitantes de esta región (*El Tiempo*, 2000).

14 La Unidad de Paz de *El Tiempo*, por su parte, no tardó en señalar que estos episodios eran una más de las argucias de las AUC para buscar reconocimiento de estatus político (*El Tiempo*, 2000c).

acciones guerrilleras y, sobre todo, el secuestro. El fenómeno actual podría desembocar en una guerra civil y en la ingobernabilidad total del país y hay que moverse rápidamente para evitarlo (*El Espectador*, 2001b, p.8A).

Lo más grave es que con la creciente financiación de los paramilitares se logrará en unos pocos años lo que la guerrilla trató infructuosamente de hacer durante 40: configurar una guerra civil que obliga a la gente a ubicarse en un bando u otro (*Semana*, 2000, pp.24-30).

Para mediados de 2001, los vaivenes del proceso de negociación del Caguán y los esfuerzos de legitimación de las AUC habían dado lugar a dos discursos polarizantes de tipo identitario: El primero de ellos señalaba a las FARC como un "Otro" violento, cuya pasión por la guerra y la economía ilegal lo llevaba a oponerse a un pueblo idealizado de colombianos pacifistas; el segundo discurso imaginaba a ese mismo pueblo, pero escindido en dos polos radicalmente opuestos: la "clase media" de las AUC y la "base desclasada" de las guerrillas. Ambos discursos hacían de los grupos guerrilleros en general, y de las FARC en particular, el emblema de una otredad radical y amenazante.

Tercera segregación identitaria: la lucha contra el terrorismo llega a Colombia

Los ataques del 11 de septiembre de 2001 en el World Trade Center de Nueva York fueron un acontecimiento de alcance global, cuyos efectos simbólicos y políticos se sintieron en muchos lugares del hemisferio occidental. La "lucha contra el terrorismo", además de ser el objetivo número uno de la política exterior de Estados Unidos, se convirtió en un modelo de interpretación de la violencia que se utilizó para explicar conflictos locales y nacionales que poco o nada tenían que ver con los atentados, y mucho menos con el radicalismo religioso. Disputas étnicas y políticas con décadas de antigüedad comenzaron a ser leídas repentinamente en clave de "terrorismo".

El conflicto armado colombiano es un ejemplo de esta generalización del discurso antiterrorista. Desde 2001 hasta la actualidad, el gobierno nacional y algunos sectores de la sociedad civil, entre ellos la prensa, han utilizado preponderantemente este discurso para interpretar las acciones de los grupos armados ilegales. Este viraje tiene que ver con el carácter intervencionista de la política exterior estadounidense y con el afán del gobierno nacional

por conseguir el apoyo económico y militar de la potencia norteamericana, pero también con la interconexión que han desarrollado los medios de comunicación a nivel internacional.

Para George Bush, el terrorismo no se parecía a ninguno de los enemigos que había tenido Estados Unidos antes de 2001; no era un Estado definido ni se localizaba en ningún territorio específico, era más bien una red internacional que podía llegar a los lugares menos pensados. Esta idea justificaba a su gobierno para intervenir en otros países por motivos de seguridad. Pocos días después de los atentados en Nueva York, el 20 de septiembre de 2001, el presidente estadounidense pronunció un discurso público en el que explicaba su postura sobre la guerra que estaba por librar:

Hay miles de estos terroristas en más de 60 países. Son reclutados en sus propios países y llevados a campos en lugares como Afganistán, donde son entrenados en las tácticas del terror. Luego son enviados de regreso a sus hogares o los esconden en países alrededor del mundo para planear el mal y la destrucción.

Nuestro enemigo es una red radical de terroristas, y los gobiernos que los apoyan

Nuestra guerra contra el terrorismo comienza (en el movimiento) Al Qaeda pero no termina allí. No terminará hasta cuando todos los grupos terroristas de alcance global hayan sido encontrados, detenidos y derrotados (*El Espectador*, 2001c, p.17A).

Estas palabras llamaron la atención de la prensa nacional colombiana, que inmediatamente se preguntó si las FARC, el ELN y las AUC estaban también en la mira de Bush. *El Espectador*, por ejemplo, aseguró que era muy posible que el Departamento de Estado estadounidense revisara su posición frente al Caguán a la luz de esta nueva "guerra contra el terrorismo" (*El Espectador*, 2001c). Las sospechas del periódico estaban bien fundamentadas, pues en abril de 2001 los tres actores armados ilegales habían sido incluidos en la lista de organizaciones terroristas internacionales que afectaban la seguridad de Estados Unidos (U.S Department of State - Office of the Coordinator for counterterrorism, 2001).

Aunque el señalamiento no era nuevo (las FARC y el ELN habían sido incluidos desde 1997), los ataques del 11 de septiembre y el viraje de la política exterior estadounidense llevaron a revisar la visión que tenía la comunidad internacional sobre los actores armados ilegales colombianos, así

como la actitud del gobierno nacional ante el contexto internacional. Los más afectados en este sentido fueron los grupos guerrilleros, en especial las FARC, pues fueron acusados de hacer parte de esa red internacional de terroristas de la que hablaba Bush.

La entonces embajadora de Estados Unidos en Colombia, Anne Patterson, comparó a las guerrillas con Osama Bin Laden pues, según ella, compartían con el líder de Al Qaeda "su hipocresía moral y su falta de ideas" (*El Tiempo*, 2001d, p.1-2). Por su parte, *El Tiempo* aseguró el primero de octubre de 2001 que las FARC se habían convertido en el enemigo número uno de Estados Unidos en el hemisferio, tanto por su gran capacidad económica como por sus antecedentes de agresión contra ciudadanos estadounidenses (*El Tiempo*, 2001b). El periódico aludía específicamente al secuestro y asesinato de tres ecologistas de ese país ocurrido el 6 de marzo de 1999.

Los tres actores armados ilegales sintieron la presión internacional que el discurso antiterrorista comenzaba a ejercer sobre ellos, de manera que solicitaron a Andrés Pastrana que se pronunciara al respecto y aclarara a la comunidad internacional el carácter político del conflicto armado colombiano. Sin embargo, la reacción gubernamental no fue la que ellos deseaban. Al igual que habían hecho las FARC con el proceso de paz, el gobierno nacional utilizó el discurso del terrorismo para presionar a su contraparte en la mesa de diálogo; antes que confirmar o rechazar su estatus de terroristas, dejó el tema en suspenso para intimidar a los subversivos con las posibles represalias que tomaría la comunidad internacional si no dejaban rápido las armas.

El canciller Camilo Gómez declaró ante los medios de comunicación colombianos que serían los mismos actores armados ilegales los que, con sus acciones, definirían cuál era su estatus: "Si su actuación los conduce a que sean enfrentados simplemente como terroristas, es claro que Colombia y la comunidad internacional han adoptado en el Consejo de Seguridad (de la ONU) medidas vinculantes que no se pueden ignorar" (*El Tiempo*, 2001e, p.1-14). Sin embargo, en la vigésimo cuarta reunión de consulta de ministros de relaciones exteriores de la OEA su intervención fue mucho más radical: "Contra estos flagelos (terrorismo y narcotráfico) hemos venido librando una lucha denodada desde hace muchos años... En ella hemos soportado la dura realidad de la violencia terrorista" (*El Tiempo*, 2001e, p.1-14). Pastrana, por su parte, condicionó el estatus de terroristas de las FARC al desarrollo del proceso de paz: "De romperse, Colombia esperaría que las potencias le

ayuden con todas las armas posibles a combatir la tenebrosa alianza entre terroristas y narcotraficantes” (*El Tiempo*, 2001h, p.1-14).

De manera similar, la prensa se abstuvo inicialmente de acusar a los actores armados ilegales de ser organizaciones terroristas; sin embargo, dejaron ver cierta cercanía con el discurso beligerante que se posicionaba en la comunidad internacional. El periódico *El Tiempo* (2001g), por ejemplo, puso el énfasis en las acciones de las FARC:

Por primera vez las Farc parecen percibir que el mundo ya no las considera una romántica guerrilla campesina. Más allá de la discusión de si son o no terroristas y narcotraficantes, el hecho es que emplean métodos terroristas y los financian con narcotráfico. Desde el 11 de septiembre, el mundo es cada vez más reacio a contemporizar con estas conductas, en aras de tratar de empujar la paz (p.1-18).

Este matiz entre una “organización terrorista” y una “organización que realiza acciones terroristas” no es un simple juego de palabras. Ubicar el terrorismo en los métodos y no en la naturaleza de la organización implicaba que su objetivo fundamental podía ser político y que no necesariamente se limitaba a generar terror en los civiles. Sin embargo, *El Tiempo* no era del todo enfático en esta observación y dejaba abierta la posibilidad de que las FARC efectivamente fueran consideradas como terroristas.

El Espectador, a su vez, catalogó la zona de despeje del Caguán como “refugio de terroristas extranjeros y dominio de las FARC” (*El Espectador*, 2001c, p.17A). Los “refugiados” a los que aludía el periódico eran los tres militantes del Ejército Republicano Irlandés (IRA) que habían ingresado a Colombia para capacitar a las FARC en manejo de explosivos, y que fueron capturados por la Policía Nacional el 11 de agosto de 2001 (*Semana*, 2001a). Con esta alusión, *El Espectador* llamaba la atención sobre la relación de las FARC con otras organizaciones ilegales, en un sutil paralelo con la idea de Bush, según la cual el terrorismo no era un actor definido sino una red internacional de radicales dedicados a la maldad.

Finalmente, la forma en que la prensa comenzó a titular los artículos en los meses inmediatamente posteriores a los ataques del 11 de septiembre, permite inferir cierta alineación con el discurso de la comunidad internacional. Los siguientes títulos son buenos ejemplos: “Farc: enemigo número 1”

(*El Tiempo*, 2001b, p.1-5), "Guerrilla es como Osama" (*El Tiempo*, 2001d, p.1-2), "Las FARC y el terrorismo" (*El Espectador*, 2001c, p.17A).

Todas estas referencias al terrorismo en Colombia, sin embargo, eran sutiles. No era común que se acusara tajantemente a los actores armados ilegales de ser terroristas o que se pidiera contra ellos la intervención inmediata de la comunidad internacional. Entre septiembre de 2001 y febrero de 2002, el discurso de la guerra contra el terrorismo operó como una estrategia de presión política y no como una descalificación de los actores armados. Más que una afirmación, era un condicionante: se pretendía que el miedo a ser tratados como "terroristas" los llevara a replantear sus estrategias y desistir de sus acciones bélicas. Según *El Tiempo* (2001i), la reacción de los tres actores armados ante esta presión fue diferente:

El ELN reactivó los contactos con el Gobierno, renunció a la zona de distensión, firmó una 'agenda para la transición' y se embarcó en un alto al fuego unilateral para el fin de año.

(...) Las Farc no han respondido de igual forma. Más bien, sus acciones denotan síntomas de aislamiento. 'Ellos entienden la nueva situación pero no la han asimilado', dice un testigo de las negociaciones en el Caguán. 'Creo que es un problema de Estados Unidos', agrega. Al fin y al cabo, tienen una tradición ideológica antinorteamericana y un reloj que marcha más lentamente que el de sus contrapartes.

(...) Los paramilitares fueron ambiguos. Según el periodista Mauricio Aranguren, autor del libro *Mi confesión*, 'es claro que Castaño tiene la intención de convertirse en un aliado de los americanos contra el terrorismo, que, según él, en Colombia solo practican las guerrillas'. Sin embargo, el ex ministro Rafael Pardo considera que 'en el libro de Aranguren se deduce que Castaño quiere alejarse del narcotráfico, pero acepta haber cometido asesinatos, y ese es un error muy grave porque hoy a la comunidad internacional lo que le preocupa es el terrorismo y no el narcotráfico' (p.1-4).

La percepción de que las FARC habían asumido una actitud aislacionista frente al contexto internacional y que habían hecho caso omiso a las presiones diplomáticas y mediáticas, pareció confirmarse el 19 de febrero de 2002, cuando esa guerrilla secuestró un avión de la compañía Aires en el que viajaba el senador Jorge Eduardo Gechem Turbay. No era la primera vez que una aeronave comercial era secuestrada en Colombia por un grupo insurgente. Sin embargo, en un contexto internacional marcado por las dramáticas imágenes del 11 de septiembre, la comparación con los atentados

de Nueva York fue instantánea. En su informe periodístico sobre el secuestro, por ejemplo, la revista *Semana* (2002, pp.26-31) incluyó una fotografía de las Torres Gemelas en el momento del impacto del segundo avión, con lo que pretendía reforzar las similitudes entre las acciones de la guerrilla y el terrorismo internacional que Bush decía combatir.

En medio de esta coyuntura, Andrés Pastrana tomó la decisión de dar por terminados los diálogos del Caguán y acusó al grupo insurgente de haber decidido ellos mismos cuál sería en adelante su naturaleza. Así lo informó *El Tiempo* (2002b) en su artículo "Las FARC son terroristas", publicado el 21 de febrero de 2002: "En una intervención radio televisada, Pastrana dijo que las FARC no cumplieron su palabra, que 'optaron por el terrorismo' y que el país se cansó de su hipocresía" (p.1-2).¹⁵

La prensa nacional aceptó y respaldó la decisión de Pastrana. Si en los meses anteriores había dejado en duda el estatus de terroristas de las FARC, tras el rompimiento de los diálogos del Caguán su postura al respecto fue más contundente. Para *El Tiempo* (2002c), por ejemplo, el grupo guerrillero no había aprovechado el cronograma del último mes en la mesa de diálogo para "acelerar los acuerdos sino para hacer un tránsito hacia el terrorismo" (p.1-4). El periódico añadió además que la ruptura se debía a un cambio general en las estrategias del actor armado:

El paso definitivo, ayer, lo constituyeron los atentados contra un avión y una ambulancia, expresamente protegidos por el DIH, en un contexto internacional de guerra contra el terror, y en un clima de opinión pública caracterizado por la antipatía hacia las FARC (...) los analistas en asuntos militares señalaron que se había producido un cambio en las tácticas de combate de las FARC, y el primer mandatario, en la alocución realizada anoche para anunciar el fin de los diálogos, sentenció: 'Las FARC optaron por el terrorismo' (*El Tiempo*, 2002c, p.1-4).

De manera similar, *El Espectador* (2002) se refirió a la recién abolida zona de distensión en los siguientes términos: "Al tiempo que mantenían el terror en la población, albergaban secuestrados y realizaban actividades de

15 Por su parte, la revista *Semana* consideró que el secuestro del avión de Aires fue para Pastrana, más que un problema, una excusa para salir de un proceso de negociación desprestigiado y del que no había podido desembarazarse en cuatro años de gobierno (*Semana*, 2002).

narcotráfico” (p.3A). Estos ejemplos sugieren que el rompimiento de los diálogos del Caguán se interpretó no solo como el fin de un largo y fallido proceso, sino además como una “transformación” estructural del actor armado ilegal, como su conversión en algo diferente a lo había sido hasta entonces, el último paso en su tránsito hacia una organización terrorista.

En sentido estricto, poco o nada de lo que hacían las FARC era nuevo en el contexto colombiano, ni siquiera el secuestro de vuelos comerciales. Por lo tanto, la transformación que sufrió el actor armado, más que de su naturaleza o sus acciones, fue de su imagen pública. La prensa hizo del terrorismo un adjetivo que acompañaba toda alusión a los actores armados ilegales, particularmente a las FARC. *Semana*, por ejemplo, hablaba con naturalidad de los “actos terroristas de las FARC” y de la “escalada terrorista de las FARC” (*Semana*, 2002, pp.26-31); mientras que *El Tiempo* aludía a la “oleada terrorista de las FARC” (*El Tiempo*, 2002, p.1-18).

Este último periódico publicó un informe especial el 24 de febrero de 2002, cuyo título refleja a la perfección lo que sucedió entre septiembre de 2001 y febrero de 2002: “Terrorismo en Colombia: de la amenaza a la realidad” (*El Tiempo*, 2002d, p.1-2). El título pretendía describir la “transformación” que habría sufrido el actor armado, su decisión de convertirse en terrorista. Parece más adecuado, sin embargo, utilizar ese mismo título para explicar el cambio en el discurso del gobierno y de la prensa con relación a la naturaleza terrorista de los actores armados ilegales: de ser una amenaza retórica y diplomática utilizada para condicionar sus acciones y forzar a las FARC a un cese de hostilidades, pasó a asumirse como una “realidad”, como una transformación repentina y sustancial en la naturaleza del grupo guerrillero.

Según Josefa Erreguerena (2002), los atentados del 11 de septiembre de 2001, el cubrimiento de los mismos por parte de los medios de comunicación y los discursos belicistas de George Bush, ayudaron a configurar un nuevo imaginario social que hizo del terrorismo una síntesis del mal. “El concepto del Mal se transforma, otra vez, en algo externo en el Otro, en lo diferente, que debemos exterminar” (Erreguerena, 2002). Esta visión es compartida por Zebadúa (2005), quien considera que los medios de comunicación operaron con relación a los atentados en Nueva York como “constructores de diferencia”, es decir, como tribunas desde las cuales se señala la otredad radical (el terrorismo musulmán) y se reafirman los ideales de vida buena (la democracia y la globalización).

El discurso sobre el terrorismo, tal como lo suscribe la prensa colombiana tras la ruptura del Caguán, es siempre un discurso "contra" el terrorismo. Cuando *El Tiempo* afirmaba contundentemente que Las FARC eran terroristas (*El Tiempo*, 2002b), o que habían hecho un tránsito "hacia el terrorismo" (*El Tiempo*, 2002c), estaba construyendo discursivamente al actor armado como "Otro" radicalmente diferente y moralmente malo que debía ser combatido. Con la ruptura de los diálogos, el terrorismo deja de ser una posibilidad y se convierte en una realidad (al menos en el ámbito discursivo); ya no opera como una "amenaza" o una "presión política", sino como una etiqueta que marca la exclusión.

Este discurso es también de tipo identitario y segregativo, puesto que establece una división radical entre un "nosotros" y un "Otro". En este sentido, el terrorista se presenta como la contraparte de una comunidad internacional a la que el gobierno nacional y la prensa colombiana pretenden adscribir; una alianza mundial contra el "terror" liderada por Estados Unidos (*El Tiempo*, 2002c).

Desde esta perspectiva, el señalamiento de las FARC como terroristas tiene la connotación de un acto de expulsión. Se les considera un "Otro" ajeno a los colombianos y mucho más cercano a las redes internacionales del crimen. De allí la alusión que hiciera *El Espectador* (2001c) a la relación entre las FARC e IRA a finales de 2001. Esto explica también la referencia constante a la comunidad internacional y al respeto del DIH en estos primeros artículos contra el terrorismo:

Hay que decir con preocupación que las FARC, al volver a apelar a la aeropiratería para secuestrar a un senador, han desconocido una vez más las normas de varias convenciones internacionales (Tokio, La Haya, Montreal y Nueva York) que condenan el apoderamiento ilícito de aeronaves, los actos contra la seguridad de la aviación civil y la toma de rehenes. Con esto, las FARC le han dado un bofetón en la cara a la comunidad internacional, a la que le queda muy difícil compartir la Mesa con unos aeropiratas. (...) Aviones y ambulancias son emblemas de lo que el DIH prohíbe atacar. Difícil alimentar aquel sueño de que nunca es más oscura la noche que al amanecer. Las FARC han querido prolongar esa larga noche y pasarán muchos años –y muchos muertos- antes de ver el amanecer (*El Tiempo*, 2002a, p. 1-14).

Las guerras del siglo XX estaban sustentadas en el Estado-nación, ellas solían ser guerras externas entre Estados o guerras internas por la construcción

o alteración de un Estado. En el siglo XXI, sin embargo, este esquema interpretativo parece haberse modificado sustancialmente. La globalización permite imaginar comunidades mucho más grandes, y por tanto, también genera enemistades más grandes, al punto en que una guerra contra la civilización occidental comienza a ser posible en la imaginación de muchos gobernantes.

Esta tesis fue esgrimida originalmente por Samuel Huntington (2005) en su libro "El choque de civilizaciones", y ha sido retomada en el análisis del cubrimiento periodístico sobre el terrorismo después del 11 de septiembre. A juicio de Kellner (2002), por ejemplo, los medios estadounidenses e internacionales asumieron un código de interpretación binario y simplificador para explicar los atentados del 11 de septiembre, el cual opone radicalmente los terroristas a la "civilización". Este cambio también modificó el lenguaje utilizado por la prensa nacional colombiana para describir la otredad. "Comunidad internacional", "democracia", "derechos humanos" y "DIH" se volvieron el "nosotros" identitario a partir del cual se señaló al terrorista como un "Otro" externo, amenazante y diferente.

Durante el gobierno de Andrés Pastrana la prensa ayudó a crear y difundir tres discursos polarizantes de tipo identitario que hacían de los grupos guerrilleros, en particular de las FARC, un "Otro" diferente y extraño. El primero de ellos oponía un país idealizado de colombianos pacifistas a un actor armado que disfrutaba la guerra y la usufructuaba; el segundo oponía la "clase media" colombiana que apoyaba a las AUC a la "base desclasada" y rencorosa de la guerrilla; el tercero imaginaba a una comunidad internacional respetuosa del DIH y los valores democráticos, enfrentada a una red internacional de terroristas.

De estos tres discursos, fue el tercero el que estructuró finalmente en la prensa nacional la imagen de las FARC como enemigos del país, pese a haber sido desarrollado en mucho menos tiempo que los otros dos. Según Ottosen (1995), los grandes cambios en la escena internacional pueden hacer que las imágenes del enemigo existentes en la prensa se desvanezcan o cambien abruptamente. Esto se explica en gran medida por la capacidad simbólica que acompaña al poder político de las élites.

En el caso colombiano, el viraje de la política exterior de Estados Unidos hacia la guerra antiterrorista ayudó a hacer de esta un nuevo esquema interpretativo del conflicto armado, basado en la división radical entre "civi-

lización" y "terrorismo". Los otros dos discursos identitarios y segregativos desarrollados en este periodo no desaparecieron, sino que quedaron subordinados al discurso más fuerte de la lucha contra el terrorismo. La revista *Semana* (2002), por ejemplo, aseguró que los "actos terroristas" de las FARC (el secuestro del avión de Aires) no se oponían a ningún acuerdo firmado en la mesa con el gobierno, sino al "espíritu de reconciliación nacional" con que dichos acuerdos se habían firmado. "La opinión pública, que entiende más de símbolos que de jurisprudencia, no concebía cómo un jefe de Estado se dejaba poner conejo y manosear de esa forma" (pp.26-31).

La nueva imagen del enemigo que había sido creada, y que señalaba a las FARC como una amenaza terrorista para el país y la comunidad internacional, quedó vívidamente plasmada en el editorial de *El Tiempo* (2002a) del 21 de febrero de 2002, titulada "¿Para qué esperar al 7 de abril?" En ella el periódico llamaba al gobierno nacional a atacar con contundencia a las FARC sin mayores dilaciones. A su juicio, este actor armado había decidido asumir las consecuencias de una "confrontación abierta contra el país entero"; sus acciones terroristas constituían "un abierto desafío a los colombianos" que debía ser enfrentado "con las armas de la República" (p.1-14).



Capítulo Cinco

Radicalización de la enemistad: horror, crueldad y humillación

El concepto "imagen del enemigo", tal como aparece esbozado en las obras de Mc Nair (1988), Rieber y Kelly (1991) y Fiebig-Von Hase y Lehmkuhl (1997), suele utilizarse en dos sentidos distintos. Desde una perspectiva cognoscitiva o psicológica, el concepto alude a la percepción altamente negativa que una persona o un grupo de personas tiene sobre un "Otro" al que catalogan como peligroso y diferente. A ese contenido mental se llega, como se vio en los capítulos anteriores, mediante procesos discursivos y culturales que afianzan la desconfianza y fomentan la segregación.

Por otra parte, en un sentido material y empírico, el concepto "imágenes del enemigo" también se utiliza para designar los textos, las caricaturas, las fotografías y demás objetos en los que se concreta esa percepción negativa del "Otro". Las oficinas de propaganda militar y la prensa son productores sistemáticos de "imágenes del enemigo" en sentido material, pues parte de

su trabajo consiste precisamente en transformar la desconfianza y la segregación en objetos que puedan ser difundidos, visualizados, procesados y, por fortuna, también criticados. Hay dos sentidos entonces: "imagen del enemigo" en su acepción cognoscitiva, como percepción particularmente negativa del "Otro"; e "imágenes del enemigo" en su acepción material y empírica, como manifestación objetiva de esos contenidos mentales a través de objetos perceptibles.

En su sentido material, las "imágenes del enemigo" que circulan por la prensa son la expresión de las percepciones que los periodistas tienen sobre el conflicto armado. Cuando *El Tiempo* (2003) describe a las FARC como "criminales, crueles y cobardes" en su editorial del 9 de febrero de 2003, manifiesta su percepción altamente negativa y polarizada del grupo guerrillero. Esta descripción, impresa en miles de periódicos que circulan nacionalmente, alimenta a su vez la imaginación de los lectores y fomenta en ellos una valoración igualmente negativa. De allí la importancia política que los actores bélicos le confieren a todo lo que los medios masivos de comunicación dicen sobre ellos. Su anhelo probablemente fuera controlar directamente los imaginarios de la población, pero ante la imposibilidad de hacerlo, se conforman con intentar manipular las "imágenes del enemigo" que circulan por los medios.

En los primeros años del gobierno de Andrés Pastrana, cuando comenzaban a construirse y consolidarse los discursos segregativos hacia las FARC, las "imágenes del enemigo" en sentido material no eran ni tan comunes ni tan evidentes, pues la percepción negativa del actor armado estaba apenas consolidándose. Aunque los periodistas sintieran un enorme desagrado hacia el grupo guerrillero, se cuidaban de no hacerlo demasiado explícito en sus textos. Sin embargo, a partir del rompimiento de los diálogos del Caguán en febrero de 2002, la prensa comienza a sobrecargarse de diagramaciones belicistas, títulos agresivos, metáforas peyorativas y demás expresiones visuales que ayudan a radicalizar la enemistad.

Radicalizar significa en este contexto acentuar y enfatizar los rasgos fundamentales de la enemistad (peligrosidad y alteridad identitaria), hacerlos mucho más evidentes en las piezas periodísticas. Durante los dos gobiernos de Álvaro Uribe y el primer gobierno de Juan Manuel Santos puede apreciarse una prensa explícitamente parcializada, que tiene entre sus objetivos claros la descalificación permanente de las FARC. Con cada acción bélica que estas realizan, la prensa intensifica sus vituperios.

Esta radicalización no es un proceso lineal; existen baches y retrocesos, momentos en los que las acusaciones y los señalamientos menguan, como también existen ocasiones en las que la descalificación parece alcanzar niveles inusitados. Son variaciones con respecto a la intensidad de la difamación en contra de las FARC, más no frente a su condición de enemigo. Una vez que se han consolidado las dimensiones securitaria e identitaria de la enemistad, la percepción del actor armado como un "Otro" diferente, extraño y peligroso tiende a decantarse en el imaginario y varía poco en el corto plazo, se convierte en un presupuesto que la prensa acepta y no cuestiona, y a partir del cual lee e interpreta el desarrollo del conflicto armado.¹⁶

Ahora bien, lo anterior no significa tampoco que la "imagen del enemigo", en su sentido cognoscitivo, se torne permanente e inmodificable. Como construcción cultural, social e histórica, toda percepción de enemistad es susceptible de transformarse. Este es un punto en el que la teoría de las "imágenes del enemigo" se distancia sustancialmente de la propuesta de Carl Schmitt (1987). De hecho, desde 2012 la percepción de las FARC como enemigo número uno de Colombia comenzó a disolverse paulatinamente, conforme se desarrollaba el proceso de negociación con Juan Manuel Santos y tomaban fuerza nuevamente las ideas de la paz y la reconciliación nacional.

En Colombia, la "imagen del enemigo" ha demostrado ser una construcción cambiante, aunque también cíclica y repetitiva. Estas son precisamente las características que hacen de ella un instrumento políticamente útil, pues puede construirse o desbaratarse al calor de la coyuntura política. Entre 2002 y 2013 la radicalización de la imagen del enemigo siguió dos patrones distintos, caracterizados ambos por una valoración extremadamente negativa de las FARC:

1. Durante el primer mandato de Uribe, particularmente en el año 2003, el discurso periodístico se alinea con el gobierno y reproduce su idea de una guerra patria contra el terrorismo. El enemigo es altamente peligroso debido a su fortaleza militar y a los atentados que produce;

16 Que las FARC son una organización terrorista es una afirmación sobre la cual la prensa no parece tener la menor duda desde 2002, como sí la tuvo en los meses inmediatamente posteriores a los atentados del 11 de septiembre de 2001. Prueba de esta "decantación" de la enemistad es que la voz del actor armado ilegal desaparece casi por completo de los periódicos y deja de ser utilizada como fuente noticiosa durante los dos gobiernos de Álvaro Uribe y parte del primer gobierno de Juan Manuel Santos. Su visión del conflicto es proscrita del espectro informativo, una situación muy diferente a la de los diálogos del Caguán, cuando eran consultados y citados asiduamente por los periodistas.

pero es también marcadamente diferente con relación a ese pueblo patriótico que anhela la victoria y que se encomienda a la figura del líder. La crueldad parece ser un aspecto central de la descripción del enemigo en este periodo.

2. Durante el segundo mandato de Uribe y el primer gobierno de Santos, comienzan a producirse éxitos militares del gobierno que reducen significativamente la composición del Estado Mayor de las FARC. Esto produce algunas variaciones en las imágenes del enemigo que circulan en la prensa nacional, pues la percepción de peligrosidad disminuye significativamente. Sin embargo, tal disminución no reduce sino que intensifica la segregación identitaria. La prensa describe entonces un enemigo humillado, reducido, acabado, pero igual de extraño y despreciable.

Las FARC completan su tránsito hacia el terrorismo

Las FARC respondieron a la disolución de los diálogos del Caguán y a la elección presidencial de Álvaro Uribe Vélez con una serie de ataques en varios centros urbanos del país. El primero de ellos fueron las dos explosiones registradas durante la posesión de Uribe, a pocos metros del Congreso de la República. Le siguieron la bomba del Club El Nogal en Bogotá, el 7 de febrero de 2003, y el estallido de una casa-bomba en Neiva, tan solo 7 días después. Con estos atentados, la prensa recordó las advertencias que habían hecho las FARC 19 meses atrás, en medio de las acaloradas discusiones del Caguán: "En la selva solo quedarán ratones, dantas, pavas y paujiles. Los guerrilleros se van pa' las ciudades" (*El Tiempo*, 2003f, p.1-4).

La idea de que el grupo guerrillero se había sofisticado y había decidido llevar la guerra a las ciudades acrecentó significativamente la percepción de peligrosidad que se tenía de él. La amenaza parecía ahora inminente, y fue común que se recordaran los nefastos años de la guerra contra Pablo Escobar y los carteles del narcotráfico. Frente a los atentados de El Nogal, por ejemplo, la revista *Semana* (2003) afirmó:

Las dimensiones del ataque hacen pensar que Colombia puede estar, como lo dijo Justo Pastor Rodríguez, director nacional de Fiscalías, a las puertas

de una nueva ola de terror como la que soportó el país en los tiempos de la demencial batalla contra la extradición (pp.24-29).

A la semana siguiente, la revista utilizó nuevamente la analogía en su reportaje sobre la explosión en Neiva:

No terminaron de recogerse los escombros del Nogal, cuando el 14 de febrero, otra vez las FARC hicieron estallar una casa de un barrio popular de Neiva junto al aeropuerto. El Saldo: 16 muertos, entre ellos cuatro niños, 30 heridos y 70 casas destruidas (...) Desde los tiempos tenebrosos del narcoterrorismo los colombianos no vivían una semana tan desoladora (*Semana*, 2003b, pp.28-29).

Desde el punto de vista periodístico, la comparación con la violencia de los carteles de la droga era un reconocimiento de la magnitud de la amenaza que se cernía sobre el pueblo colombiano. Los atentados en la semana del 7 al 14 de febrero de 2003 son para la prensa la confirmación de que las FARC se habían convertido en el nuevo enemigo nacional, una posición que según Hurtado Vera y Lobato Paz (2009) ningún actor había ocupado plenamente desde la muerte de Pablo Escobar.

El primer efecto que tuvieron los atentados de 2002 y 2003 fue un aumento significativo en la percepción de peligrosidad del grupo guerrillero (dimensión securitaria de la imagen del enemigo), el cual quedó vívidamente plasmado en los reportajes de la prensa. Títulos como "Viernes negro" (*Semana*, 2003, p.24), "Pánico en Bogotá" (*El Tiempo*, 2003, p.1-4), "Holocausto en El Nogal" (*El Espectador*, 2003a, p.2A) y "Devastado barrio de Neiva" (*El Tiempo*, 2003d, p.1-2), tenían como fin recrear el ambiente de zozobra y temor creciente que vivía la población. El miedo y la destrucción fueron los principales ejes narrativos que utilizó la prensa nacional para describir lo que sucedía. Adicionalmente, se acompañó la información escrita con fotografías y diagramaciones alarmistas que no solo retrataban el caos sino que también contribuían a engrandecer la peligrosidad de las FARC y el temor de los lectores.

En el artículo "Ofensiva terrorista", por ejemplo, la revista *Semana* (2003b) publicó en doble página y a todo color las escenas de la explosión en Neiva. El fuego en las letras del título y el marco rasgado de las fotografías eran detalles que excedían los objetivos meramente informativos. Su función era alertar a los lectores, transportarlos a la escena, recrear en ellos el miedo a un enemigo que había comenzado sus ataques.



(Semana, 2003b, pp.26-27)



(Semana, 2003b, pp.26-27)

Para las FARC, el uso del terrorismo como instrumento de guerra suponía ventajas y riesgos. El aumento de la percepción de peligrosidad le permitía posicionarse como un actor militarmente fuerte, lo cual le había ayudado a presionar un proceso de diálogo durante el gobierno de Pastrana. Sin embargo, en el nuevo contexto internacional los costos de legitimidad eran incomparables. El terrorismo no solo impactaba cuantitativamente en la visibilidad del actor armado, sino también cualitativamente.

En Colombia se han esgrimido al menos tres hipótesis para tratar de explicar por qué las FARC decidieron utilizar esta modalidad de violencia y asumir sus costos: por una necesidad de esconder su debilidad militar, por una mezcla de crecimiento militar con pérdida de sentido político, o por las utilidades estratégicas que confería, pues el terrorismo maximizaba su potencial de desestabilización (Pizarro, 2004). La primera de estas hipótesis



(Semana, 2003, pp.24-29)

es compartida por Palacios (2012), quien asegura que desde los años 90 a las FARC les interesó fabricar una imagen de sí mismas como actor peligroso, con el objetivo de solventar sus vacíos en el campo de batalla.

Además de profundizar la dimensión securitaria de la enemistad, los ataques de las FARC también radicalizaron las divisiones identitarias. En este periodo la prensa distingue claramente y de manera enfática la oposición entre un "Otro", lugar que ocupan los "terroristas" de las FARC, y un "nosotros", del cual hacen parte tanto el pueblo colombiano como la comunidad internacional.

En lo que respecta a la descripción del "Otro", para *El Tiempo y Semana* los atentados demostraban que el grupo guerrillero había terminado por fin su tránsito hacia el terrorismo. Al margen de todo cálculo político o bélico, las acciones de las FARC se explicaron en función de esta transformación sustancial en su naturaleza:

El Nogal y Neiva representan lo que los marxistas llaman un 'salto cualitativo' en la dinámica de la guerra, un punto de no retorno en la evolución de las FARC hacia el terrorismo (...) Estos hechos revelan los niveles a que han llegado las FARC en manejo de explosivos y los extremos inconcebibles hasta donde están dispuestas a aplicar la fórmula de 'Jojoy' de llevar la guerra a las ciudades (*El Tiempo*, 2003c, p.1-2).

La misma apreciación tenía *Semana* (2003b):

Al haber atentado en forma masiva contra civiles desarmados, las FARC entran definitivamente en otra etapa. Su metamorfosis de guerrilla sangui-naria a terroristas puros ya no es una especulación, sino un hecho sellado con sangre. La anunciada guerra urbana no eran unos petardos —o incluso misiles— contra los emblemas del poder: el Palacio de Nariño, las estaciones de Policía o las brigadas del Ejército, sino la arremetida contra la población civil. Ellos como blanco del odio; blancos fáciles e inermes para demostrar una fuerza de terror (pp.26-27).

En este caso la idea de la metamorfosis refuerza la otredad y opera como una metáfora de la segregación identitaria. El actor armado se convierte en algo diferente, irreconocible frente a su pasado y ajeno a la comunidad en la cual surgió y a la cual dice pertenecer. Transformación y expulsión parecen ir aquí de la mano.

En lo que respecta a la idea de un “nosotros”, es allí donde la radicalización muestra los signos más novedosos. Ante un enemigo que parece cada vez más aterrador, la reacción de la prensa es invocar a una mayor unidad nacional, animar al “pueblo” para que se sobreponga a las adversidades. *El Tiempo* (2003a), por ejemplo, afirma estar en actitud de apoyo solidario con las víctimas de los atentados, con el gobierno nacional “y con la inmensa mayoría de un pueblo laborioso y sano que prevalecerá contra esta cobarde y criminal violencia. El terrorismo no pasará” (p.1-20).

En este mismo sentido, *El Espectador* (2003d) asegura que “la manera de impedir que estos grupos cumplan su cometido es trabajando más duro por Colombia, con más empuje, con más ganas. Los empresarios e inversionistas no pueden flaquear en este momento, porque eso es lo que buscan las Farc: dividir a la sociedad, frenar el crecimiento económico. Eso no lo podemos permitir” (p.20A).

El “nosotros” opuesto al terrorismo se alimenta también de una alineación con el discurso gubernamental y una idealización de Álvaro Uribe como líder del pueblo colombiano. Para *El Tiempo* (2003a), la reacción de la ciudadanía ante los ataques debía ser “rodear al Presidente y a la fuerza pública, redoblar la vigilancia y la cooperación con las autoridades, endurecer el ánimo y la voluntad de combatir a un terrorismo desalmado y sin escrúpulos” (p.1-20). La misma percepción tenía *El Espectador* (2003d): “El único camino hoy es el de cerrar filas con el Gobierno y las instituciones que permitan a todos los colombianos afrontar el reto que nos han planteado los terroristas” (p.20A).

En tanto que varios de los ataques de las FARC en centros urbanos habían sido dirigidos contra Uribe, la prensa veía al presidente como la primera víctima del terrorismo (*El Tiempo*, 2003e; *El Espectador*, 2003e; *Semana*, 2003a). Esto mejoraba la imagen y el respaldo de Uribe, en la medida en que la victimización frente a los ataques de las FARC era uno de los elementos característicos de ese sentimiento de comunidad que evocaba la prensa. A esto se sumaba el hecho de que Uribe se desplazaba a todos los rincones del territorio nacional para atender las emergencias de los ataques y desarrollar sus consejos comunitarios, y con ello generaba la sensación de que estaba realmente presente en el campo de batalla, liderando al pueblo y exponiendo su seguridad en el combate.

Desde finales del siglo XIX, y a lo largo de todo el siglo XX, la psicología y el psicoanálisis trataron de comprender el rol que ocupa la idealización

del líder en la formación de identidades grupales. Al respecto, Freud (1998) sugirió que cuando las personas se reúnen en multitud se desata en ellas una tendencia hacia el contagio emocional. La admiración hacia el líder, al igual que el miedo y la angustia, son emociones que se expanden rápidamente entre las personas, generando la sensación de unidad emotiva. Este contagio emocional, dice Freud, opera de manera muy similar al complejo de Edipo, es decir, las emociones que despierta el líder son similares a las que despierta la autoridad paterna. Según Rieber y Kelly (1991), el líder del grupo

(...) se convierte en un sustituto del padre; esta identificación común conectaba a los miembros del grupo unos a otros y formaba las bases de la identidad del grupo como un todo. La agresión contra el líder, el otro lado de la ambivalencia edípica original hacia el padre, se volvía entonces tabú y tenía que ser descargada en los forasteros [*outsiders* en el original] (p.11).

Esta tesis se ilustra bien en la actitud que la prensa nacional colombiana asumió con relación a Uribe durante 2003. Ese año no solo apoyó explícitamente su gestión, sino que además apeló a él con cierto tono paternalista; con una actitud de súplica pedía al presidente que los protegiera y orientara en la dura tarea de combatir a los terroristas. Un ejemplo claro de lo anterior se encuentra en un artículo publicado por *El Espectador* el 9 de febrero de 2003, el cual pretendía recoger las voces de las víctimas de El Nogal. El periodista que lo escribió decidió titular el artículo con una elocuente cita tomada de uno de los entrevistados: "Presidente: acabe con esos hijuemadres" (*El Espectador*, 2003b, p.5A)¹⁷.

La autoafirmación identitaria del pueblo unido contra el terrorismo también fomenta un ánimo belicista. Los adjetivos descalificativos hacia las FARC están acompañados por un llamado metafórico a la batalla y una promesa de victoria. La prensa no solo cree firmemente que todos los colombianos (y no solo las Fuerzas Militares) están en guerra contra el terrorismo, sino también que van a ganarla. En su editorial del 9 de febrero de 2002, en el que

17 El artículo, como muchos otros de la época, hacía del presidente Uribe el centro de la noticia. Qué hacía el líder, dónde y cómo eran temas tan noticiosos como el atentado mismo. De allí el *lead* del artículo: "El presidente Álvaro Uribe Vélez llegó a la calle 76 con carrera 7ª a las 11:45 de la noche del pasado viernes. Pero fue imposible que sus carros de seguridad y sus escoltas lo acercaran hasta el sitio donde pretendía llegar. Entonces, como pudo, caminó unos 80 metros y se encontró con la tragedia" (*El Espectador*, 2003b, p.5A).

reaccionaba a los atentados de El Nogal (y que fue titulado elocuentemente "Todos contra el terrorismo"), *El Espectador* (2003c) anunciaba el fracaso inminente del enemigo:

Los terroristas (...) han de saber que nada será capaz de doblegar a la sociedad colombiana y a su democracia. En el pasado fracasaron los narcoterroristas que creyeron que podrían imponer sus reglas de corrupción y anarquía contra Colombia y lo único que encontraron fue una celda o una tumba (p.16A).

Una semana después, el mismo periódico confirmó su posición cuando reaccionó ante la explosión en Neiva: "Por mucho daño que causen, las Farc ya están derrotadas en la conciencia de un país unido frente a la agresión, lo mismo que en el corazón de cada colombiano que siente rabia por tanta maldad inútil" (*El Espectador*, 2003d, p.20A). Que la autoafirmación identitaria no gire en torno a la paz, como sucedía durante el gobierno de Andrés Bistrana, sino en torno a la victoria bélica sobre el enemigo, demuestra hasta qué punto la prensa había polarizado su percepción del conflicto armado.¹⁸

Este optimismo belicista no se opaca ni siquiera con los fracasos militares del gobierno. Cuando el intento de rescate del exministro de defensa Gilberto Echeverri Mejía y el gobernador de Antioquia Guillermo Gaviria Correa terminó con el asesinato de ambos secuestrados a manos de las FARC, el episodio no fue percibido como un fracaso militar, sino como una demostración de la crueldad del grupo guerrillero. Lejos de minar la esperanza de la victoria, se profundizó la división identitaria al descargar la culpa en el "Otro":

Su muerte no debe dejar lugar a dudas: más allá de las circunstancias particulares en que se produjo esta tragedia, la responsabilidad primaria y directa es

18 La esperanza de derrotar a las FARC estaba sustentada en el clima de optimismo con el que empezó la presidencia de Álvaro Uribe. Una de las primeras medidas que tomó al iniciar su gobierno fueron las caravanas viajeras del Plan Soberanía, un conjunto de recorridos que el Ejército hacía por las principales carreteras del país durante puentes festivos y vacaciones para inspirar seguridad y fortalecer el turismo. Este sector de la economía se había visto seriamente afectado por el aumento de la peligrosidad de los actores armados ilegales. El Plan Soberanía llena de optimismo a la prensa nacional y es interpretado como una luz en medio de un contexto marcado por el estigma de la violencia y el desasosiego de la guerra. Con el lema "Vive Colombia, viaja por ella", el Plan Soberanía buscaba garantizar que los colombianos pudieran "volver a transitar por los rincones del país, sin temor a acciones terroristas" (*El Espectador*, 2003g, p.5A).

de quienes los secuestraron y los pusieron en una situación en la que su vida corría –como la de todos los secuestrados en Colombia- constante peligro (*El Tiempo*, 2003h, p.1-14).

La percepción de los familiares de las víctimas, por supuesto, era muy diferente. Fueron ellas las que comenzaron a oponerse a los rescates militares y a clamar por un acuerdo humanitario. En principio, la prensa no acogió estas demandas y prefirieron, al igual que el gobierno, culpabilizar a las FARC y movilizar la indignación nacional (*El Tiempo*, 2003g). La revista *Semana* (2003c) presentó una descripción detallada de esta reacción de la opinión pública:

Quando lo obvio era que el país se dedicara a debatir las causas del fracaso de semejante operación militar, como ha ocurrido en otros países en circunstancias similares, la opinión cerró filas en torno al presidente. Para contrarrestar la tesis de las Farc el primer mandatario dijo que las Fuerzas Militares no dispararon ni un solo tiro y que toda la responsabilidad era de las Farc. Era una defensa innecesaria, porque así hubiera habido combates, la responsabilidad de cualquier secuestrado muerto es de las Farc y no del Estado (pp.24-34).

En conclusión, durante el año 2003 se profundizó tanto la percepción de peligrosidad de las FARC como el discurso identitario y segregativo de la prensa. Este último distinguía entre un grupo guerrillero que había completado su "tránsito hacia el terrorismo", y un pueblo colombiano patriótico, unido, en posición guerrera y con Uribe Vélez a la cabeza. En este año el enemigo parecía enorme, amenazante, particularmente cruel y despiadado. De allí títulos como "La brutalidad y el canje" (*El Espectador*, 2003f, p.24A), "Criminales, crueles, cobardes" (*El Tiempo*, 2003a, p.1-20), "Mentes pequeñas, fusiles grandes" (*El Espectador*, 2003d, p.20A), u "Holocausto en el Nogal" (*El Espectador*, 2003a, p.2A).

A esto se sumó también una apelación permanente y reiterativa a la comunidad internacional, que se expresaba en afirmaciones como las siguientes: "En este esfuerzo de lucha global contra el terrorismo, Colombia, al igual que los Estados Unidos, requiere el apoyo internacional. Por desgracia para nosotros ya tuvimos nuestro 11 de septiembre y esto debe encender todas las alertas" (*El Espectador*, 2003c, p.16A), o "que el mundo tome medidas para ayudarnos de verdad" (*El Espectador*, 2003, p.4A).

La apelación de la prensa al ámbito internacional iba en concordancia con los intereses del gobierno. Uribe buscó que los demás países de la región, Estados Unidos, la Unión Europea y algunos organismos internacionales manifestaran su rechazo a las FARC. De hecho, una de las primeras acciones que realizó el mandatario tras los atentados de El Nogal fue una gira diplomática con la que consiguió declaraciones que fueron reproducidas por los medios de comunicación, como la que emitió la Unión Europea: "Colombia no está sola en su lucha contra el terrorismo. Este es un combate que reúne a todas las naciones libres y democráticas en contra de la violencia y la intolerancia", dice el comunicado de la UE, firmado por el presidente de la Comisión Europea, Romano Prodi, a nombre de los 15 países" (*El Tiempo*, 2003b, p.1-6).

Una de las particularidades del discurso antiterrorista es que no solo refuerza la idea de un "nosotros" nacional, sino que también moviliza una presunta identidad internacional. Se supone que la guerra que se enfrenta no es exclusiva del pueblo colombiano sino de todo el mundo. Esto fomenta también el optimismo y facilita el respaldo de los medios de comunicación a las decisiones del gobierno, pues a ellos les resulta difícil cuestionar una causa que se presenta como común a "todas las naciones libres y democráticas" (*El Tiempo*, 2003b, p.1-6), más aún si se tiene en cuenta que libertad y democracia son también los pilares del modelo de prensa liberal que existe en Colombia.

En lo concerniente al enemigo, la constante apelación a la comunidad internacional facilita la "externalización", es decir, la caracterización del "Otro" como un actor que no pertenece a Colombia y que actúa por fuera de los límites geográficos con los que se identifica el pueblo colombiano. Esto se puede hacer de manera literal, mediante el señalamiento de los contactos internacionales de las FARC. En su artículo "La 'sofisticación' de las Farc", por ejemplo, *El Tiempo* (2003f) se refería a la seguidilla de atentados terroristas de 2003 en los siguientes términos:

Todas las pesquisas de los organismos de seguridad del Estado explican el cambio con dos nuevas estrategias de la guerrilla. Una, la creciente importación de técnicas de organizaciones como Eta (de España) y el Ira (Irlanda). Y la otra, la puesta en funcionamiento de los comandos élite urbanos (p.1-4).

Otra manera en que se puede externalizar al enemigo es retórica, mediante su comparación con algunos de los blancos de la lucha internacional contra

el terrorismo. Al cubrir la explosión de El Nogal, por ejemplo, la revista *Semana* (2003) se expresó en los siguientes términos:

Las escenas del Club El Nogal evocaban más a Bin Laden y a Telaviv que al tradicional conflicto colombiano (...). Si la responsabilidad fuera de la guerrilla esto significaría que ha llegado a un nivel de demencia más propio del fanatismo religioso del Medio Oriente que del tradicional conflicto colombiano (pp.24-29).

De manera similar, *El Tiempo* (2003c) hablaba de la "binladenización" de las FARC, cuyos atentados calificaba de inesperados y diabólicos:

Esta ya no es la misma guerra. Guardadas las debidas proporciones, lo sucedido en los últimos días es al conflicto colombiano lo que las Torres Gemelas han sido a la situación mundial. Hay un antes y un después. Y ese después es lo que estamos comenzando a vivir los colombianos (p.1-2).

La exteriorización pretende hacer del miedo y del terror experiencias que se pueden delimitar territorialmente (Robin, 2009). En palabras de *Semana*, imágenes de devastación como las de El Nogal le corresponden a Telaviv, no a Bogotá (*Semana*, 2003). Para esta revista, el territorio natural donde el terror reside y se manifiesta con normalidad es Oriente Medio, no Suramérica.

En el siglo XVIII Montesquieu consideraba también que el terror era algo ajeno al continente europeo y lo situaba particularmente en Asia (Robin, 2009). Casi tres siglos después la revista *Semana* y el periódico *El Tiempo* repetían el mismo esquema de análisis. La consecuencia básica de esta interpretación es que, mediante un movimiento retórico, se hace del enemigo un invasor, aunque sus orígenes y sus acciones sean tan colombianos como la prensa nacional.

Un breve interludio

Entre 2005 y 2007 no hubo muchos otros ataques de las FARC que alcanzaran el nivel de recordación que tuvo el atentado de El Nogal. Tampoco hubo fracasos militares al estilo del rescate fallido del exgobernador de Antioquia que pudieran movilizar la indignación nacional, o éxitos que alimentaran la

esperanza de la victoria. El Plan Patriota, que había sido lanzado el 25 de abril de 2004 con la promesa de golpear al Estado Mayor del Bloque Oriental (EMBO), bastión y punta de lanza de las FARC, no había logrado los resultados deseados, y la efectividad del Plan Colombia comenzaba también a despertar dudas en Washington.

Lo anterior generó una percepción de estancamiento del conflicto armado, motivada en gran parte por un enemigo que no desaparecía pero tampoco lanzaba golpes mortales, y un gobierno nacional que no lograba materializar sus promesas de victoria inmediata. Esta percepción quedó vívidamente retratada en el artículo "¿Por qué apenas ahora? ¿Se agotaron las otras dos batallas?" de Luz María Sierra, jefe de redacción del periódico *El Tiempo*, publicado el 23 de marzo de 2006. En él, se hacía el siguiente balance:

Las dos primeras grandes batallas contra las FARC (Plan Patriota y Plan Colombia) se han venido estancando y ya sería hora de entrar en una tercera arremetida (...) además del desgaste que estarían demostrando ambas fases de la guerra contra las Farc, ahora hay un agravante: la guerrilla, luego de aguantar toda la arremetida de los tres primeros años (...) parecen estar reacomodándose y reagrupándose (Sierra, 2006, p.1-2).

Esta sensación de estancamiento en materia de guerra coincidió también con varios procesos noticiosos que restaron protagonismo a las FARC. El primero de ellos fue el desarrollo del proceso de desmovilización de las AUC, que había logrado encumbrarse hasta los primeros lugares de la agenda mediática. Adicionalmente, el gobierno nacional debió afrontar dos escándalos graves: la parapolítica y las interceptaciones ilegales a la oposición. La semana del 20 al 26 de mayo de 2007 fue paradigmática en ese sentido. Fueron tantos los escándalos que quedó poco espacio para dedicarle al enemigo. En ella coincidieron la versión libre de Mancuso en la que daba a conocer algunas de las relaciones de funcionarios del alto gobierno con los paramilitares, las revelaciones de *Semana* sobre las actividades delictivas de desmovilizados de las AUC, las órdenes de captura contra congresistas y políticos por la "parapolítica", y el retiro de doce generales de la Policía por interceptaciones ilegales (*El Espectador*, 2007).

Ante los escándalos que tenían que ver con las FARC, como el atentado de El Nogal, la respuesta de la prensa fue particularmente emotiva, estuvo cargada de indignación. Los escándalos del gobierno, sin embargo, fueron

tramitados de manera diferente: la prensa no llamó a la movilización general sino a la reflexión, la calma y la "serenidad". Frente a la parapólitica, por ejemplo, *El Espectador* (2006a) afirmó:

Por fortuna, el presidente Uribe salió al paso en sus entrevistas radiales para asegurar que ninguna de esas salidas absurdas está en su agenda. Lo que los colombianos de bien y la comunidad internacional están esperando es que el país demuestre que puede tramitar sus dilemas por el cauce institucional, aunque la cauterización de esa herida tanto tiempo sin ser tratada provoque dolores (p. 14A).

Uribe asumió como estrategia para tramitar estos escándalos la tercerización de las responsabilidades y la minimización de su gravedad, en otras palabras, los presentaba como males menores y corregibles, pequeñas "cositas" que no podían opacar las grandes ventajas de un pueblo unido contra el terrorismo (*El Espectador*, 2007). Con ello intentaba mantener intacta su figura como "líder de guerra" y la legitimidad de su gestión, que como se vio anteriormente, eran parte integral de la polarización identitaria de la prensa en contra de las FARC.

Esta respuesta serena de la prensa no quiere decir, sin embargo, que los escándalos del gobierno no hayan tenido efectos importantes. En los años siguientes la prensa conservó su respaldo a la guerra antiterrorista, pero sin la admiración casi idealizada de Uribe como líder del pueblo colombiano. El vínculo identitario entre prensa y gobierno se comenzó a fisurar significativamente. Esto fue notorio, por ejemplo, en la manera en que *Semana* cubrió el tema de las "chuzadas" ilegales del DAS, y que le valió algunas acusaciones acaloradas del mandatario; o en el apoyo explícito que *El Espectador* le dio a la búsqueda de un acuerdo humanitario después de 2008.

En medio del estancamiento informativo de la guerra antiterrorista y los escándalos de los paramilitares y el gobierno, las imágenes del enemigo comenzaron lentamente a perder intensidad en comparación con los años 2002 y 2003, cuando habían alcanzado su punto de mayor radicalización. Esta pérdida de intensidad implicó una revisión de las descripciones y apelativos con los cuales se aludía a las FARC, en particular en lo referente a la supuesta "pureza" (*Semana*, 2003b) de su naturaleza terrorista. En marzo de 2006, por ejemplo, el gobierno de Estados Unidos declaró que las FARC eran el cartel más grande del mundo. Aunque en años anteriores *El Espectador* (2003c)

había hecho una comparación similar, en esta oportunidad la postura del periódico fue diferente:

Aunque Pablo Escobar, los capos del Cartel de Cali, Tirofijo, Raúl Reyes, Timochenko y el Mono Jojoy tienen en común ser culpables de múltiples horrores, no se puede desconocer que la guerrilla es algo más complejo que una mera organización de narcotraficantes y que tienen –así esté menoscabada- una dimensión política y militar que debe ser tenida en cuenta tanto para combatirla como para negociar con ella.

Si la simplificación de los actores armados como mera amenaza terrorista –que tampoco son solamente eso- significa renunciar a un conjunto de herramientas de política útiles para combatirlos en distintos ámbitos (militar, policial, financiero –porque no sólo se financian con droga-, político y social), la denominación de las Farc como un cartel no sólo aplaza aún más las posibilidades de una negociación, sino que también conspira contra la posibilidad de derrotarlas (*El Espectador*, 2006, p.14A).

En este ejemplo, *El Espectador* realiza una inusual crítica sobre la simplificación que supone reducir a las FARC al papel de "terroristas puros", lo cual fue bastante común durante 2002 y 2003, tanto para el gobierno como para la prensa. La simplificación y la idealización del líder, que fueron elementos constitutivos de la "imagen del enemigo" en años previos, comenzaron a diluirse con el estancamiento informativo de la guerra antiterrorista y los escándalos del gobierno.

Lo anterior parece sugerir que las imágenes del enemigo, al menos en el caso de la prensa, se alimentan de golpes de opinión. No importa que se trate de un fracaso militar, de un atentado terrorista o de un secuestro; para que la radicalización se mantenga y se exprese es necesario que haya hechos noticiosos que movilicen la indignación.

Los golpes de opinión son una oportunidad para radicalizar, polarizar y dividir. En este sentido, el peor escenario para la producción de "imágenes del enemigo" es que no pase nada, o que pase mucho pero en relación con otros actores, pues con ello el enemigo pierde posición en la agenda noticiosa. De igual forma, lo peor que puede pasarle a los actores armados desde el punto de vista de la opinión pública es que la guerra no acontezca, que no rompa la cotidianidad de los civiles y que no figure en la agenda noticiosa, pues con ello pierden la posibilidad de legitimarse y deslegitimar a sus contrincantes.

Cuando se ha construido un discurso identitario y segregativo que relega a un actor armado a la otredad, la reacción primera de la prensa ante cualquier acción de dicho actor es la aversión, el rechazo y la movilización emocional de los lectores. Si los ataques terroristas o los fracasos militares se suceden con diferencia de horas, días o semanas, la prensa no tiene tiempo para procesar ninguna explicación diferente al discurso que ya tiene aprendido: el de la división radical entre amigos y enemigos, nosotros y ellos. Si el enemigo deja de ser noticia constante, por el contrario, se gana un poco más de tiempo para la reflexión, como sucede en el ejemplo de *El Espectador*. La intensidad de las "imágenes del enemigo" puede así reducirse.

Indignación y crueldad del enemigo

Este interludio en el proceso de radicalización de la prensa se terminó de manera dramática en 2007, cuando fueron asesinados 11 diputados del Departamento del Valle que habían sido secuestrados en 2002. Ante el hecho, la prensa retomó su tendencia generalizada hacia la descalificación de las FARC. *El Tiempo*, *El Espectador* y *Semana* procuraron remarcar que el grupo guerrillero era el único responsable de lo acontecido:

La primera reacción ante la noticia (...) es de indignación y de horror. Y de repudio y condena sin ambages a sus secuestradores, las Farc, primeros y últimos responsables de la trágica suerte de estos inocentes colombianos que llevaban cinco años secuestrados. Y de los demás rehenes, que mantienen en calidad de mercancía humana (*El Tiempo*, 2007, p.1-14).

Las FARC son las únicas responsables del horrible asesinato a sangre fría de los diputados del Valle que ha conmocionado al país esta semana. Es algo apenas evidente, pero no sobra repetirlo y ponerlo de presente. Ante todo porque, en medio del dolor y la rabia, hay quienes intentan –por desconcierto u oportunismo– equiparar responsabilidades con quienes quizás pudieron haber buscado caminos diferentes de solución (...) Vale la pena, pues, repetirlo aunque sea evidente: aquí no hay más culpables que los bárbaros de las FARC (*El Espectador*, 2007a, p.18A).

La otra verdad irrefutable, y que a veces se desdibuja en la intensidad del dolor y la rabia, es que la responsabilidad de esta tragedia es de las Farc: cometieron el secuestro, mantuvieron el encierro cruel y ejecutaron el sangriento desenlace (*Semana*, 2007, pp.24-29).

Esta descarga de culpas pretendía alivianar la presión sobre el gobierno, que había sido cuestionado por los familiares de las víctimas debido a su postura inflexible frente a la posibilidad de un intercambio humanitario. Palabras como "Indignación", "horror", "repudio", "condena", "dolor" y "rabia", describen un discurso fundamentalmente emocional a partir del cual las FARC fueron descalificadas como "bárbaros" y "cruels".

De manera similar, la revista *Semana* (2007) aprovechó para reforzar la idea de una Colombia unida, cuyas heridas habían comenzado a sangrar de nuevo:

Los países, como los seres humanos, son frágiles y tienen momentos que no pueden contener su dolor. Así como los familiares de los 11 diputados se estremecieron en llanto cuando supieron que habían sido vilmente asesinados (...), el país amaneció ese día con un nudo en la garganta (...) Colombia sufría en silencio. La sociedad se estremecía ante un nuevo coletazo de violencia que mostraba su cara más cruel e irracional. Fue un baldado de agua fría para el ímpetu de un país que no quiere dejarse doblegar frente a la adversidad y que vislumbra un futuro más optimista (pp.24-29).

La misma actitud de "indignación", "horror" y "rabia" volvió a presentarse de manera dramática en noviembre de 2007, cuando la Fuerza pública recuperó algunas pruebas de supervivencia de varios secuestrados por las FARC. Fue el momento en el que se dieron a conocer a la opinión pública las imágenes de Ingrid Betancourt en cautiverio, las cuales se convirtieron en un símbolo del horror y la crueldad del grupo guerrillero. Las imágenes fueron portada en *El Espectador*, *El Tiempo* y *Semana*.

La prensa nacional procuró transmitir el sufrimiento que vivían los secuestrados a través de sus fotografías y de las cartas enviadas a sus familiares. *El Tiempo* (2007b) asegura que las imágenes divulgadas indignaban "por su inhumanidad y por la desolación y la desesperanza que transpiran (...) El sufrimiento físico y moral que transmiten esas imágenes habla más que todas las palabras y es el más potente mensaje de esas «pruebas» de supervivencia, que más parecen de penitencia" (p.1-28). Por su parte, *El Espectador* (2007b) describió los rostros "desolados, tristes, demacrados y afligidos" de los secuestrados, y aseguró que eran una evidencia del "desgaste y el sufrimiento" que habían tenido que padecer por el "calvario" del secuestro.

Las noticias y editoriales sobre los secuestrados no aumentaban necesariamente la percepción de peligrosidad del grupo guerrillero, como lo hicieron



(Semana, 2007a),



(El Espectador, 2007c)

los atentados terroristas en los centros urbanos durante 2003, pero sí intensificaban su descalificación moral. El correlato del sufrimiento de las víctimas era la “crueldad”, la “barbarie” y la “inhumanidad” de unos victimarios que eran capaces de infringir los peores horrores. Tales fueron las etiquetas con que se designó a las FARC y a sus acciones. El secuestro se convirtió así en el “símbolo” de la maldad guerrillera (Semana, 2012).

La indignación que provocó el asesinato de los 11 diputados y las pruebas de supervivencia de Ingrid Betancourt y los demás secuestrados, condujo a la marcha del 4 de febrero de 2008. La manifestación congregó a millones de colombianos que se movilizaron para rechazar el secuestro, y tuvo réplicas en más de 150 ciudades del mundo. *El Tiempo y Semana* asumieron que se trataba de una clara declaración de la sociedad contra las FARC:

Hoy, el país sale a la calle a decir a una sola voz: no más Farc, no más secuestro. Todo colombiano amante de la paz, enemigo de la violencia, más allá de diferencias políticas o ideológicas, debe manifestarse hoy (...) Las Farc no son las únicas que secuestran, por supuesto, ni las únicas que practican la violencia o el terrorismo. Pero sí su manifestación más visible y poderosa, y por ello han congregado un repudio que tiene pocos antecedentes de parte del pueblo colombiano (*El Tiempo*, 2008, p.1-16).



(*El Tiempo*, 2008b)



(Semana, 2008)



(El Tiempo, 2008a)



(El Tiempo, 2008a)

La “marcha de la rabia” (*Semana*, 2008) o “la gran marcha” (*Semana*, 2008a), como la denominó la revista *Semana*, fue uno de los acontecimientos históricos que mejor expresó la radicalización de la enemistad en el discurso de la prensa. Allí se evidenció, entre llamados a la movilización, hasta qué punto se había aceptado e interiorizado la idea de que las FARC eran el enemigo común de todos los colombianos.

El “otoño” de las FARC

Entre 2008 y 2011 el gobierno nacional consiguió los éxitos militares que el Plan Patriota no había logrado obtener en sus primeros años de ejecución. En este periodo murieron en el marco de acciones bélicas “Raúl Reyes”, “Iván Ríos”, el “Mono Jojoy” y “Alfonso Cano”, todos ellos importantes cabecillas del secretariado de las FARC. Además, se realizaron dos grandes operativos de liberación de secuestrados: la Operación Jaque, en la que fue liberada Ingrid Betancourt y otros 14 secuestrados; y la Operación Camaleón, en la que fueron liberados Luis Herlindo Mendieta y otros tres miembros de la Fuerza Pública en poder de las FARC.

Todos estos hechos fueron considerados por la prensa como acontecimientos de gran impacto que auguraban la victoria final del pueblo colombiano sobre el enemigo terrorista. Las noticias y editoriales publicadas al respecto sirvieron para reforzar las divisiones identitarias creadas en los años anteriores, pero introdujeron algunos matices diferentes. Las FARC fueron descritas ya no como "peligrosas" y "terroríficas" sino como "acabadas", "derrotadas", "arrinconadas", etc. Entre más pequeño se hacía el enemigo, más crecía el ego militarista de la prensa. Desde el punto de vista retórico, lo fundamental no era ya la mera descalificación del "Otro", sino también su humillación mediante la exposición de sus debilidades.

El primer gran golpe de opinión producido en estos años contra las FARC fue la muerte de alias "Raúl Reyes" durante un bombardeo de la Fuerza Pública realizado en límites entre Colombia y Ecuador. En el cubrimiento de este hecho se estableció un patrón general de narración que la prensa replicaría en los abatimientos posteriores. El primer rasgo característico de este patrón es visual y consiste en la exposición sistemática del cuerpo del enemigo. Las impactantes imágenes fueron reproducidas por todos los grandes medios nacionales de comunicación, incluida la prensa:



(Semana, 2008b)

Al margen del debate sobre el amarillismo de las fotografías, la exposición del cadáver del guerrillero abatido era la metáfora de una cacería animal, la cual estuvo presente también en los siguientes operativos militares. El cuerpo destrozado y degradado era una evidencia de la muerte del enemigo,

pero era también un instrumento pictórico para desbaratar el imaginario de "grandeza heroica" que caracterizó a las FARC en sus orígenes (Bonilla Vélez, 2002; Bonilla Vélez & Montoya Londoño, 2003). Las imágenes estaban acompañadas de títulos que enaltecían la magnitud del acontecimiento: "Golpe Mortal" (*Semana*, 2008b) y "Golpe al corazón de las FARC" (*El Tiempo*, 2008c, p.1-1), fueron algunas de las expresiones utilizadas.

Una semana después se dio a conocer el asesinato de alias "Iván Ríos" a manos de otro guerrillero, Pablo Montoya Cortés, alias "Rojas", quien se entregó a la justicia colombiana y llevó consigo una mano del cadáver de "Ríos" para dar prueba del hecho. Las muertes de "Reyes" y de "Ríos" fueron consideradas por la prensa como un "punto de inflexión" (*Semana*, 2008c), pues después de medio siglo de lucha guerrillera parecía haberse roto el "mito de la fortaleza militar de las FARC". *Semana*, describía este mito en los siguientes términos:

Varias generaciones de guerrilleros han crecido a su lado convencidas de que los gobiernos pasan, pero las Farc siguen. De que los golpes nunca llegaban al corazón. De que cada vez que eran atacados, podían volver a replegarse y sobrevivir. Y esa sensación de invulnerabilidad se convirtió en la principal fortaleza de esta guerrilla (*Semana*, 2008c, pp.43-46).

Era la invulnerabilidad de las FARC la que había sido desvirtuada con los asesinatos de estos dos miembros del secretariado. El caso de Ríos también hacía pensar que la crisis de las FARC no venía de afuera sino de adentro. A juicio de *Semana* (2008c), que fuera un mismo guerrillero el que asesinara a un alto mando demostraba que estaban ante una organización "caótica y fracturada" que había "perdido el horizonte de la victoria". Una apreciación similar tenía *El Espectador* (2008):

Dentro de las Farc la caída de Raúl Reyes no produce un impacto psicológico tan grande como la de Ríos, porque Reyes era el comandante que figuraba, el que más se exponía a una captura por su visibilidad ante los medios y los contactos internacionales; en cambio Ríos es un golpe al corazón de la resistencia militar. Un reinsertado de las Farc asegura que ahora 'más de un guerrillero dirá: si mataron y entregaron al Topo es porque se le puede dar a cualquiera, incluido Manuel Marulanda' (p.3A).

Estas dos muertes instalan en la prensa una pregunta: ¿es este el final de las FARC? La prensa se imagina un enemigo que se precipita hacia el fracaso y

que da contundentes muestras de flaqueza. Ya no se estaba ante el aterrador grupo terrorista de 2003, capaz de tomarse las principales ciudades del país, sino ante una organización desestructurada y pusilánime. Esta percepción se incrementó considerablemente en septiembre de 2010, cuando fue "dado de baja" el "Mono Jojoy". En tal ocasión se habló del "desmoronamiento" de las FARC (El Tiempo, 2010a; Semana, 2010c). La impresión general era que el fin se acercaba y que el grupo guerrillero había comenzado su "otoño" (El Espectador, 2010b).

Aunque la dimensión securitaria de la imagen del enemigo pierde potencia, la dimensión identitaria se exagera. La muerte del "Mono Jojoy", por ejemplo, estuvo cargada de numerosas descalificaciones. Se dice de este guerrillero que es un "oscuro personaje" (El Tiempo, 2010d, p.1-22), "el más bárbaro guerrillero" (El Espectador, 2010c, p.2-5), "sinónimo de muerte" (El Tiempo, 2010b, p.1-4), "símbolo del terror" (El Tiempo, 2010c, p.1-3), "hombre que encarnó el mal" (El Tiempo, 2010b, p.1-4). Adicionalmente, están presentes los mismos elementos retóricos que caracterizaron el asesinato de Reyes. La prensa difundió nuevamente la imagen del cadáver, pero esta vez fue incluso más explícita en la metáfora de la cacería:



(Semana, 2010a)



(Semana, 2010b)

El Tiempo (2010d) aseguró que la Operación Sodoma, como se denominó al bombardeo en el que murió "Jojoy", le había concedido al gobierno su más grande "trofeo estratégico" en la lucha antiguerrillera. La concepción del enemigo como presa y como trofeo implica una objetivación extrema del mismo; se le despoja de todo reconocimiento político y se le trata, en el sentido más literal del término, como un animal, una presa acorralada. El hecho fomenta en la prensa un espíritu de persecución que la lleva a preguntarse: ¿quién sigue?, ¿quién será el próximo? Esto es particularmente notorio en el caso de *Semana* (2010c), que publicó en una sugestiva diagramación a doble página los rostros de quienes ya habían muerto o habían sido capturados, así como los pocos que "faltaban por caer". La revista señaló directamente a "Alfonso Cano" como la siguiente presa.

No se equivocó *Semana* en sus predicciones, pues "Alfonso Cano" fue abatido por las Fuerzas Militares el cuatro de noviembre de 2011. En esta oportunidad, el guerrillero asesinado fue tildado de "arrogante, solitario y político frustrado" (*El Tiempo*, 2011a, p.5). Su muerte fue interpretada nuevamente como una "cacería" y como un "Jaque Mate" rotundo a las FARC. A juicio de *El Tiempo* (2011), esta organización guerrillera había quedado huérfana y completamente arrinconada.



(Semana, 2010c)



PORTADA

El que sigue

Alfonso Cano ha logrado escapar a dos cercos militares en el último año. Ahora sin su jefe militar, ¿cuanto más podrá aguantar?

(Semana, 2010d)



(Semana, 2011a)



(Semana, 2011)



(El Espectador, 2011)

El cubrimiento de la prensa sobre los asesinatos de líderes de las FARC establecía un contraste dramático entre fortaleza y debilidad. Mientras que la prensa celebraba la grandeza militar del Estado y su fuerza para golpear al terrorismo, las FARC se “desmoronaban” (Semana, 2010c), se reducían simbólicamente a una simple presa de caza. Esto no significa que la dimensión

securitaria de la imagen del enemigo desapareciera por completo, aunque sí disminuyó significativamente. La cacería, de hecho, implica una clara diferencia de fuerzas. El cazador siempre lleva la ventaja, pero entre más peligrosa sea la presa más júbilo produce su persecución y muerte. Un resquicio de peligrosidad se mantiene, y ello se hace evidente en el hecho de que para la prensa la victoria siempre se presenta inacabada, incompleta; inminente y cercana, pero nunca terminada.

En las operaciones de liberación de secuestrados el contraste no es entre fuerza y debilidad, sino entre inteligencia y descontrol. La liberación de Ingrid Betancourt en julio de 2008 fue interpretada como un "golpe" igual de contundente que el bombardeo de "Reyes". Si este último era un "golpe al corazón" (*El Tiempo*, 2008c), la liberación era un "golpe a la cabeza" (*El Espectador*, 2008a). *El Tiempo*, *El Espectador* y *Semana* aseguraron que se trataba de una operación "perfecta" (*El Tiempo*, 2008d, p.1-26), "espectacular" (*Semana*, 2008e), "de película" (*El Tiempo*, 2008d, p.1-26), "cinematográfica" (*El Tiempo*, 2008e, p.1-6). Su grandeza derivaba del hecho de que el rescate se había conseguido sin disparar un solo cartucho:

Sin tiros, se demostró que el Ejército podía entrar al seno de las Farc como Pedro por su casa y llevarse su tesoro más precioso, ia plena vista de todos y sin que nadie se diera cuenta! Esa es una clara indicación de la moribunda debilidad actual de los Farianos (*El Espectador*, 2008b, p.2-3).

Nunca en sus 44 años de existencia las Farc habían pasado por una situación tan crítica. El rescate de Ingrid Betancourt y 14 más de los secuestrados en la cinematográfica operación del miércoles agrava una crisis que se precipitó tras la muerte de 'Raul Reyes' en marzo pasado, pero que ya llevaba varios meses incubándose.

¿Qué puede explicar que 'César', el más curtido carcelero de las Farc, haya caído en el ingenioso ardid del Ejército para liberar a los rehenes? ¿No tiene el secretariado control sobre lo que pasa con los secuestrados, más aún sobre los ciudadanos extranjeros que representan su carta más valiosa de canje?

Analistas consultados señalan varios factores, pero el principal de ellos apunta a la falta de control de los jefes sobre lo que están haciendo sus frentes (*El Tiempo*, 2008e, p.1-6).

La segunda liberación que se hizo célebre, la de Luis Hernindo Mendieta y otros tres integrantes de la Fuerza Pública secuestrados por las FARC, fue calificada como "milimétrica" (*El Espectador*, 2010, p.2-3), "impecable" (*El Espectador*, 2010a, p.20), "quirúrgica" (*El Tiempo*, 2010, p.1-16). El ego que

desataban los éxitos militares, bien fueran bombardeos o liberaciones, quedó vívidamente reflejado en el artículo de la revista *Semana*, titulado "La inteligencia y la Fuerza", cuya diagramación habla por sí sola:



(Semana, 2010)

Además de ego militar, las noticias y editoriales sobre los éxitos de la Fuerza Pública recrearon un escenario de "euforia nacional" (*El Espectador*, 2010d, p.30), un grito de júbilo que puede interpretarse como la celebración del "nosotros" ante la "derrota" cada vez más cercana del enemigo. Las palabras de *El Espectador* (2010d) fueron emblemáticas en ese sentido:

Algún día será posible en Colombia no alegrarse por la muerte de seres humanos. Pero cuando alguien ha entregado su vida a generar muerte y sevicia, como Víctor Julio Suárez Rojas, alias Jorge Briceño o Mono Jojoy (...) es apenas natural que el país sienta alivio y regocijo como el que se expresó en todos los rincones de la patria al conocerse ayer la noticia de su abatimiento en una muy planificada operación (p.30).

En el caso de las liberaciones, la alegría nacional era todavía más explícita: "Difícilmente habrá un colombiano que no se alegre hasta lo íntimo al ver terminado el calvario de estos cautivos. Hubo pitos, trancones, aplausos

y lágrimas de felicidad en sitios públicos y toda clase de reacciones desde todas las orillas políticas" (*El Tiempo*, 2008d, p.1-26).

Humillación y rabia narcisista

Cuando el enemigo es percibido como peligroso, la información periodística busca transmitir miedo en sus lectores. Peligrosidad y miedo son, por lo tanto, compañeros indisociables. Sin embargo, cuando la dimensión securitaria de la imagen del enemigo se reduce significativamente, como sucede con las FARC entre 2008 y 2011, el miedo se transforma en "rabia narcisista", entendida esta como una completa falta de empatía hacia aquel que se encuentra en posición defensiva o en retroceso (Harkavy, 2000). Entre más débil se hace el enemigo, más crece este impulso sádico y vengativo que deriva en la satisfacción de verlo sufrir.

Si la imagen del enemigo se compone, como se ha propuesto aquí, de una dimensión securitaria y una dimensión identitaria, parecería lógico pensar que una disminución de la percepción de peligrosidad del enemigo habría de mermar la polarización. Pero no siempre sucede así. En el caso colombiano la disminución de la peligrosidad de las FARC refozó la alteridad identitaria y profundizó la descalificación. La debilidad del enemigo y el incremento de la potencia bélica de las Fuerzas Militares crearon un desnivel que anuló el reconocimiento recíproco. El resultado no fue la simple y plana derrota del enemigo, sino la búsqueda constante de su humillación.

Humillar significa, en este contexto, intentar que el enemigo se perciba a sí mismo, y que sea percibido por los demás, como carente de honor y respeto (Saurette, 2006). La humillación opera mediante la destrucción del vínculo del otro con la imagen que ha construido de sí mismo. Para ello es necesario que piense (y que los demás también piensen) que es inferior a quien lo humilla y que los pilares sobre los que construyó su autoestima son falsos (Saurette, 2006).

La humillación requiere que ambas partes reconozcan los rasgos culturales de los cuales deriva el honor del humillado. En el caso aquí analizado, por ejemplo, el Estado reconocía que gran parte de la "autoimagen" que habían construido las FARC estaba basada en la "invulnerabilidad", en la capacidad de "reestructurarse", en su resistencia histórica y en la habilidad

de sus principales cabecillas para escapar ilesos de las embestidas del Estado. La humillación, de la cual la prensa fue partícipe, operó precisamente demostrando (y mostrando a otros) que eso era falso, que las FARC no eran invulnerables, que no estaban estructuradas sino desorganizadas, que su historia se acercaba al final, que los miembros del Estado Mayor podían ser cazados fácilmente como animales y que sus fortalezas se podían vulnerar sin gastar un solo tiro.¹⁹

La difusión sistemática de fotografías de los cadáveres, con retratos lastimeros que desmoronaban por completo el "honor" del contrincante, así como la descripción y narración detallada de los operativos de liberación de secuestrados (en los que las FARC eran invadidos sin darse cuenta) y de los festejos subsiguientes, fueron parte de esta estrategia de humillación. La rabia que allí se movilizó era de tipo narcisista (Harkavy, 2000), pues a medida que se intentaba mostrar al enemigo como pusilánime y bajo, la propia grandeza se ponía de relieve. Esto explica el júbilo nacional, la celebración y el ego militarista que rodeó los operativos contra las FARC.

Otra manera de humillar al "Otro" consiste en deshumanizarlo. El honor y el respeto son condición exclusiva del hombre, por esta razón la manera más fácil de quitarle al "Otro" todo rastro de honor y respeto consiste en despojarlo retóricamente de su humanidad. Esto es posible gracias al uso político del lenguaje metafórico (Steuter & Wills, 2008). Cuando se describe al enemigo como presa de caza o se le cataloga directamente como "inhumano", se le niega de entrada toda posibilidad de respeto. No hay allí una persona.

19 Convendría distinguir aquí, con fines analíticos, la humillación como acto performativo (A la vez lingüístico, simbólico y ritual), o para ser más precisos, el acto de "humillar" que realiza una persona, grupo o institución sobre un "Otro"; y la "humillación" como sentimiento efectivo que puede o no experimentar el sujeto "humillado". El análisis empírico realizado en el marco de esta investigación permite afirmar que la prensa nacional efectivamente intentó "humillar" a las FARC, mostrando que la imagen que habían construido de sí mismas era falsa; es decir, que no eran ni invulnerables ni fuertes militarmente. De allí no se desprende necesariamente que las FARC se hallan sentido efectivamente "humilladas", es decir, que su autoestima se hubiese venido abajo. Esto último, en todo caso, sólo podría saberse consultando a los mismos combatientes. No obstante, la prensa nacional intentó en varias oportunidades demostrar que este sentimiento de humillación al interior de las FARC era efectivo, particularmente cuando informó sobre la desertión y "desmoralización" que se expandía en sus filas (El Espectador, 2008). Por demás, la "humillación" como acto performativo de la prensa colombiana contra el enemigo, en el que se intenta destruir el vínculo del otro con su propia imagen, pretende afectar no sólo la percepción que el otro tiene de sí mismo, sino también la percepción que los demás tienen de él. Es quizás en este último campo donde los efectos de ese proceso de humillación sistemática de las FARC parecen haber sido más contundentes.

Según Rieber y Kelly (1991), la deshumanización marca el grado más extremo de enemistad, pues presenta al "Otro" como una amenaza común de todo el género humano. La guerra antiterrorista, incluyendo la colombiana, ha estado marcada desde sus orígenes por este discurso deshumanizante. Los terroristas son calificados (o descalificados) como representantes del mal en su estado más "puro", carentes de nobleza y ajenos al más mínimo rasgo humano. Hay un total desconocimiento del "Otro". Nada en él es valioso y nada en él merece respeto. La deshumanización implica por tanto una negación de la capacidad de interlocución del enemigo; negarle la humanidad es fundamentalmente negarle la capacidad de hablar y razonar, y por lo tanto, de negociar.

Carl Schmitt (1987) utilizó el término "enemistad absoluta" para describir aquella forma de oposición en la que el "Otro" es señalado de ser un enemigo de toda la humanidad. A su juicio, esta forma de enemistad anulaba el reconocimiento y fomentaba el genocidio; si el "Otro" no es humano, entonces es posible eliminarlo por completo. En el caso colombiano, la idea de exterminar militarmente a las FARC estuvo presente en el discurso estatal, aunque tan solo fuera bajo la forma de una fantasía retórica. Uribe, por ejemplo, hablaba de arrancar la maleza y cortarle la cabeza a la culebra (Angarita Cañas, y otros, 2015). La visión de la prensa fue diferente en este sentido. Aunque utilizaba la retórica de la deshumanización, nunca se atrevió a sugerir la total eliminación del actor armado.

En el momento en que los éxitos operativos de las Fuerzas Militares despertaron expectativas sobre el "final de las FARC", la revista *Semana* (2008d) aclaró que veía poco probable que el conflicto armado terminara en el "exterminio físico del grupo guerrillero" (p.24). A su juicio, la solución definitiva sería otra:

Entre la derrota militar y la negociación al viejo estilo hay una tercera vía que posiblemente sea la que más se ajusta a la realidad de la guerra colombiana. Es una combinación de la presión militar con la apertura de una negociación con reglas de juego completamente distintas (*Semana*, 2008d, pp.24-29).

De manera similar, *El Espectador* (2010a) aseguraba que las victorias militares no debían "ahogar la capacidad de la sociedad para imaginar salidas pacíficas al conflicto" (p.20). Algo similar pensaba *El Tiempo* (2011b), cuando

afirmó que el gobierno debía "mantener en la mano la «llave para la paz» (...) La administración Santos no puede cerrar la puerta a una guerrilla que viene retrocediendo en sus capacidades estratégicas" (p.6).

La prensa imaginaba una negociación forzada por las armas en la que las FARC no pudiesen imponer condiciones de ningún tipo; una especie de sometimiento a la justicia "mutuamente acordado". Aunque lo que pedían no era un diálogo bilateral, abierto y equitativo para pactar la paz, tampoco era un genocidio lo que se sugería. De allí que la deshumanización utilizada por la prensa esté más relacionada con una estrategia de humillación del actor armado que con un llamado a la aniquilación final.

Lejos de ser una mera reacción emocional o psicológica, la humillación está cargada de intencionalidad política. Según Saurette (2006), con ella se "busca disciplinar el comportamiento de la parte humillada, atacando y disminuyendo sus propias percepciones (y las de otros) sobre el respeto que merecen" (p.13). En otras palabras, se pretende doblegar simbólicamente al "Otro" para que los valores que defiende no parezcan valores en absoluto y para que su causa luzca perdida. Las prácticas y las ideas de las cuales deriva su honor y su imagen personal quedan así vetadas. Esto tiene al menos dos efectos importantes: desde el punto de vista militar, fomenta la desertión en sus filas al hacer dudar a las tropas sobre sus posibilidades reales de éxito; desde el punto de vista social, estigmatiza las acciones y discursos del enemigo.

La humillación sistemática es por tanto el punto cumbre al que llegó la construcción de la imagen de las FARC como enemigo por parte de la prensa nacional colombiana. Fue al mismo tiempo una condena simbólica a la revolución guerrillera, e incluso, a sus ideales políticos y económicos. Si la lucha subversiva no era percibida como heroica sino como baja y despreciable, nadie podría intentarla ni invocarla sin ser objeto de rechazo social. Lo anterior ha sido particularmente beneficioso para el gobierno nacional, el cual encontró en la humillación discursiva un complemento ideal para su fuerza bélica; ella ayudó a reducir la beligerancia y el ego del enemigo hasta obligarlo a negociar en condiciones que normalmente no aceptaría, y de paso, han puesto bajo sospecha, hacia el futuro, cualquier idea asociada directa o indirectamente con el enemigo humillado.



Conclusiones

Lejos de ser una condición natural, previa e inmodificable, la enemistad es una construcción social y discursiva. En ella no participan solo los actores armados que se enfrentan en el campo de batalla, sino también la población civil que imagina como propio a un enemigo que otros combaten. Los imaginarios de los civiles son alimentados por actores sociales como la prensa nacional, la cual construye y difunde su propia imagen de aquel que considera el enemigo del pueblo.

Un actor armado viene a ser señalado como enemigo por la prensa cuando esta le ha atribuido dos propiedades básicas: peligrosidad y diferencia radical. Estas son, respectivamente, las dos dimensiones que componen la "imagen del enemigo" (dimensión securitaria y dimensión identitaria). Ambas propiedades son necesarias para que la enemistad tome forma. Un actor que es considerado peligroso pero no diferente, como un ladrón común, por ejemplo, no alcanza el estatus de enemigo. De igual forma, un actor que es designado como diferente pero que no representa ningún peligro, como un extranjero, tampoco recibe tal estatus.

Tras la VIII Conferencia de 1993, las FARC modificaron su estrategia bélica. Se concentraron en el crecimiento militar y abandonaron los esfuerzos de legitimación política que habían desarrollado hasta entonces. Esto se tradujo

en un incremento del pie de fuerza, como también en algunas acciones de choque contra el Ejército Nacional que llevaron a académicos como Pizarro (2004) a considerar que el actor armado había pasado de una guerra de guerrillas a una guerra de movimientos o posiciones. En la segunda mitad de la década de los años 90 la prensa interpretó el desarrollo del actor armado como un aumento significativo de su peligrosidad. Si bien no parecía que pudiera apoderarse del país, había demostrado ser capaz de tomarse centros urbanos de mediana importancia, afectar las principales carreteras y enfrentar directamente a las Fuerzas Militares.

La peligrosidad para la prensa está fuertemente relacionada con los criterios de producción de la información periodística. En su sentido más clásico, el hecho noticioso se distingue por romper la cotidianidad. Por tal razón, cuando un actor armado incrementa su capacidad militar y realiza acciones que afectan los entornos desde los cuales se ejerce el periodismo, la percepción de peligrosidad que tiene la prensa aumenta considerablemente, lo que convierte esas acciones en noticias. En ese sentido, las salas de redacción de los periódicos operan seleccionando y jerarquizando amenazas, de manera que tienden a concentrar su cubrimiento en el riesgo principal y a relegar los demás actores a un segundo plano.

Hasta 1993, el lugar de "principal amenaza" para el país había sido ocupado por los carteles de la droga. Tras la muerte de Pablo Escobar, este puesto comenzó a ser ocupado por las guerrillas en general y por las FARC en particular. El crecimiento militar de este actor armado permitió que ocupara el lugar vacío que dejó la lucha contra el narcoterrorismo. A diferencia de las FARC, el ELN tuvo un menor crecimiento militar, razón por la cual desde la década de los años 90 fue relegado al lugar de una amenaza menor y secundaria.

Más adelante, entre 1997 y 2002, los grupos paramilitares agrupados en las Autodefensas Unidas de Colombia siguieron los pasos de las FARC e iniciaron un proceso de crecimiento y expansión territorial que devino en masacres y agresiones contra la población civil. Esto los llevó a ser considerados por la prensa un actor igualmente peligroso. Para el año 2001 la percepción de medios como *El Espectador* y *Semana* era que la población civil colombiana había quedado atrapada entre dos grandes amenazas: las FARC y las AUC.

De estos dos actores armados ilegales, sin embargo, en los años siguientes solo uno fue construido como enemigo. Además de la peligrosidad, la enemistad se caracteriza por ser una forma de alteridad radical. El enemigo

es descrito siempre como un "Otro" extraño y diferente, ajeno a los valores constitutivos de una comunidad que se pretende plenamente integrada y uniforme. En el caso colombiano, todos los actores armados hacen parte de una misma historia nacional, de allí que la construcción de alguno de ellos como enemigo exige siempre un acto simbólico de expulsión. Para construir un enemigo se requiere un discurso segregativo que permita presentar al actor armado como alguien diferente y extraño.

Durante el gobierno de Andrés Pastrana la prensa ayudó a crear y difundir tres discursos segregativos desde el punto de vista identitario, los cuales relegaban a las FARC a la otredad más radical. El primero de estos discursos, inspirado en el tortuoso proceso de los diálogos del Caguán, imaginaba un pueblo colombiano unido por la paz y opuesto a un grupo guerrillero que disfrutaba la guerra y se beneficiaba económicamente de ella. El segundo discurso, impulsado en gran medida por la estrategia mediática de Carlos Castaño, imaginaba a Colombia dividida en dos bandos opuestos: una "clase media" trabajadora que jalónaba el desarrollo económico, y una "base desclasada" de la guerrilla que aborrecía a los sectores medios por su solvencia económica y su control del Estado. El tercer discurso segregativo, que finalmente terminó por sentar las bases de la enemistad contra las FARC en la prensa colombiana, fue el de la guerra antiterrorista.

Tras los atentados del 11 de septiembre en Nueva York, la prensa y el gobierno nacional presionaron a las FARC para que decretase un cese de hostilidades, so pena de ser considerados en adelante como un grupo terrorista. Cuando los diálogos del Caguán se dieron por terminados oficialmente el 22 de febrero de 2002, la ruptura se interpretó como una metamorfosis: las FARC habían decidido abandonar la lucha revolucionaria para dedicarse, efectivamente, al terrorismo. Así que, convertidos en terroristas puros, el grupo insurgente fue presentado por la prensa nacional como un "Otro" extraño y ajeno al pueblo colombiano y a la comunidad internacional, que tenía más en común con el radicalismo musulmán de Al Qaeda que con el campesinado de Marquetalia. El discurso antiterrorista, en el cual se subsumieron los otros dos discursos identitarios y segregativos antes mencionados, constituía una expulsión simbólica de las FARC de la comunidad nacional e internacional de la cual la prensa nacional se sentía parte.

La ruptura de los diálogos del Caguán marca por tanto el punto de quiebre a partir del cual se consolidan tanto la dimensión securitaria como la dimensión

identitaria de la imagen de las FARC como enemigo. El grupo guerrillero respondió al fin del proceso y a la elección presidencial de Álvaro Uribe Vélez con una serie de atentados terroristas urbanos entre 2002 y 2003, entre los que se encuentra la bomba al Club El Nogal en Bogotá. Estos atentados no hicieron más que intensificar la percepción de peligrosidad que se tenía de las FARC y profundizar su segregación como grupo terrorista opuesto al pueblo colombiano.

Durante los dos gobiernos de Álvaro Uribe Vélez y el primer gobierno de Juan Manuel Santos, la prensa nacional radicalizó la imagen que había construido de las FARC como enemigo número uno del país. Radicalizar significa en este contexto remarcar retóricamente las características que describen al actor armado como diferente y peligroso. Durante los primeros años del gobierno de Uribe se retrató a las FARC como un actor terriblemente peligroso y cruel que había "completado" su tránsito hacia el terrorismo. En contraste, se aludió a un pueblo unido y preparado para la batalla, que soportaba las adversidades y se encomendaba a la figura protectora de su líder: Álvaro Uribe. Los hechos noticiosos que alimentaron esta imagen fueron los atentados terroristas de las FARC, los operativos de rescate fallidos de las Fuerzas Militares, las pruebas de supervivencia de los secuestrados y las marchas multitudinarias de 2008.

Entre 2008 y 2012 el patrón de radicalización cambió, por cuanto los éxitos de las Fuerzas Militares enaltecieron el ego militarista de la prensa. La dimensión securitaria de la imagen del enemigo disminuyó (aunque no desapareció por completo), pero la segregación identitaria se profundizó significativamente. Se retrató un enemigo "derrotado", "apabullado", "acabado", cuyo final parecía inminente y cercano. En estos años la humillación del enemigo parece ser el objetivo central de la prensa nacional. Los operativos en los que fueron asesinados los principales jefes de las FARC como "Raúl Reyes", el "Mono Jojoy" y "Alfonso Cano" se celebraron con júbilo. Se enfatizó la debilidad del enemigo y se enalteció la propia grandeza militar. De manera similar, los operativos de rescate de secuestrados fueron interpretados como una evidencia de la propia inteligencia y de la desarticulación estructural del enemigo.

La humillación y descalificación a las que la prensa nacional sometió a las FARC entre 2008 y 2012 tenían el valor de un gesto ejemplarizante que buscaba disuadir a cualquier grupo de emprender nuevamente una iniciativa

revolucionaria. Este proceso histórico parece sugerir también una degradación moral, consecuencia del deterioro de la imagen del "Otro" en cuanto alteridad, oposición y contraparte. Los niveles de polarización, retórica y fáctica, a los que llegó la prensa colombiana en este periodo, hablan de un deterioro de la cultura de la vida, cuyo síntoma principal es la celebración del asesinato y la exposición del cadáver del enemigo como método válido de pacificación. La radicalización de la imagen del enemigo termina por respaldar la violencia como fundamento inmediato de la legalidad del Estado, y tiende a convertirse así, en un eje central de su legitimidad.

La temporalidad que aborda este ensayo concluye en 2012, año que puede considerarse como un punto de quiebre en el desarrollo del conflicto armado colombiano. Entre 2012 y 2016 el gobierno nacional adelantó un nuevo proceso de negociación con las FARC que permitió la desmovilización de la mayor parte de su pie de fuerza. Un acontecimiento histórico de esta magnitud plantea necesariamente nuevas preguntas: ¿cómo influyeron las imágenes del enemigo en el desarrollo de este proceso?, ¿qué pasa con las imágenes del enemigo cuando termina un conflicto armado?, ¿pueden deconstruirse dichas imágenes?, ¿cuáles serían los alcances y límites de tal deconstrucción?

Tales inquietudes escapan a los objetivos de este texto, aunque resulta cada vez más apremiante comenzar a buscar respuestas a todas ellas. La rabia narcisista que se difundió a través de la prensa nacional entre 2008 y 2012 parece haberse convertido para muchos colombianos en un principio identitario básico. Esto se expresa en la polarización social que acompañó al proceso de negociación entre Juan Manuel Santos y las FARC, y que aún hoy domina la esfera pública colombiana. Lo anterior sugiere que, aunque los gobiernos pueden variar sus tácticas y generar nuevas estrategias para tramitar la enemistad, la segregación cultural es menos efímera. Una vez creadas, las imágenes del enemigo se proyectan más allá de los límites de la guerra y se convierten en el sustrato que alimenta nuevos conflictos sociales.

La reincorporación a la vida legal de las FARC (y de cualquier grupo insurgente en general) supone en este contexto un enorme desafío, pues una buena parte de la población parece considerarlos aún como enemigos derrotados a quienes hay que castigar y humillar antes que integrar. La condena del actor armado ha devenido también en la censura de sus ideas políticas, a tal punto que muchos líderes que reivindican una mayor justicia social han

sido tildados de subversivos y tratados también como enemigos. Parece existir por tanto una peligrosa relación entre la radicalización de las imágenes del enemigo y la estigmatización que ha recaído sobre todos aquellos que reivindican proyectos políticos y económicos alternativos en Colombia.



Bibliografía

Textos académicos

- Abello Banfi, J. (2001). El conflicto armado como espectáculo de infoentretenimiento. En J. I. Bonilla Vélez, & G. A. Patiño Díaz, *Comunicación y política: viejos conflictos, nuevos desafíos*. Encuentro académico de la Asociación Colombiana de Facultades de Comunicación Social AFACOM (págs. 411-420). Bogotá: CEJA.
- Althusser, L. (1974). *Ideología y aparatos ideológicos del Estado: notas para una investigación*. Medellín: Oveja Negra.
- Anderson, B. (2005). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Angarita Cañas, P. E., Gallo, H., Jiménez Zuluaga, B. I., Londoño Berrío, H., Londoño Usma, D., Medina Pérez, G., . . . Ruiz Gutiérrez, A. M. (2015). *La construcción del enemigo en el conflicto armado colombiano 1998-2010*. Medellín: Sílabo Editores.
- Barrios, M. M. (2000). Violencia y paz en los discursos de la prensa: un análisis desde la construcción social de la realidad. *Investigación y Desarrollo*(11), 38-73.
- Barrios, M. M. (2001). El vínculo social en la construcción del discurso de los medios sobre el conflicto armado colombiano. *Investigación y Desarrollo*, 9(2), 536-553.
- Baudrillard, J. (1978). *Cultura y Simulacro*. Barcelona: Kairós.

- Blair Trujillo, E. (1995). La imagen del enemigo: ¿un nuevo imaginario social? *Estudios Políticos*(6), 47-71.
- Bonilla Vélez, J. I. (2002). Periodismo, guerra y paz: Campo intelectual periodístico y agendas de la información en Colombia. *Signo y Pensamiento*, 21(40), 53-71.
- Bonilla Vélez, J. I., & Montoya Londoño, C. (2003). Periodistas, políticos y guerreros: tres hipótesis sobre la visibilidad mediática de la guerra en Colombia. *Revista de Estudios Sociales*(16), 70-81.
- Bonilla Vélez, J. I., & Rey, G. (2004). *Calidad informativa y cubrimiento del conflicto: estándares de calidad periodística en el cubrimiento del conflicto armado en Colombia*. Bogotá: Proyecto Antonio Narino.
- Bonilla Vélez, J. I., Tamayo Gómez, C. A., & Rey, G. (2007). *Las violencias en los medios, los medios en las violencias*. Bogotá: Centro de Investigación y Educación Popular - CINEP.
- Bromley, R. (2011). Beast, Vermin, Insect - Hate Media and the Construction of the Enemy: The Case of Rwanda, 1990 – 1994. En N. Billias, & L. Praeg, *Creating Destruction. Constructing Images of Violence and Genocide* (págs. 39-60). Amsterdam - New York: Rodopi.
- Cabet, E. (1839). *Revolución Francesa de 1830 y situación presente espicadas e ilustradas por las revoluciones de 1789, 1792, 1799 y 1804* (Vol. I). (D. & J, Trad.) Barcelona: Imprenta de J. Tauló.
- Caro del Castillo, R. (2002). La creación mediática de un enemigo oficial. *Revista Mexicana de Comunicación*, 14(73), 7-11.
- CINEP. Banco de Datos de Derechos Humanos y Violencia Política. (1999). Medios de comunicación y proceso de paz: la cobertura de los medios escritos a la instalación de la mesa de conversaciones. *Noche y niebla: Panorama de derechos humanos y violencia política en Colombia*(11), 119-130.
- Correa Jaramillo, M. (2006). Desinformación y propaganda: estrategias de gestión de la comunicación en el conflicto armado colombiano. *Reflexión Política*, 8(15), 94-106.
- Correa Jaramillo, M. (2007). Mecanismos de desinformación que perpetúan los medios de comunicación en el cubrimiento del conflicto armado colombiano. *Reflexión Política*, 9(17), 188-197.
- Correa Jaramillo, M. (2008). El lenguaje de los medios intensifica el conflicto armado colombiano. *Reflexión Política*, 10(19), 106-113.
- Correa Manchola, A. (2001). Guerra y paz en directo: la información televisiva en tiempos de conflicto. En J. I. Bonilla Vélez, & G. A. Patiño Díaz, *Comunicación y política: viejos conflictos, nuevos desafíos. Encuentro Académico de la Asociación Colombiana de Facultades de Comunicación Social AFACOM* (págs. 393-410). Bogotá: CEJA.
- Cruz Rodríguez, E. (2007). Los estudios sobre el paramilitarismo en Colombia. *Análisis político*(Nº 60), 117-134.
- De Vattel, E. (1834). *El Derecho de gentes ó principios de la ley natural: aplicados a la conducta y a los negocios de las naciones y de los soberanos* (Vol. II). (M. M. Hernández, Trad.) Madrid: Imprenta de Leon Amarita.

- Elias, N. (1994). *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas* (Vol. II). México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Erregerena, J. (2002). *Imaginario social y los atentados del 11 de septiembre*. Recuperado el 1 de enero de 2016, de Razón y Palabra. Primera revista electrónica en América Latina especializada en comunicación: <http://www.razonypalabra.org.mx/anteriores/n25/jerre.html>
- Esguerra, L., & Muñoz Vila, C. (2002). *Algarabías de paz y guerra: la construcción de la información en los medios*. Bogotá: Ministerio de Comunicaciones.
- Estrada Gallego, F. (2004). *Las metáforas de una guerra perpetua: estudios sobre pragmática del discurso en el conflicto armado colombiano*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Evriegenis, I. D. (2008). *Fear of enemies and collective action*. New York: Cambridge University Press.
- Fiebig-von Hase, R., & Lehmkuhl, U. (1997). *Enemy images in american history*. Oxford: Berghahn Books.
- Foucault, M. (2000). *Defender la sociedad. Curso del Collège de France, 1976*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2000a). *Los Anormales. Collège de France, 1974-1975*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la Biopolítica. Collège de France, 1979-1979*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Freud, S. (1998). *Más allá del principio del placer: psicología de las masas y análisis del yo y otras obras* (Vol. 18). Buenos Aires: Amorrortu.
- García Raya, M. E., & Romero Rodríguez, E. (2000). La fascinación del descubrimiento: medios de comunicación, actores y proceso de paz en Colombia. *Revista de Estudios Sociales*(6), 50-61.
- GMH. (2013). *Basta ya: Memorias de guerra y dignidad*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- González Pérez, L., & Trujillo Quintero, M. (2002). Los imaginarios del enemigo. *Comunicacion*(22), 23-26.
- González, F. E., Bolívar, I. J., & Vázquez, T. (2002). *Violencia Política en Colombia. De la nación fragmentada a la construcción del Estado*. Bogotá: CINEP.
- Gruber, H. E. (1991). Can a baby be an enemy? En H. E. Gruber, *The Psychology of war and peace: The image of the enemy* (págs. ix-xx). New York: Plenum Press.
- Guerrero, A., Marquez, E., Restrepo, A., & Villamizar Herrera, D. (2001). *Las trampas de la guerra: periodismo y conflicto*. Bogotá: Corporación Medios para la Paz.
- Harkavy, R. E. (2000). Defeat, national humiliation, and the revenge motif in international politics. *International Politics*, 37, 345-368.
- Herrmann, R. K., & Fischerkeller, M. P. (1995). Beyond the Enemy Image and Spiral Model: Cognitive-Strategic Research after the Cold War. *International Organization*, 49(3), 415-450.

- Higueras y Rumbao, G. (2010). Introducción. En Instituto Español de Estudios Estratégicos, *Cuadernos de Estrategia* N°148. *Conflictos, opinión pública y medios de comunicación. Análisis de una compleja interacción* (págs. 15-31). Madrid: Ministerio de Defensa.
- Hirshberg, M. S. (1993). The Self-Perpetuating National Self-Image: Cognitive Biases in Perceptions of International Interventions. *Political Psychology*, 14(1), 77-98.
- Hobbes, T. (1980). *Leviatán, o la materia, forma y poder de una república, eclesiástica y civil*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hobsbawm, E. (1991). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- Huertas Díaz, O., Torres Vásquez, H., & Díaz Pérez, N. C. (2011). El leviatán de los mass media, el peligro de la otredad y el derecho penal: La construcción mediática del enemigo. *Revista de Derecho*(35), 96-117.
- Huntington, S. P. (2005). *El Choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Barcelona: Paidós.
- Hurtado Vera, G. G., & Lobato Paz, L. E. (2009). *Representaciones e imaginarios sobre la violencia colombiana en la prensa nacional (1990-2004)*. Cali: Universidad Autónoma de Occidente.
- Ibarra, J. (1771). *Tomo Tercero De Autos Acordados*. Madrid: Real Compañía de Impresores y Libreros del Reyno.
- Instituto de Estudios Geoestratégicos y Asuntos Políticos - Universidad Militar Nueva Granada. (2010). *Serie Informativo: Frente Interno*. Recuperado el 9 de 12 de 2015, de <http://www.iegap-unimilitar.edu.co/dmdocuments/informativo71.pdf>
- Jäger, S. (2003). Discurso y conocimiento: aspectos teóricos y metodológicos de la crítica del discurso y del análisis de dispositivos. En R. Wodak, & M. Meyer, *Métodos de análisis crítico del discurso* (págs. 61-100). Barcelona: Editorial Gedisa.
- Kellner, D. (2002). 11 de septiembre. Medios de comunicación y fiebre de guerra. *Signo y Pensamiento*, 21(40), 9-18.
- Klein, M. (1975). *Envy and gratitude and other works, 1946-1963*. New York: Dell.
- Lasswell, H. D. (2013). *Propaganda technique in the world war*. Mansfield Centre, CT: Martino Publishing.
- Lazarsfeld, P. F., & Merton, R. K. (1977). *Comunicación de masas, gusto popular y acción social organizada*. Recuperado el 12 de agosto de 2015, de Universidad de Chile - Instituto de la Comunicación: http://www.periodismo.uchile.cl/talleres/teoria-comunicacion/archivos/lazarsfeld_merton.pdf
- Lifton, R. J. (1979). *The broken connection*. New York: Basic Books.
- López de Lizaga, J. L. (2012). Diálogo y conflicto. La crítica de Carl Schmitt al liberalismo. *Diánoia*, 57(68), 113-140.
- Luostarinen, H. (1989). Finnish Russophobia: The Story of an Enemy Image. *Journal of Peace Research*, 26(2), 123-137.
- Marquez, E. (2003). Periodistas y medios de comunicación en el conflicto armado colombiano. *Revista Javeriana*, 139(696), 50-60.

- Martínez Márquez, W. A. (2014). *A la sombra del Leviatán: Estado, enemistad y protección en contextos de guerras asimétricas*. Medellín: Grupo de Investigación Hegemonías, Guerras y Conflictos - Universidad de Antioquia.
- Martínez Roa, O. G. (2003). Apuntes para desarmar la agenda pública del conflicto armado. *Revista Unimar*(36), 29-34.
- Marzouk El Ouariachi, K. (2009). Acontecimiento. En R. Reyes, *Diccionario Crítico de Ciencias Sociales*. Madrid: Plaza y Valdés - Universidad Computense de Madrid.
- Mc Nair, B. (1988). *Images of the enemy. Reporting the new cold war*. New York: Routledge.
- McNair, B. (2007). Images of the enemy: post 9/11 reprise. *Media Development*, 54(4), 32-36.
- Medina Pérez, G. (2012). *Opinión Pública. Comunicación política, democracia y medios*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Mesa Bedoya, J. A. (2014). Los nombres del horror. Construcción del sujeto paramilitar en el discurso mediático en Colombia (1997-2008). En G. Forero Quintero, *Víctimas, novela y realidad del crimen* (págs. 235-262). Bogotá: Planeta.
- Morgan, E. (2006). *La invención del pueblo: el surgimiento de la soberanía popular*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Mouffe, C. (1999). *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Buenos Aires: Paidós.
- Moya López, M. A. (2010). *La noticia de la muerte de Raúl Reyes. Un Dilema ético-periodístico*. Bogotá: Trabajo de Grado. Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Escuela de Ciencias Humanas.
- Nasi, C. (2010). Saboteadores de los procesos de paz en Colombia. Los actores y sus estrategias. En A. Rettberg, *Conflicto armado, seguridad y construcción de paz en Colombia*. (págs. 97-128). Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Noelle Neumann, E. (1995). *La espiral del silencio: Opinión pública nuestra piel social*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Oquist, P. (1978). *Violencia, Conflicto y Política en Colombia*. Texas: Instituto de Estudios Colombianos.
- Ottosen, R. (1995). Enemy Images and the Journalistic Process. *Journal of Peace Research*, 32(1), 97-112.
- Palacios Rozo, M. (2012). *Violencia política en Colombia 1958-2010*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Pardo Abril, N. G. (2005). Representación de los actores armados en conflicto en la prensa colombiana. *Forma y Función*(18), 167-196.
- Pécaut, D. (2001). *Guerra contra la sociedad*. Bogotá: Espasa.
- Pizarro, E. (2004). *Una democracia asediada. Balance y perspectivas del Conflicto Armado en Colombia*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Restrepo, L. A. (2005). Los arduos dilemas de la democracia en Colombia. En Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales IEPRI, *Nuestra guerra sin*

- nombre. *Transformaciones del conflicto armado en Colombia* (págs. 313-346). Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Rieber, R. W., & Kelly, R. J. (1991). Substance and Shadow: Images of the enemy. En R. W. Rieber, *The psychology of war and peace: The image of the enemy* (págs. 3-39). New York: Plenum Press.
- Robin, C. (2009). *El Miedo. Historia de una idea política*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Ruiz Salazar, J. C. (2006). Construcción social de la realidad insurgente y contrainsurgente a través de los medios masivos de comunicación: el caso comparativo en términos de legitimidad entre las FARC y las AUC. *Cuadernos de Sociología*(40), 97-110.
- Sanz Sabido, R. M. (2009). When the 'Other' Becomes 'Us': Mediated Representations, 'Terrorism' and the 'War on Terror'. *PLATFORM: Journal of Media and Communication*, 1, 67-82.
- Saurette, P. (2006). You dissin me? Humiliation and post 9/11 global politics. *Review of International Studies*, 32(03), 495-522.
- Schmitt, C. (1966). *Teoría del partisano*. Madrid: Centro de Estudios Políticos Constitucionales.
- Schmitt, C. (1987). *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza Editorial.
- Schmitt, C. (2003). *El nomos de la tierra en el derecho de gentes del "ius publicum europaeum"*. Buenos Aires: Struhart & Cía.
- Sieyes, E. (1994). *¿Qué es el Tercer Estado? Ensayo sobre los privilegios*. Madrid: Alianza Editorial.
- Spillman, K., & Spillman, K. (1991). La imagen del enemigo y la escalada de los conflictos. *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 127, 59-80.
- Steuter, E., & Wills, D. (2008). *At War with metaphor: media, propaganda, and racism in the war on terror*. Lanham: Lexington books.
- Steuter, E., & Wills, D. (2010). 'The vermin have struck again': dehumanizing the enemy in post 9/11 media representations. *Media, War & Conflict*, 3(2), 152-167.
- Tilly, C. (1992). *Coerción, capital y los Estados Europeos 990-1990*. Madrid: Alianza Editorial.
- Tovar Zambrano, B. (2007). Modernización y desarrollo desigual de la intervención estatal 1914-1946. En G. Sánchez Gómez, *Pasado y Presente de la violencia en Colombia* (págs. 207-224). Medellín: La Carreta Editores, IEPRI, Universidad Nacional.
- U.S Department of State - Office of the Coordinator for counterterrorism. (30 de abril de 2001). *Patterns of Global Terrorism. Appendix B: Background information on Terrorists Groups*. Recuperado el 30 de marzo de 2012, de <http://www.state.gov/j/ct/rls/crt/2000/2450.html>
- Uribe de Hincapié, M. T. (2004). Las palabras de la guerra. *Estudios Políticos*(25), 11-34.
- Van Dijk, T. (1996). *Análisis del discurso ideológico*. Recuperado el 8 de febrero de 2012, de Versión 6. México: UAM X: <http://segundaslenguaseinmigracion.com/L2y-comptext/Anlisisideolgico.pdf>

- Whatley, S. (1732). *A General Collection of Treatys, declarations of war, manifestos, and other publick papers, relating to peace and war*. London: J. J. and P. Knapton.
- Wheaton, E. (1864). *Historia de los progresos del derecho de gentes en Europa y en América, desde la paz de Westfalia hasta nuestros días, con una introducción sobre los progresos del Derecho de Gentes en Europa antes de la paz de Westfalia* (Vol. I). (C. Calvo, Trad.) Besanzon: Imprenta de José Jacquin.
- Wheaton, E. (1864a). *Historia de los progresos del derecho de gentes en Europa y en América, desde la paz de Westfalia hasta nuestros días, con una introducción sobre los progresos del Derecho de Gentes en Europa antes de la paz de Westfalia* (Vol. II). (C. Calvo, Trad.) Besanzon: Imprenta de José Jacquin.
- Zebadúa Carboney, J. P. (2005). Imágenes distorcionadas, realidades adjetivadas. Los medios de comunicación y su papel actual como espacio de exclusión. *Gazeta de Antropología*(21).

Artículos de Prensa

- Bermúdez, J. (8 de septiembre de 1996). *Estamos perdiendo la guerra*. Recuperado el 15 de agosto de 2015, de Eltiempo.com: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-493885>
- Corral, H. (15 de noviembre de 2000). Congelados y desconcertados. *El Tiempo*, págs. 1-3.
- Corzo, G. V. (9 de junio de 1998). El mandato es hacer la paz. *El Espectador*, pág. 7A.
- De Pombo Pareja, A. (8 de Julio de 1996). Más sobre la maldad. *El Tiempo*, pág. 4A.
- El Espectador. (23 de diciembre de 1997). La barbarie desatada. *El Espectador*, pág. 2A.
- El Espectador. (5 de junio de 1998). La venganza eterna que mueve a Castaño. *El Espectador*, pág. 5A.
- El Espectador. (5 de junio de 1998a). Nueva notificación de guerra. *El Espectador*, pág. 2A.
- El Espectador. (14 de junio de 1998b). Prioridad de la paz. *El Espectador*, pág. 2A.
- El Espectador. (17 de junio de 1998c). Reunión con Tirofijo y el Mono Jojoy. *El Espectador*, pág. 5A.
- El Espectador. (27 de junio de 1998d). Los paras en expansión. *El Espectador*, pág. 4A.
- El Espectador. (4 de noviembre de 1998e). Pulso firme. *El Espectador*, pág. 2A.
- El Espectador. (14 de noviembre de 1998f). Paramilitares desbocados. *El Espectador*, pág. 2A.
- El Espectador. (8 de enero de 1999). Tirofijo nunca llegó a la cita. *El Espectador*, pág. 4A.
- El Espectador. (11 de enero de 1999a). Estupor por terror y baño de sangre. *El Espectador*, pág. 4A.
- El Espectador. (21 de enero de 1999b). El primer escollo. *El Espectador*, pág. 2A.
- El Espectador. (12 de marzo de 2000). Castaño y los paramilitares. *El Espectador*, pág. 15A.

- El Espectador. (20 de abril de 2000a). Desobediencia civil en el sur de Bolívar. *El Espectador*, pág. 4A.
- El Espectador. (15 de noviembre de 2000b). Congelado el proceso de paz. *El Espectador*, pág. 2A.
- El Espectador. (15 de noviembre de 2000c). Mano tendida y pulso firme. *El Espectador*, págs. 1-3.
- El Espectador. (8 de febrero de 2001). Colombia doblegada va al Caguán. *El Espectador*, pág. 10A.
- El Espectador. (25 de marzo de 2001a). Los paramilitares. *El Espectador*, pág. 14A.
- El Espectador. (26 de marzo de 2001b). Los paramilitares (continuación). *El Espectador*, pág. 8A.
- El Espectador. (23 de septiembre de 2001c). Las Farc y el terrorismo. *El Espectador*, pág. 17A.
- El Espectador. (24 de febrero de 2002). El drama de Vista Hermosa. *El Espectador*, pág. 3A.
- El Espectador. (9 de febrero de 2003). Al terrorismo no se le puede tener consideración. *El Espectador*, pág. 4A.
- El Espectador. (9 de febrero de 2003a). Holocausto en el Nogal. *El Espectador*, pág. 2A.
- El Espectador. (9 de febrero de 2003b). 'Presidente: acabe con esos hijuemadres'. *El Espectador*, pág. 5A.
- El Espectador. (9 de febrero de 2003c). Todos contra el terrorismo. *El Espectador*, pág. 16A.
- El Espectador. (16 de febrero de 2003d). Mentes pequeñas, fusiles grandes. *El Espectador*, pág. 20A.
- El Espectador. (16 de febrero de 2003e). Presidente Uribe era el objetivo. *El Espectador*, pág. 5A.
- El Espectador. (11 de mayo de 2003f). La brutalidad y el canje. *El Espectador*, pág. 24A.
- El Espectador. (15 de diciembre de 2003g). Viaje seguro de paseo por Colombia. *El Espectador*, pág. 5A.
- El Espectador. (26 de marzo - 1 abril de 2006). Narcotráfico y conflicto. *El Espectador*, pág. 14A.
- El Espectador. (3-9 de diciembre de 2006a). Apostillas al escándalo. *El Espectador*, pág. 14A.
- El Espectador. (20-26 de mayo de 2007). Qué semanita. *El Espectador*, pág. 16A.
- El Espectador. (1-7 de julio de 2007a). Ante la barbarie de las Farc. *El Espectador*, pág. 18A.
- El Espectador. (2-8 de diciembre de 2007b). El calvario del secuestro. *El Espectador*, pág. 3A.
- El Espectador. (2-8 de diciembre de 2007c). Grito de dolor y esperanza. *El Espectador*, pág. 2A.

- El Espectador. (9-15 de marzo de 2008). Las Farc se quedaron sin el 'Topo'. *El Espectador*, pág. 3A.
- El Espectador. (3 de julio de 2008a). Golpes a la cabeza de las Farc. *El Espectador*, pág. 12.
- El Espectador. (4 de julio de 2008b). En la etapa final de la guerra. *El Espectador*, págs. 2-3.
- El Espectador. (15 de diciembre de 2008c). *Primero a Serpa y luego a Pastrana: 'Jorge 40'*. Recuperado el 5 de enero de 2016, de *Elespectador.com*: <http://www.elespectador.com/noticias/judicial/articulo99204-obligamos-gente-votar-primero-serpa-y-luego-pastrana>
- El Espectador. (14 de junio de 2010). 'Operación Jaque': Segunda parte. *El Espectador*, págs. 2-3.
- El Espectador. (15 de junio de 2010a). Operación Camaleón. *El Espectador*, pág. 20.
- El Espectador. (24 de septiembre de 2010b). El otoño de las Farc. *El Espectador*, pág. 1.
- El Espectador. (24 de septiembre de 2010c). 'Maté' al 'Mono Jojoy'. *El Espectador*, págs. 2-5.
- El Espectador. (24 de septiembre de 2010d). Un golpe estratégico. *El Espectador*, pág. 30.
- El Espectador. (6 de noviembre de 2011). Jaque mate a las Farc. *El Espectador*, págs. 2-4.
- El Tiempo. (22 de enero de 1990). ¿Hasta cuándo? *El Tiempo*, pág. 4A.
- El Tiempo. (10 de julio de 1992). Big business. *El Tiempo*, pág. 4A.
- El Tiempo. (1 de abril de 1996). *El negocio del siglo*. Recuperado el 12 de diciembre de 2015, de *Eltiempo.com*: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-325670>
- El Tiempo. (1 de julio de 1996a). La maldad. *El Tiempo*, pág. 4A.
- El Tiempo. (22 de abril de 1997). Surge coordinadora contraguerrillera. *El Tiempo*, pág. 6A.
- El Tiempo. (29 de octubre de 1997a). Gobierno y Farc bajo la presión del mandato. *El Tiempo*, pág. 6A.
- El Tiempo. (26 de diciembre de 1997b). Un año de... Paz y guerra. *El Tiempo*, pág. 7A.
- El Tiempo. (5 de junio de 1998). Siniestro juicio para en Barranca. *El Tiempo*, pág. 6A.
- El Tiempo. (14 de junio de 1998a). Pastrana recogió consensos. *El Tiempo*, pág. 14A.
- El Tiempo. (18 de junio de 1998b). El "guiño" subversivo. *El Tiempo*, pág. 4A.
- El Tiempo. (30 de junio de 1998c). *El mandato por la paz es obligatorio*. Recuperado el 4 de diciembre de 2015, de *eltiempo.com*: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-812788>
- El Tiempo. (28 de julio de 1998d). Acuerdo del Nudo de Paramillo. *El Tiempo*, pág. 6A.
- El Tiempo. (3 de noviembre de 1998e). Mitú. *El Tiempo*, pág. 4A.
- El Tiempo. (5 de noviembre de 1998f). Estamos en guerra. *El Tiempo*, pág. 4A.
- El Tiempo. (8 de enero de 1999). El lunar de las FARC. *El Tiempo*, pág. 4A.
- El Tiempo. (1 de febrero de 2000). Despeje enfrenta campesinos. *El Tiempo*, pág. 6A.
- El Tiempo. (27 de febrero de 2000a). El Salado, 72 horas de terror. *El Tiempo*, pág. 6A.
- El Tiempo. (5 de marzo de 2000b). El rostro de Carlos Castaño. *El Tiempo*, pág. 4A.

- El Tiempo. (21 de marzo de 2000c). El mutismo del gobierno ante las AUC. *El Tiempo*, pág. 3A.
- El Tiempo. (13 de agosto de 2000d). El desafío paramilitar. *El Tiempo*, págs. 1-16.
- El Tiempo. (23 de julio de 2001). Los sultanes del Caguán. *El Tiempo*, págs. 1-15.
- El Tiempo. (4 de octubre de 2001a). Si Farc no hacen cambios rechazan la paz. *El Tiempo*, págs. 1-4.
- El Tiempo. (12 de octubre de 2001b). Farc: enemigo número 1. *El Tiempo*, págs. 1-5.
- El Tiempo. (18 de octubre de 2001c). *Proceso, en su peor momento*. Recuperado el 28 de noviembre de 2015, de Eltiempo.com: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-694652>
- El Tiempo. (26 de octubre de 2001d). Guerrilla es como Osama. *El Tiempo*, págs. 1-2.
- El Tiempo. (27 de octubre de 2001e). El trato dependerá de sus actos. *El Tiempo*, págs. 1-14.
- El Tiempo. (6 de noviembre de 2001f). *Ganan \$750 mil millones*. Recuperado el 4 de noviembre de 2015, de Eltiempo.com: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-697007>
- El Tiempo. (9 de noviembre de 2001g). La suerte está echada. *El Tiempo*, págs. 1-18.
- El Tiempo. (14 de noviembre de 2001h). La paz arrinconada. *El Tiempo*, págs. 1-14.
- El Tiempo. (30 de diciembre de 2001i). Se agota la tolerancia. *El Tiempo*, págs. 1-4.
- El Tiempo. (15 de febrero de 2002). FFAA un debate necesario. *El Tiempo*, págs. 1-18.
- El Tiempo. (21 de febrero de 2002a). ¿Para qué esperar al 7 de abril? *El Tiempo*, págs. 1-14.
- El Tiempo. (21 de febrero de 2002b). 'Las Farc son terroristas'. *El Tiempo*, págs. 1-2.
- El Tiempo. (21 de febrero de 2002c). Terrorismo rebosó la copa. *El Tiempo*, págs. 1-4.
- El Tiempo. (24 de febrero de 2002d). Terrorismo en Colombia: de la amenaza a la realidad. *El Tiempo*, págs. 1-2; 1-3.
- El Tiempo. (9 de febrero de 2003). Pánico en Bogotá. *El Tiempo*, págs. 1-4.
- El Tiempo. (9 de febrero de 2003a). Criminales, crueles, cobardes. *El Tiempo*, págs. 1-20.
- El Tiempo. (13 de febrero de 2003b). "Colombia no está sola contra el terrorismo": UE. *El Tiempo*, págs. 1-6.
- El Tiempo. (15 de febrero de 2003c). De El Nogal a Neiva. *El Tiempo*, págs. 1-2.
- El Tiempo. (15 de febrero de 2003d). Devastado barrio de Neiva. *El Tiempo*, págs. 1-2.
- El Tiempo. (16 de febrero de 2003e). La seguridad del presidente. *El Tiempo*, págs. 1-18.
- El Tiempo. (16 de febrero de 2003f). La 'sofisticación' de las Farc. *El Tiempo*, págs. 1-4.
- El Tiempo. (6 de mayo de 2003g). La indignación nacional. *El Tiempo*, págs. 1-2.
- El Tiempo. (6 de mayo de 2003h). Un hecho atroz. *El Tiempo*, págs. 1-14.
- El Tiempo. (7 de mayo de 2003i). Crecen el duelo y la indignación. *El Tiempo*, págs. 1-2.
- El Tiempo. (29 de junio de 2007). Colombia de luto. *El Tiempo*, págs. 1-14.
- El Tiempo. (1 de diciembre de 2007a). "Aquí vivimos muertos". *El Tiempo*, págs. 1-1.
- El Tiempo. (1 de diciembre de 2007b). Imágenes macabras. *El Tiempo*, págs. 1-28.
- El Tiempo. (4 de febrero de 2008). La protesta de hoy. *El Tiempo*, págs. 1-16.

- El Tiempo. (5 de febrero de 2008a). Bogotazo a las Farc. *El Tiempo*, págs. 1-2.
- El Tiempo. (5 de febrero de 2008b). La marcha que pasará a la historia. *El Tiempo*, págs. 1-5.
- El Tiempo. (2 de marzo de 2008c). Golpe al corazón de las FARC. *El Tiempo*, págs. 1-1; 1-2.
- El Tiempo. (3 de julio de 2008d). El mensaje de Ingrid. *El Tiempo*, págs. 1-26.
- El Tiempo. (4 de julio de 2008e). ¿Qué está pasando en las Farc? *El Tiempo*, págs. 1-6.
- El Tiempo. (15 de junio de 2010). ¡Cuatro más libres! *El Tiempo*, págs. 1-16.
- El Tiempo. (24 de septiembre de 2010a). Así se desmorona la guerrilla. *El Tiempo*, págs. 1-5.
- El Tiempo. (24 de septiembre de 2010b). El hombre que encarnó el mal. *El Tiempo*, págs. 1-4.
- El Tiempo. (24 de septiembre de 2010c). 'El símbolo del terror ha caído'. *El Tiempo*, págs. 1-3.
- El Tiempo. (24 de septiembre de 2010d). Respuesta contundente. *El Tiempo*, págs. 1-22.
- El Tiempo. (5 de noviembre de 2011). Con la muerte de 'Cano', Farc quedan huérfanas. *El Tiempo*, pág. 10.
- El Tiempo. (6 de noviembre de 2011a). Retrato de un arrogante y solitario político frustrado. *El Tiempo*, pág. 5.
- El Tiempo. (6 de noviembre de 2011b). Una oportunidad para la paz. *El Tiempo*, pág. 6.
- Gómez Maseri, S. (1 de marzo de 2001). *Aumenta coca en el Caguán*. Recuperado el 28 de noviembre de 2015, de Eltiempo.com: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-601112>
- Semana. (18 de julio de 1997). *Guerra total*. Recuperado el 4 de diciembre de 2015, de Semana.com: <http://www.semana.com/nacion/articulo/guerra-total/33481-3>
- Semana. (27 de julio de 1997a). *El voto de Tirofijo*. Recuperado el 18 de noviembre de 2015, de Semana.com: <http://www.semana.com/nacion/articulo/el-voto-de-tirofijo/36608-3>
- Semana. (25 de enero de 1999). Paras bajo fuego. *Semana*, págs. 28-31.
- Semana. (9 de noviembre de 1999a). El síndrome de Jacobo. *Semana*, págs. 50-53.
- Semana. (26 de mayo de 2000). El desmadre de los paras. *Semana*, págs. 24-30.
- Semana. (20 de noviembre de 2000a). ¿Y ahora qué? *Semana*, págs. 44-46.
- Semana. (12 de febrero de 2001). El abrazo del oso. *Semanae*, págs. 20-25.
- Semana. (17 de septiembre de 2001a). *La IRA de las Farc*. Recuperado el 7 de diciembre de 2015, de Semana.com: <http://www.semana.com/nacion/articulo/la-ira-farc/47315-3>
- Semana. (25 de febrero de 2002). La historia secreta. *Semana*, págs. 26-31.
- Semana. (5 de agosto de 2002a). *Atentados terroristas sacuden posesión del presidente Álvaro Uribe*. Obtenido de Semana.com: <http://www.semana.com/noticias/articulo/atentados-terroristas-sacuden-posesion-del-presidente-alvaro-uribe/53466-3>

- Semana. (10-17 de febrero de 2003). Viernes negro. *Semana*, págs. 24-29.
- Semana. (17-24 de febrero de 2003a). El presidente en la mira. *Semana*, págs. 28-29.
- Semana. (17-24 de febrero de 2003b). Ofensiva terrorista. *Semana*, págs. 26-27.
- Semana. (12-19 de mayo de 2003c). Rescatar: ¿sí o no? *Semana*, págs. 24-34.
- Semana. (2-9 de julio de 2007). Cómo nos duele. *Semana*, págs. 24-29.
- Semana. (3-10 de diciembre de 2007a). Estoy cansada de sufrir. *Semana*, págs. 30-38.
- Semana. (4-11 de febrero de 2008). La marcha de la rabia. *Semana*, págs. 38-41.
- Semana. (11-18 de febrero de 2008a). La gran marcha. *Semana*, págs. 44-45.
- Semana. (3 de marzo de 2008b). Golpe mortal. *Semana*, págs. 1; 3-9.
- Semana. (10-17 de marzo de 2008c). La grieta de las Farc. *Semana*, págs. 43-46.
- Semana. (17-24 de marzo de 2008d). El fin de las Farc. *Semana*, págs. 24-29.
- Semana. (3 de julio de 2008e). Jaque Mate: la operación perfecta. *Semana*, págs. 9-13.
- Semana. (21-28 de junio de 2010). La inteligencia y la fuerza les dieron la libertad. *Semana*, págs. 62-66.
- Semana. (27 de septiembre - 4 de octubre de 2010a). Así fue la cacería. *Semana*, págs. 32-33.
- Semana. (27 de septiembre- 4 de octubre de 2010b). Golpe al terror. *Semana*, págs. 24-30.
- Semana. (27 de septiembre - 4 de octubre de 2010c). Las Farc se desmoronan. *Semana*, págs. 38-39.
- Semana. (27 de octubre de 2010d). El que sigue. *Semana*, págs. 42-44.
- Semana. (7-14 de noviembre de 2011). Cacería de tres años. *Semana*, págs. 11-13.
- Semana. (7-14 de noviembre de 2011a). Jaque Mate. *Semana*, págs. 1-4.
- Semana. (5-12 de marzo de 2012). ¿No más? *Semana*, págs. 30-33.
- Sierra, L. M. (23 de marzo de 2006). ¿Por qué apenas ahora? ¿Se agotaron las otras dos batallas? *El Tiempo*, págs. 1-2
- Rangel Suárez, A. (7 de abril de 1997). *Paras, terceros en la discordia*. Recuperado el 9 de diciembre de 2015, de Eltiempo.com: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-526707>



Imprenta
Universidad de Antioquia

Teléfono: (574) 219 53 30. Telefax: (574) 219 50 13
Correo electrónico: imprenta@udea.edu.co
Impreso en noviembre del 2018

Entre 1993 y 2012 los periódicos El Tiempo y El Espectador y la revista Semana señalaron a las FARC como el principal enemigo del país. Los tres medios de comunicación describieron al actor armado como un grupo terrorista, cuya maldad y avaricia se oponía a los valores constitutivos del pueblo colombiano y de la comunidad internacional. En sus editoriales, columnas de opinión y artículos informativos invitaron a los lectores a mantenerse unidos frente a los ataques de los insurgentes y celebraron con vehemencia sus derrotas militares.

Lejos de ser una condición natural, previa e inmodificable, la enemistad es una construcción social y discursiva. En ella no participan solo los actores armados que se enfrentan en el campo de batalla, sino también la población civil que imagina como propio a un enemigo que otros combaten. Para que la prensa señale a un actor armado como enemigo es necesario que le atribuya dos propiedades básicas: peligrosidad y diferencia radical. Estas son las dos dimensiones que componen la "imagen del enemigo": dimensión securitaria y dimensión identitaria. En este libro se analizan los factores históricos, políticos y discursivos que llevaron a la prensa nacional colombiana a concebir a las FARC como un "Otro" radicalmente peligroso y extraño.

